



EL MUNDO EN QUE VIVIMOS: UN ANÁLISIS MARXISTA

PRIMERA PARTE:

UNA TEORÍA DE TEORÍAS SOBRE LA “GLOBALIZACIÓN”

Venancio Andreu Baldó

“Tanto los acérrimos defensores del poder de la clase dominante como los reformistas tímidos y acobardados de hoy nos cuentan que no hay alternativa al sistema. Pero si eso es verdad, entonces no hay esperanza para la humanidad. La política se convierte en un simple movimiento de las amarras en el Titánic, mientras se asegura que nadie moleste a los ricos y privilegiados que comen en la mesa del capitán”.

Chris Harman, *La economía del manicomio*.

“La situación de crisis impide cada vez más al capitalismo evitar con pequeñas concesiones las presiones del proletariado. Su salvación de la crisis, su solución ‘económica’ de la crisis, no puede conseguirse más que por una exacerbada explotación del proletariado”.

George Lukács, *Historia y conciencia de clase*.

“Dado que el fascismo es un movimiento de desesperación, mientras el socialismo lo es de esperanza, combatir el fascismo es necesario no solo para combatir a los fascistas, sino también las situaciones que los conducen a la desesperación. Hay que combatir las ratas, pero también los sumideros en los cuales éstas se multiplican. Hay que combatir el fascismo, pero también el capitalismo que crea las condiciones que alimentan el fascismo-desempleo, la mala vivienda, las privaciones sociales, etc.”

Tony Cliff, *Marxismo ante el milenio*.

“Es especialmente importante si la nueva generación de anticapitalistas tiene éxito en conectar con los millones de trabajadores y gente pobre que están implicados día a día en actos de resistencia, grande o pequeña, al neoliberalismo y a la globalización capitalista... Necesitan ser capaces de elaborar una dirección coherente, medios para obtener la solidaridad de sus colegas, medios para contrarrestar los ataques perversos del otro lado. En tales casos la claridad de ideas no es un lujo”.

Chris Harman, *Anticapitalismo: teoría y práctica*.

1. INTRODUCCIÓN

El presente artículo parte de la convicción de que nos hallamos de pleno en una nueva fase histórica, que se remonta a principios de la década de los setenta del siglo XX. Desde hace más de dos siglos vivimos una nueva realidad socioeconómica: el capitalismo-aunque sus inicios en Inglaterra y Países Bajos se pueden remontar incluso a finales del siglo XVI-. Esta sociedad capitalista ha experimentado cambios sustanciales, políticos y económicos, dentro de una continuidad, lo que nos permite establecer cuatro



fases, lógicamente con límites temporales siempre un poco arbitrarios: el capitalismo clásico, desde los inicios a 1870, el capitalismo imperialista, desde 1870 hasta la II Guerra mundial, la edad de oro del capitalismo, desde el 45 o final de la II Guerra hasta los inicios de la década de los 70 del siglo pasado, y la actual etapa, que hemos dado en llamar globalización, desde este período hasta la actualidad. Escogemos el término de “globalización” porque refleja parte de la realidad de esta época, pero sobre todo porque es el más usado y más reconocido por todo el mundo. Tanto en la vida cotidiana, como en el mundo académico, se utiliza el término, aunque con diferentes contenidos, pero implicando siempre el hecho de que estamos ante una realidad histórica nueva.

Hagamos unas breves consideraciones iniciales. En primer lugar nos proponemos un ensayo de tema político, económico y filosófico, lo cual supone decir que es un tema abierto a opiniones confrontadas, dispares, sobre el que todo el mundo puede opinar; como decía el gran filósofo marxista Gramsci, todo ser humano es filósofo, tiene una concepción general de la realidad, y la diferencia entre el hombre corriente y el filósofo profesional no es más que el mayor o menor rigor o coherencia en dicha concepción. En segundo lugar, dada la temática política, económica y filosófica, el posible contenido de verdad de nuestras tesis no tendrá un carácter ni absoluto ni objetivo, sino parcial y subjetivo, entendiendo por tal el hecho de que partimos de una serie de concepciones previas sobre la realidad. No existe un saber, al menos en las ciencias sociales, ni objetivo ni neutral, lo cual por otro lado no quiere decir que sea arbitrario. La honradez del científico social o del filósofo, profesional o *amateur*, no reside por lo tanto en la neutralidad, sino en dar a conocer de antemano cuáles son sus premisas.

Pues bien, nuestras premisas son marxistas, y ello en un doble sentido. En el plano de la teoría, postulamos que la esencia de todo momento histórico, incluido lo que llamamos “globalización”, viene dada esencialmente por sus formas económicas, aunque lo político y lo ideológico sean realidades importantes y no meramente epifenómenos. Por otra parte, en la posición política práctica, supone en primer lugar adoptar el punto de vista de las clases oprimidas, empezando por el proletariado, y defender su liberación o emancipación. En segundo lugar supone rechazar el capitalismo como sistema no solo explotador de la clase obrera y de las clases humildes en general, así como generador de guerras, lo cual ya en sí es razón suficiente, sino también como sistema anárquico, que desemboca en crisis tales donde la superproducción y la miseria van de la mano. Supone por último que la alternativa a este estado de cosas solo puede ser un socialismo, es decir, una organización de la política y la economía por parte de los obreros, políticamente democrática, y con una economía planificada y centrada no en la acumulación y el beneficio, sino en la satisfacción de las necesidades de la gente. Por último el ensayo trata de ser una teoría de teorías. En primer lugar recogemos aquellas teorías -que son más bien, dado su carácter informal, familias de opiniones- sobre el mundo actual que creemos que aportan algún contenido de verdad significativo, junto a otras deficiencias o falsedades; son todas ellas teorías de esencia económica o política, pues dejamos voluntariamente al margen otras que insisten más en contenidos ideológicos o culturales como núcleo de la globalización, no porque no las creamos importantes, sino por no considerarlas esenciales en el sentido filosófico del término. En segundo lugar concluimos el ensayo con nuestra propia concepción, la cual no solo pretende dar cuenta del momento histórico actual sino también de los contenidos de verdad aportados por las otras teorías.

La visión ortodoxa de la globalización es la de la clase dominante o *establishment* político y económico: los grandes poderes económicos, los poderes políticos- Estados, partidos políticos tanto conservadores como socialdemócratas, e instituciones como el Banco Mundial o el FMI-, y los grandes medios e intelectuales oficiales, especialmente economistas y filósofos; podemos destacar el grupo en torno a *The Economist* y *Financial Times*, y a autores como Martin Wolf, redactor de esta última publicación. No hay que olvidar la aparición en las últimas décadas de grandes grupos de creación intelectual, especialmente en los países anglosajones, los llamados “*think tanks*”.

2.1. LAS TESIS BÁSICAS

Estamos ante una concepción de la realidad optimista, básicamente apologeta o legitimadora del capitalismo, que se sostiene a nuestro juicio sobre las siguientes tesis:

1. Una internacionalización de la economía, productiva, comercial y financiera. La globalización se caracterizaría básicamente por un comercio mundial, un movimiento financiero mundial- inversiones y préstamos bancarios- y una red de empresas multinacionales que operan en todo el mundo. Todo ello se habría dado por lo demás gracias al gran desarrollo de los medios de transporte y de la tecnología en general, y especialmente a lo que algunos han denominado la “nueva economía”, a saber, la tecnología digital e Internet.

2. La creación de una auténtica economía mundial, *mundus economicus*, que llegaría a todos los rincones del globo, y donde todos los momentos- empresas, capitales, materias primas, mano de obra, tecnología, etc.- y todos los países y poblaciones del mundo estarían interrelacionados, formando una “red de redes”. Veamos por ejemplo la definición que ofrece el FMI: “La globalización es una interdependencia creciente del conjunto de países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de tecnología”.

3. Un progreso económico continuo, sin crisis, y justo, porque llegaría a todos. Incluso los países más pobres, al ser más competitivos en mano de obra, serían los más favorecidos por la globalización: “Esta reorganización del espacio de la producción a niveles mundiales está referida al movimiento del capital productivo desde las economías avanzadas a las economías con bajos salarios. Esto conduce a la exportación de procesos de producción con trabajo intensivo a regiones o países donde los salarios son muy bajos. Como resultado de este movimiento, dicen, mientras el centro se des-industrializa en términos de porcentajes de fuerza de trabajo industrial y de manufacturas en el producto bruto, en la periferia global se da una ‘industrialización’ correspondiente” (AKÇA, ISMET, *Globalización, Estado y trabajo*, www.rcci.net/globalización/2003/fg350.htm, p.2). También en el seno de los países ricos las clases más humildes se verían favorecidas, por el efecto del *trickle’s down*, según el cual la riqueza de los ricos alcanza también a los pobres, conformando lo que Reagan y Thatcher denominaban un “capitalismo del pueblo”. Por todo ello se podría concluir, como sostiene J. Ohmae de forma paradigmática, que “la globalización es el mejor de los mundos” (W. BONEFELD, *Globalisation: Crisis of regulation or crisis of capital* www.thehobgoblin.co.uk/journal/h52003_Bonefeld.htm). Sin duda, para realizar este mundo mejor y más justo, habría que aplicar las políticas económicas adecuadas a la internacionalización del capital, esto es, la agenda neoliberal consistente en la privatización de las empresas públicas, la desregulación del movimiento del



capital, la desregulación fiscal o supresión de impuestos a los más ricos, y la desregulación del mercado laboral. En otros términos, se ha de dejar vía libre al capital, pues éste por sí solo genera bonanza y equidad.

4. La separación del poder político del económico y la pérdida de importancia económica de los Estados. El capital funcionaría al margen de los Estados y no tendría necesidad de los mismos. En un último momento, utópico, pero deseado, esta tendencia podría desembocar en la propia desaparición de los Estados. Dos de los teóricos más representativos de esta tesis son J. Ohmae, en *The end of the Nation State*, y S. Strange, en su obra *The retreat of State*.

5. La paz y la desaparición de las guerras globales, e incluso de las locales. Los beneficios de las grandes empresas vienen por la sola lógica económica. Ésta sería por naturaleza pacífica, basada en el libre intercambio de individuos y pueblos, frente a la lógica política, que sería agresiva y conduciría a las guerras. De esta manera, de la mano de la mera economía, nos encaminaríamos al objetivo de la paz perpetua kantiana. Es una tesis, por lo demás, compartida por parte de la izquierda, radical, como es el caso de M. Hardt y A. Negri en su libro *Imperio*.

6. Un determinismo histórico. No habría posibilidad de una alternativa al sistema, y ello en un doble sentido. Por un lado no existiría un modelo político y económico posible, que generara bienestar, diferente al capitalismo internacionalizado. Por otro lado no habría agentes capaces de presentar esta alternativa, como fueran en otro momento los Estados o la clase obrera. Deberíamos asumir en definitiva el acrónimo “tina” inspirado en Thatcher, esto es, *there is no alternative*, o la idea de que, según Fukuyama, hemos llegado al final de la Historia, y no hay un más allá.

2.2. EL MOMENTO DE VERDAD

Esta teoría presenta unos contenidos de verdad, que captan parte de la realidad de nuestro mundo actual.

1. Capitalismo mundial. El capitalismo es un sistema expansivo, que tiende a buscar beneficio en todas partes, y por ello mismo a convertirse en un sistema mundial, como dijera ya Marx en el *Manifiesto Comunista*, cuando ese sistema estaba en la cuna, y solo era una realidad en Gran Bretaña y Bélgica, y en zonas concretas de EE.UU., Alemania, Escandinavia y Francia. Así afirma también de forma acertada Lukács: “El capitalismo monopolista crea por primera vez en la historia una economía mundial real... En su forma desarrollada la explotación capitalista no solo explota criminalmente a los pueblos coloniales como hizo en sus orígenes; transforma al mismo tiempo su estructura social entera y los arrastra dentro del sistema capitalista” (Lukács, G., “Imperialism: world war and civil war,” en *Lenin: a study of the unity of his thought*, <http://www.marxists.org/archive/lukacs/works/1924/Lenin/cho2.htm>, p. 4). Sin duda todavía existe hoy en día un “extracapitalismo”. Quedan sociedades tradicionales o precapitalistas, tanto campesinas como de cazadores recolectores. Hay asimismo casos de desarrollo combinado, países que presentan un capitalismo muy avanzado junto a formas de producción tradicionales, agrícolas, mercantiles, etc. Pero aún así estas formas económicas están afectadas por el capitalismo que las envuelve y las tiende a eliminar; las sociedades de cazadores recolectores simplemente desaparecen en el Amazonas porque el avance capitalista destruye su hábitat.

2. Internacionalización del capital productivo. El capitalismo, en la búsqueda también del máximo beneficio, tiene una tendencia, como dice Marx, a la concentración, a la centralización y, en última instancia, a la creación de monopolios, sea por fusión de unas empresas y otras o por absorción de las más pequeñas por las más





grandes. En el período de entreguerras subrayan esta tendencia numerosos marxistas, como Lenin, R. Luxemburgo, Bujarin y Hilferding, quien destaca la unión de empresas productivas y bancos. Los períodos de crisis aceleran estos procesos. Las grandes empresas tienen muchas ventajas competitivas dentro del capitalismo: controlar las materias primas e impedir el acceso a las mismas de las otras empresas, bloquear el acceso de las empresas rivales a los transportes, vender los productos incluso con pérdidas para sacar fuera del negocio a las empresas rivales, denegarles el acceso al crédito, etc. (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, <http://www.marxists.org/archive/harman/2003/xx/imperialism.htm>, p. 2). Pueden, además, mantener precios artificiales por encima de su valor real, como ocurrió en la crisis de los 70, que no se vio acompañada, como es habitual, de una bajada de precios. Estas ventajas tienen por un lado un origen económico. Su gran tamaño les permite un cálculo, planificación y en definitiva racionalización de su producción. Por otro lado tiene también una raíz política. Las grandes empresas pueden establecer conexiones y ejercer presiones sobre otras empresas y sobre los propios Estados.

La aparición de grandes empresas conlleva a su vez la internacionalización de la economía. La competición clásica del capitalismo ya no se da entre innumerables empresas pequeñas y medianas dentro de un Estado, sino entre grandes corporaciones transnacionales a nivel internacional, que son quienes realmente compiten hoy en día, con la ayuda de sus respectivos Estados. Como decía Bujarin, la competición se reduce a un mínimo dentro de las fronteras nacionales, y se exagera en el mercado mundial (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 2).

Durante la época dorada del capitalismo, años 50 y 60 del siglo pasado, se produce una eclosión de empresas gigantes, multinacionales-, que tienen actividad económica en más de un país y que dominan la mayor parte de las economías nacionales. Así, en 1968, el 48.8 % de los recursos del USA estaba en manos de las 100 empresas más poderosas, y el 60.04 % en manos de las 200 más poderosas. El número de las multinacionales ha seguido aumentando en las últimas tres décadas. El *World International Report* del 2000 hablaba ya de la existencia de 60.000 multinacionales y 800.000 filiales. Hoy en día se calcula la existencia de unas 85.000 y más de 900.000 filiales. Asimismo 29 de las 1.000 entidades económicas más poderosas del mundo son multinacionales; las otras son los Estados más fuertes. Ello ha conllevado una internacionalización de la inversión productiva. La inversión directa en el extranjero pasó así de un 4% del PIB mundial, en 1950, a un 15.9% en 1999, superando al inversión del capital directo de la época del imperialismo clásico, o del colonialismo (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 17). Asimismo el *World International Report* del 2000 hablaba de que las inversiones directas en el extranjero suponían el 22% del PIB, frente al 6% en el 1913, la anterior época de mayor internacionalización de la economía (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 26).

3. Internacionalización del capital comercial. El comercio mundial creció desde 315 billones de dólares en 1950 a 3.447 billones de dólares en 1990, y después, como es lógico, ha seguido creciendo en proporción aún mayor. Se han creado regiones económicas que integran la economía de diversas zonas, como de forma clara en la Unión Europea, pero también en el Este Asiático y en América, con el Alca y Mercosur. Además se da una gran interpenetración comercial, y financiera al tiempo, de las economías en la actualidad, hasta el punto de que la salud de muchas de ellas depende de sus importaciones a otras y viceversa. Así es sabido que la gran expansión en las últimas décadas de la economía china se debe en parte gracias a las importaciones americanas de sus productos- China exporta el 10% de toda su producción, el otro



40% a inversión interna y el 50% de reproducción, y la mayoría de lo exportado va a USA-. Asimismo la economía americana, fuertemente endeudada, se mantiene gracias a la inversión de capital en dólares procedentes de China. A su vez las economías de Brasil, Argentina y Venezuela han experimentado un desarrollo y han logrado salir recientemente de las crisis gracias a la venta a China de sus productos, sobre todo agrícolas, pero también el petróleo venezolano. Las importaciones chinas han tirado igualmente de las economías japonesa, surcoreana, taiwanesa, malasia y australiana (Harman, Ch., *China's economy and Europe's crisis*, <http://www.marxists.org/archive/harman/2006/xx/china.htm>, pp. 5 y 6).

4. Internacionalización del capital financiero, en sus cuatro formas actuales: deuda, pública y privada, acciones, divisas y derivados. Ya destacaba Hilferding en el período de entreguerras que en el capitalismo había aumentado progresivamente la importancia del capital financiero. Pero hoy en día ha adquirido tal importancia que se ha acuñado un nuevo término: la “financiarización” de la economía. A dicho fenómeno ha contribuido en primer lugar la mayor necesidad de financiación de las empresas. Al aumentar su tamaño y sus operaciones, éstas necesitan muchos más fondos, más allá de sus propios beneficios. Así, en EE.UU., en los 50 y principios de los 60, solo un 25% de los gastos de las empresas estaba financiado, mientras a mitad del año 74 el porcentaje era del 65%. Asimismo, mientras en 1965 el préstamo bancario internacional suponía un 7.8% del mercado mundial, en 1991 ya había subido al 104.6% (Rees, J., “Imperialism: globalisation, the state and war”, en *International Socialism Journal*, nº 93, 2001, p. 1).

En segundo lugar ha contribuido a la importancia del capital financiero internacional el endeudamiento de los Estados, tanto de los desarrollados como de los más pobres, a partir de la década de los 70. Fijémonos en estos últimos. En los 74 países menos desarrollados la deuda pasó de 39 billones de dólares en 1965 a 119 en 1974; en 1976 estos países debían 7 billones de dólares a los bancos privados de USA, Europa occidental y Japón. Con datos de 2003, el África subsahariana debía a entidades de los países ricos 213 billones de dólares, Latinoamérica y el caribe 729.6 y el Sur en general 2500 (Harman, Ch., *The zombie capitalism*, Bookmarks publications, Londres, 2009, p. 278). La deuda de la Europa oriental aumentó igualmente de manera considerable. También, desde los años 80, se ha producido un gran endeudamiento, de las familias, a través de las hipotecas, tarjetas de crédito, etc. Pero también los países desarrollados, con EE.UU. a la cabeza, han entrado en un enorme espiral de endeudamiento.

Un tercer factor es la internacionalización del capital de los bancos. En Europa occidental éstos pasaron de tener 25 billones de dólares de fondos en moneda extranjera, en 1968, a unos 200 billones en 1974. El origen estuvo en el déficit de balanza de pagos de USA, lo cual se tradujo en la acumulación de dólares en los bancos europeos, los cuales posteriormente se utilizaban para dar préstamos a EE.UU. (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, Bookmarks publications, London, 1999, p. 114). También están acumulados en los grandes bancos occidentales muchos fondos procedentes de los multimillonarios de los países pobres.

La especulación financiera es el cuarto factor. Por tal entendemos, en primer lugar, la inversión de capital no en empresas productivas, sino en otros productos financieros: se compran derechos o títulos sobre acciones, préstamos y divisas. Por eso Ch. Harman habla de un mercado de segunda mano. Estos productos financieros de “segunda mano” reciben el nombre de derivados. Su origen está en el deseo de agentes económicos de protegerse de las posibles variaciones en los tipos de interés, tipos de cambio, índices bursátiles y precios (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, Icaria editorial,



Barcelona, 2011, p. 17). Hay una gran variedad y cantidad de dichos productos derivados. Están los CDOs, que son obligaciones de deuda colateralizada, que funden un producto más seguro con otros más inseguros, como hipotecas subprime (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 33). Hay también CDS o *credit default swaps* que funcionan como seguros- el vendedor de protección asegura al comprador ante el riesgo de impago de una entidad de referencia, a cambio del abono de una cantidad anual-. Se da también el *carry trade*, lo cual consiste en comprar una divisa con otra para venderla simultáneamente. También existen las “titulaciones” de acciones por los bancos- *securitization* en inglés- un procedimiento bastante nuevo que permite obtener liquidez sin aumentar las obligaciones. Consiste en vender los derechos de cobro del préstamo (el contrato, el papel) a un tercero, a cambio de lo cual se recibe dinero que sí se puede volver a prestar. Es actualmente la forma preferida por los bancos para disponer de cada vez más dinero para aumentar su negocio de concesión de préstamos (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ATTAC España, 2009, p. 45). En términos cuantitativos, hoy día se calcula que se mueven 4 billones de dólares al día solo en los mercados de compra y venta de monedas, y 700 billones de dólares en los mercados de derivados (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ATTAC España, 2011, p. 30).

En segundo lugar entendemos por especulación financiera la compra calculada de productos a corto plazo, con intención de recuperar y ampliar en breve espacio de tiempo las cantidades invertidas (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, pp. 17 y 18). Por eso Alberto Garzón habla de la especulación financiera como de “un gran casino” (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 35). En este casino se han multiplicado los jugadores o agentes financieros. Amén de los bancos comerciales y bancos de inversión, hay fondos de inversión, propietarios de 17 billones de euros en 2010, fondos de pensiones, compañías de seguros, que gestionaban 15 billones de euros en el mismo año, y *hedge funds*, que “a pesar de manejar muchos menos activos (en torno a 1,5 billones de euros), son agentes con un gran impacto en los mercados, y desarrollan actividades altamente especulativas” (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 21). Operan muchos de ellos en paraísos fiscales. Por otro lado muchos agentes económicos esencialmente no financieros participan igualmente de la especulación. Empresas que antes “se financiaban solicitando préstamos a los bancos”, ahora lo hacen “emitiendo acciones o bonos, que eran más baratos y que servían a los inversores para crear a partir de ellos nuevos papeles que de nuevo vendían en los mercados financieros” (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p.). Así, por ejemplo, del 95 al 98, un tercio de los beneficios de la multinacional Ford procedía de servicios, no de la producción. Los ciudadanos de a pié, a través de diversos productos como planes de seguros y de pensiones privados, también se sumergen en el mundo financiero. Los bancos, por su parte, han dejado de “dedicarse preferentemente a financiar la actividad productiva de las empresas para desplazar sus negocios hacia la gestión de fondos de inversión y hacia el cobro de comisiones bancarias” (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 31).

A estos agentes habría que añadir las agencias de calificación, que asumen gran importancia para estas compañías a la hora de decidir sus inversiones, pese a los graves errores cometidos por aquéllas: “Hasta pocos días antes de que Enron entrara en quiebra



las agencias mantuvieron su calificación en niveles muy positivos; los productos financieros donde se habían integrado las hipotecas *subprime* estadounidenses contaban con la máxima calificación; Lehman and Brothers era calificado como de máxima seguridad hasta el momento mismo de su colapso” (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 25). Estas entidades no solo cometen errores, sino fraudes- se paga por informes positivos- y chantajes a quienes no acepten sus servicios, porque no trabajan para las empresas inversoras, sino para aquéllas que venden sus títulos: “El caso de la empresa Hannover Rück y la calificadora Moody’s es paradigmático: cuando la empresa decidió rescindir su contrato con la agencia, esta comenzó a emitir calificaciones no pedidas en las cuales iba degradando la solvencia” (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 27).

La financiarización de la economía en general, y la especulación financiera en concreto, se han visto favorecidas por una desregulación de las operaciones financieras y de las actividades de los bancos. A manera de ejemplo, en los años 70, los bancos tenían que reservar más del 30% de sus depósitos para hacer frente a las posibles retiradas de efectivo de sus clientes. Hoy día, solo están obligados a reservar el 2%, aunque otras imposiciones legales le hacen subir hasta más o menos un 10% (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 24).

5. Las políticas económicas de los Estados están más limitadas por la internacionalización de la economía, especialmente si las comparamos con las de los años de la época dorada del capitalismo. Ello presenta varios momentos. Por un lado, en el plano de la producción, hoy día resulta muy difícil para los Estados llevar a cabo una política capitalista de desarrollismo industrial, como hicieron muchos Estados emergentes tanto durante los años 30 como tras la II Guerra. Tales fueron los casos de la URSS de Stalin, de la China de Mao Zedong, del Egipto de Nasser- con capital conseguido gracias a las exportaciones de algodón y las ayudas de la URSS-, de Siria, de la India de Nehru, del Brasil de Vargas, de Corea del Sur, etc.. A partir de los 70 estos países entraron en recesión y cambiaron drásticamente de política, hacia la apertura al capital extranjero. Hoy en día, con una mayor acumulación de capital, se necesitarían enormes cantidades de capital para impulsar dicho desarrollismo. Asimismo la internacionalización de la economía, el aumento de la competencia internacional, que conlleva innovaciones tecnológicas continuas que aumentan la productividad, impide a un Estado aislado estar a la altura de dichas avances y desarrollar una industria autónoma rentable.

Ch. Harman ya lo explica de forma clara en los años 70: “La clase capitalista nacional- sea en Polonia o Brasil, Argentina o Gran Bretaña, la URSS o Francia- solo puede seguir el ritmo de la competencia internacional si tiene acceso a recursos productivos más amplios que los del Estado nacional y si tiene acceso a avances tecnológicos que tienen lugar a una escala más amplia, generalmente en las empresas más grandes de los países más avanzados. Y no puede tener acceso a ello sin una dependencia creciente sobre el comercio internacional, el mercado capitalista internacional y las empresas multinacionales. Sin embargo, a nivel internacional, no existen instituciones comparables al Estado nacional, capaces de imponer orden. Cada capitalismo estatal nacional está cada vez más y más sumido en un sistema mundial caótico y desorganizado, donde el único orden es el que proveen las crisis y el carácter destructivo del propio mercado mundial” (Harman, Ch. *Poland-Crisis of the state capitalism*, Parte II, <http://www.marxists.org/history/etol/writers/harman/1977/01/poland2.htm>, p. 14).



También resulta difícil para los Estados el dirigismo de la inversión, es decir, influir sobre los bancos para que inviertan en determinadas empresas, aunque sean poco rentables, algo que practicaron en los años dorados EE.UU. y Europa occidental. Por un lado la competencia internacional, y por otro el gran endeudamiento de los Estados y su dependencia de capital internacional, lo impiden. Lógicamente son siempre los Estados más débiles los que tienen menos capacidad de maniobra. Así ciertos Estados poderosos, como Japón, Corea del Sur y sobre todo China, aplican hoy día políticas de dirigismo de las inversiones, gracias a que disponen de un capital financiero nacional importante y a la gran interconexión que existe entre su capital empresarial y financiero, por un lado, y entre éstos y los Estados por otro.

La política económica de los Estados actuales se reduce básicamente a las políticas fiscales y monetarias: subir o bajar impuestos, aumentar o disminuir el gasto público, subir o bajar los tipos de interés y devaluar o revaluar la moneda. Sin embargo también aquí ha disminuido el margen de maniobra de los Estados, incluso comparado con los años 30 (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, ibídem, p. 116). Por un lado el capital empresarial, y especialmente las empresas multinacionales, presionan a los Estados para que les apliquen facilidades fiscales. Por otro lado el capital financiero internacional, del que dependen los Estados, exige libertad de movimientos, ausencia de impuestos y altos tipos de interés, así como también una economía sana, austera, sin inflación, que evite devaluaciones de la moneda. De lo contrario amenaza con huir de dicho Estado. La dependencia del capital financiero internacional aumenta con el endeudamiento enorme de los Estados actuales. Los agentes inversores, para evitar la experiencia de los años 80, cuando la inflación redujo la deuda real y los bancos perdieron dinero, chantajean a los Estados, a los más débiles, con las “primas de alto riesgo”, que aumentan los intereses de la deuda de los países no “saneados”, lo cual limita la capacidad de endeudamiento de estos Estados y toda su política monetaria y fiscal. Lógicamente cuanto más débil es un Estado más limitado es su margen de maniobra. Por el contrario, un Estado poderoso, como EE.UU., se puede permitir el lujo de tener un gran déficit comercial, un tipo de interés muy bajo, sin dejar de ser por ello el refugio del capital internacional.

En tercer lugar los Estados están limitados por las presiones que ejercen sobre ellos otros Estados. Son conocidas las presiones de EE.UU. a Japón, en los años 80, y a China, hoy día, para devaluar sus respectivas monedas. La interpenetración de la economía, de los países ricos, desarrollados, y emergentes, a través de las transnacionales, del comercio y del movimiento de capital líquido, condiciona igualmente las actuaciones económicas, de cualquier tipo, de todo Estado, porque la crisis o recesión en uno de ellos puede tener consecuencias graves sobre los otros. “Cuando EE.UU. tose, Europa se constipa”, sostiene el tópico. Por último algunos Estados se han autolimitado institucionalmente las políticas fiscales y monetarias. Una herramienta clave es la creación de Bancos centrales independientes, que marcan los tipos de interés al margen de los políticos. En la UE, desde el “Tratado de Maastricht”, se ha institucionalizado, con más o menos éxito, una política de límite del déficit, y desde la aparición de la moneda única, se impide el juego de las “devaluaciones competitivas”. Por mencionar un último ejemplo, España ha establecido recientemente el límite del déficit público como un precepto constitucional.

Al margen de estos contenidos de verdad, que constituyen parte de la realidad contemporánea, el resto de las tesis de esta teoría son a nuestro juicio falsas, y desempeñan el papel ideológico de encubrir y edulcorar la realidad. Veámoslas detenidamente.

1. La globalización no es un fenómeno ni único ni totalmente novedoso. Es una etapa diferenciada del capitalismo, pero esencialmente capitalista, y con muchos rasgos que se daban en fases anteriores: las multinacionales ya se dieron en la época imperialista, así como un comercio internacional enorme, y un movimiento financiero internacional. Es el caso inglés, la mitad de la inversión, entre 1880 y 1890, se iba al extranjero. Tampoco es un proceso lineal; durante los años 30, por las políticas proteccionistas, pero también en los años dorados de la guerra fría, el comercio internacional bajó mucho con respecto a la época imperialista

2. La globalización no supone una “red de redes” económica, donde todos los habitantes y todas las zonas del mundo están por igual implicados, y por ende se benefician mutuamente, como reza el dogma ortodoxo, expresado de forma paradigmática por D. E. Wolowick: “La economía mundial ya no es una sumatoria de economías nacionales, sino una gran red de relaciones con una dinámica autónoma” (Sánchez Ortiz, A., “Globalización y regionalismo; una perspectiva económico-comercial”, www.eumed.net/ce/2009b/aso.htm, p. 1) Ante tal tópico se debe establecer las siguientes precisiones.

A) Las multinacionales realizan la mayoría de sus operaciones, ventas e inversiones, en los países sede- la Unión Europea podría parecer la excepción, pero no lo es tanto, si consideramos a Europa como una sola zona-. Las multinacionales asimismo mantienen la inmensa mayoría de su capital fijo y su capital financiero en dichos países. De las 100 mayores empresas, con datos de los años 90, solo 18 tenían la mayoría de su capital en el extranjero, las cuales eran transnacionales de países pequeños, que tenían su capital en países vecinos, desarrollados: Suiza, Holanda y Suecia (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, <http://www.marxists.org/archive/harman/1996/xx/global.htm>, p. 6). Con datos actuales, las 50 transnacionales más poderosas tienen más de la mitad de su negocio en el país base. Los cargos directivos y principales accionistas de dichas empresas son asimismo de los países sede, esto es, de los países ricos; en 1991 sólo un 2% de los miembros de las direcciones de las grandes compañías norteamericanas eran extranjeros.

La inversión de las multinacionales en países extranjeros se suele producir en uno básicamente, o en unos pocos, de forma privilegiada, y no de forma indiscriminada y arbitraria por todo el globo. La inversión industrial se da, en su inmensa mayoría, en la tríada Comunidad Europea, América del Norte y Japón: “La supuesta masiva fuga de capitales de los países avanzados a las naciones recientemente industrializadas totaliza cerca de 100 mil millones de dólares, lo que representaba solamente el 3% de la inversión en los países de la tríada rica y el 0.2% de su stock de capital”, dice Ismet Akça con datos de 1999, tomados de Hirst and Thompson. Se puede hablar así, con Ch. Harman, de una “regionalización” del capitalismo antes que de una globalización (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, ibídem, p. 7). De la misma manera sería más acertado denominar a las multinacionales “transnacionales”.

Las transnacionales no funcionan según el esquema “globalizador”, de un sistema de montaje multinacional, donde unos países producirían unos productos, otros los montarían y finalmente se vendería en otros. Lo habitual es que la transnacional instale una filial en un país desarrollado, para intentar, gracias a las ventajas tecnológicas que le ofrece la sede, apoderarse del



mercado- es lo que se llama el modelo Toyota, que es el dominante incluso en las transnacionales instaladas en el Tercer Mundo-. Otra posibilidad es la de captar una empresa local ya existente, en un país avanzado, y convertirla en su satélite. Así, más que de globalización, Ch. Harman postula el término de “glocalización” (Harman, Ch, *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, ibídem, p. 10).

B) El comercio de manufacturas tiene su origen básicamente en los países ricos y en algunos pocos emergentes, quienes están más interrelacionados comercialmente, quedando para los países subdesarrollados, pese a ser numéricamente la inmensa mayoría, y con datos de 1996, un porcentaje de tan sólo el 16%.

C) El capital financiero, pese a las apariencias, tampoco está “globalizado”. Opera fundamentalmente en los grandes centros financieros, Londres y EE.UU., y en lugar de distribuir capital por el mundo, lo que hace es concentrarlo. Por lo que se refiere al movimiento norte-sur, el proceso es el inverso al pretendido por la tesis ortodoxa de la globalización. Se produce la huida de capitales de países pobres, hacia los bancos de los países pobres, buscando seguridad e inversiones rentables. A los países pobres vuelve en forma de préstamo, que se ha de devolver con intereses, de modo que al final es más lo que fluye del sur al norte, dicho en términos generales, que viceversa: “Capitalistas locales están transfiriendo sus ahorros a bancos transnacionales que, a su vez, prestan capital a los Estados latinoamericanos. Esto, por su parte, prestan dinero a capitalistas privados. Esta actitud permite a los capitalistas privados proteger sus ahorros, mientras aumentan una deuda externa que es garantizada por el Estado local” (Callinicos, A., “El imperialismo de las superpotencias”, en *Imperialismo hoy*, http://www.socialismo-o-barbarie.org/imperialismo_s_xxi/callinicos_imperialismohoy2.htm, p.7).

3. El supuesto beneficio mutuo de la globalización es otro gran mito. En primer lugar ha aumentado de forma tremenda la desigualdad entre ricos y pobres, o pobreza relativa, en términos tanto de ciudadanos como de países. Así dice un Informe de la ONU sobre el desarrollo humano: “La distancia en materia de ingresos entre el 20% de los más ricos y el 20% de los más pobres ha crecido de un 30.1% en 1960 a un 60.1% en 1990, y a un 74.1% en 1999, y se proyecta alcanzar el 100.1 en el 2015” (Li, M., *Después del neoliberalismo: ¿imperio, socialdemocracia o socialismo?*, www.rcci.nret/globalización/2003/fgh392.htm, p. 1). Asimismo el que fuera secretario de Trabajo con Clinton, Robert Reich, ha señalado que mientras en 1976 el 1 por ciento más rico de la población de Estados Unidos poseía el 9 por ciento de la riqueza, en la actualidad ya acumula el 20 por ciento (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 34). Respecto a los países, “un estudio llevado a cabo por economistas del Banco Mundial muestra que la proporción entre países más ricos y más pobres era de 8 a 1 entorno al 1870, de 38 a 1 en 1960 y de 45 a uno en 1990. El 20% de las naciones más ricas disponen de más del 84% del PIB global, del 84% del comercio mundial, y del 85% del ahorro interior. Utilizan el 85% de la madera del planeta, el 75% de los metales elaborados y el 70% de la energía del mundo” (Rees, J., *Impérialisme et résistance*, <http://quefaire.lautre.net/ancien/archive/rees-imperialismetresistance>, p. 65). Pongamos un ejemplo español. Aquí los beneficios de las 35 mayores empresas españolas que cotizan en Bolsa fueron de 51.613 millones de euros en 2010, lo que supone una subida del 24,7 por ciento con respecto al año anterior, mientras que los salarios perdieron 2 puntos porcentuales de poder adquisitivo en ese mismo año, cuando sólo subieron alrededor del 1 por ciento frente al 3 por ciento de la tasa de inflación (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 65)



En segundo lugar la clase obrera no ha hecho más que ver descender de forma vertiginosa su poder adquisitivo, tanto en los países ricos como en los pobres. A manera de ejemplo, en las tres últimas décadas el peso de los salarios ha caído en la OCDE casi doce puntos porcentuales (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 30). En los EE.UU. los ingresos semanales de un trabajador industrial han caído de 315 dólares en 1973 a 271 dólares en 1999, lo que supone un salario más bajo que el promedio de 1962. En América Latina, y con respecto a 1973, a mediados de los años noventa los salarios habían caído un 14% en Argentina, un 21% en Uruguay, un 53% en Venezuela, un 68% en Ecuador y un 73% en Bolivia (Li, M., *Después del neoliberalismo: ¿imperio, socialdemocracia o socialismo?*, ibídem, p. 1). En el mundo, el 50 por ciento de los trabajadores gana menos de 2 dólares y no tiene ningún tipo de contrato ni de protección social (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 15). Además, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el número de personas desempleadas en el mundo registró un récord histórico de 205 millones al inicio de 2011 (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 64).

En tercer lugar ha aumentado la pobreza absoluta. Hoy en día hay 1.100 millones de hambrientos y casi 2.000 millones en situación de extrema pobreza (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 15).

4. Otro gran mito es la desaparición del Estado como realidad económica. Estado y capital están unidos en el capitalismo desde el origen. Son realidades diferentes, con autonomía, pero se hallan interrelacionadas mutuamente.

El Estado representa a la clase económica dominante y sus intereses en forma general, no a un capitalista concreto u otro, y tiene por ello como objetivo mantener en su territorio la acumulación general del capital, que beneficia básicamente a la clase dominante. El Estado a su vez necesita de la acumulación capitalista en su zona de dominio, tanto para conseguir o mantener su poderío político y militar como mantener los privilegios económicos de aquéllos que forman parte de la elite estatal. Por todo ello el Estado nunca puede prescindir en su política de los poseedores del capital, sean privados o sea una burocracia política, como en la antigua URSS; podrá emprenderla contra algún capitalista privado, como hicieron los nazis con los Thyssen, cuando éstos no siguieron su política, pero no puede desinteresarse del objetivo de aumentar la producción. Ello es la causa, por ejemplo, del gran interés por parte de los Estados, pese al discurso neoliberal, en que las empresas transnacionales tengan predominantemente capital del país de origen. Asimismo ello explica la presión que ejercen a sus empresas para que hagan operaciones que las fortalezcan, como son las fusiones. Así EE.UU. forzó la reorganización de la industria informática Americana para hacer frente a la japonesa, a principios de los 90, e impulsó la fusión de Boeing y McDonnell Douglas en el 96, para crear un gigante aeroespacial mayor que todo otro competidor europeo.

La confluencia de Estado y capital se ve igualmente en el ámbito personal; miembros del Estado y de las empresas provienen de familias poderosas, reciben la misma educación, tienen misma forma de vida. Asimismo se producen intercambios frecuentes entre el mundo de la empresa y el de la política, algo que en Japón es algo prácticamente institucionalizado. Veamos un ejemplo español, recogido por A. Garzón: “El caso más extraordinario es el de David Taguas. Este hombre fue subdirector de estudios del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA), uno de los grandes bancos españoles, pasó a director de la oficina económica de Zapatero y actualmente es presidente de la Sociedad de Empresas de Obras Públicas de Ámbito Nacional (SEOPAN), el lobby de las empresas





constructoras en España. Pocas veces la realidad es tan evidente”. (Garzón, A., “Qué neoliberalismo II”, *Blog Pijus Economicus de Alberto Garzón Espinosa*, 20 de Agosto de 2009, www.agarzon.net, p. 2)

Los capitalistas privados, cuando los hay, por muy grandes entidades transnacionales que sean, necesitan de sus Estados. Las funciones básicas de éstos respecto a los capitalistas, desde que existe el capitalismo y hasta la actualidad, serían, siguiendo en gran parte a Ch. Harman, las siguientes: garantizar la oferta de mano de obra preparada, regulación de las relaciones legales entre unos capitalistas y otros y entre éstos y la clase obrera, la existencia de una moneda estable, el gasto público y los impuestos, algún grado de protección de los mercados locales, incluso proteccionismo en momentos de crisis, que garantice el monopolio de mercado y precios altos, negociaciones y presiones a otros Estados que les permitan abrir mercados y centros de inversión de capitales internacionales, garantizar el pago de los otros Estados de los derechos sobre patentes de las empresas nacionales, proteger a las empresas propias cuando surgen peligros graves de quiebra, la existencia de un poder policial, para protegerlas de las posibles rebeliones obreras, y para organizar los flujos de mano de obra inmigrante, y de un poder militar, para proteger sus intereses, como último resorte, tanto en el interior como en el exterior (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 19). En definitiva, como afirma J. Rees, detrás de la mano del mercado siempre está el puño de acero de los Estados.

El papel del Estado ha cambiado lógicamente a lo largo de las diferentes fases del capitalismo, desde la época clásica, donde aquél era menos participativo, a la época imperialista, donde los Estados tuvieron un doble papel: poner límites en casa a los capitales extranjeros, políticas en definitiva proteccionistas, y abrir mercados y lugares de inversión a las transnacionales propias, de forma pacífica, con acuerdos, o con la guerra. A finales de los años 30 por otra parte se produce más intervención, planificación, e incluso, sometimiento de todos los capitales al Estado, con la llamada “economía de guerra”; los casos más paradigmáticos fueron la Alemania nazi y la URSS. Con la guerra fría se mantiene la intervención de los Estados, con algunas empresas públicas y un cierto dirigismo de las inversiones en los países occidentales desarrollados, e incluso, en los países estalinistas, y en algunos emergentes, con un claro capitalismo desarrollista de Estado.

Hoy en día la relación entre Estados y capitalistas privados es más compleja. Por un lado, como hemos dicho arriba, se ha debilitado la intervención económica directa de los Estados, que comenzó en los años 30 y que tuvo su forma extrema en el capitalismo de Estado. Pero por otro lado, paradójicamente, se ha reforzado dicha relación. El fenómeno de las transnacionales y de la internacionalización tiene como consecuencia que la competencia entre las empresas se dé no dentro de una nación, sino a nivel internacional, y que las empresas necesiten aún más de sus Estados, a fin de imponerse en dicha competición internacional. Bujarin ya decía que el capitalismo moderno, a partir de principios del XX, se caracteriza no solo por la concentración de empresas, sino por la fusión de sus intereses con los de los Estados, haciendo de cada uno de los Estados avanzados una especie de gran “trust nacional”. “Es una tontería postular que el capital está intentando romper con las barreras de la nación-Estado y del capital privado para un desarrollo mayor de las fuerzas productivas. Al contrario, su ‘internacionalización’ sirve exclusivamente a los capitales nacionales y a la propiedad privada”, decía ya P. Mattick en los años 70 (Mattick, P. *Ernest Mandel’s state capitalism*, <http://www.marxists.org/archive/mattick-paul/1972/mandel.htm>, p. 23). Más aún, lejos de producirse una desvinculación entre empresas y Estados, lo que ocurre a veces es una doble vinculación estatal



por parte de una transnacional, como es el caso de Repsol YPF con el Estado español, país de origen, y con el argentino, donde tiene enormes inversiones, respectivamente.

Algunas de las intervenciones más obvias de los Estados, hoy en día, en beneficio de sus empresas, son las siguientes. Les conceden grandes subsidios, recortes de impuestos, y contratos, para ayudarlas a competir así con las rivales extranjeras. “De la lista de las 100 empresas más ricas del mundo, de *Fortune*, todas las de ordenadores, semiconductores y electrónicas tenían contratos con el gobierno americano, con Defensa; 23 estaban directamente implicadas en el negocio del petróleo, lo que supone una dependencia del gobierno para que el garantice los contratos y suministros del exterior; todas las de telecomunicaciones dependían de contratos y licencias de los gobiernos” (Harman, *Analysing imperialism*, ibídem, p. 19). Por otro lado las organizaciones internacionales, como FMI y OMC, son lugares donde los Estados defienden a sus transnacionales frente a otras, y donde las ayudan a ejercer el control económico sobre los países del Tercer Mundo (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, <http://pubs.socialistreviewindex.org-uk/isj102/cox.htm>, p. 3). Asimismo en las negociaciones con otros Estados defienden los intereses de sus transnacionales. En 1985 EE.UU. impuso a Japón y Europa el Acuerdo de Plaza, que devaluaba el dólar frente a las otras monedas, para favorecer las exportaciones de sus transnacionales. También el Acuerdo de Alca, o la propia UE, son en parte movimientos políticos de los Estados para beneficiar a sus empresas. Igualmente los Estados, para defender a sus empresas, ponen en marcha medidas proteccionistas, especialmente de la agricultura, para evitar la entrada de productos del Tercer Mundo, al tiempo que piden a los otros Estados la liberalización absoluta. Por último acuden al recurso de la fuerza, como se ve de forma evidente en el caso de los EE.UU., pero también de otras potencias, para beneficiar a sus transnacionales: “La mano oculta del mercado nunca funcionará sin el puño oculto. McDonald’s no puede florecer sin McDonald Douglas. El puño oculto que mantiene el mundo seguro para que florezcan las tecnologías de Silicon Valley es el ejército americano, su fuerza aérea y naval, y los cuerpos de marines” (Friedman, Th., en Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, <http://marxists.org/archive/harman/2000/xx/anticp.htm>, pp. 25 y 26).

La interrelación entre Estado y capitalistas, y sobre todo entre Estado y transnacionales, se hace especialmente visible en los períodos de crisis. Se puede decir que el papel del Estado, que estaba oculto, entre bastidores, sale claramente a escena, para ayudar a sus empresas y ayudarse con ello a sí mismo. Así, en la crisis de los años 30, los Estados aplicaron políticas proteccionistas para defender los intereses de sus empresas gigantes; asimismo iniciaron una política armamentista y militarista que tenía como objetivo la búsqueda de un espacio económico externo para sus empresas, algo que desembocó en anexionismo, por parte de la Alemania nazi, y en la II Guerra. Pongamos ejemplos más cercanos. Uno de los Estados más liberales nunca existentes, el norteamericano, impidió el colapso de Chrysler y la bancarrota de las cajas de ahorro a mitad de los 80, y la bancarrota del *Long Term Capital Management* en 1998. En la crisis del 97, Corea del Sur rescató Daewoo y Kia. Por último, tras la crisis actual que comienza en 2007, y después de cuatro décadas de continuas prédicas sobre la no injerencia del Estado en la economía, una de las administraciones más antiestatalistas, la republicana de Bush, que tachaba de “socialismo” cualquier mínima intervención estatal, fue al rescate de los bancos. El 7 de septiembre nacionalizó y salvó de la bancarrota al gigante hipotecario Freddie Mac and Fannie Mae, algo que, según Nouriel Roubini, profesor en la New York University y antiguo consejero del gobierno USA, se puede considerar la más grande nacionalización de la historia (Harman,



Ch., “Market madness” *Socialist Review*, octubre de 2008, p. 1). Días después nacionalizó la gigante de seguros AIG, quedándose con el 80% de las acciones de la compañía, por 85 billones de dólares, y adquiriendo por 700 billones de dólares los préstamos basura de esta compañía en el mercado. Nada más que decir sobre la supuesta desaparición del papel económico de los Estados.

Se ha puesto como ejemplo de la desaparición de los Estados la unificación europea. Es un proceso que responde sin duda a la internacionalización del capital, y a la necesidad de buscar nuevos mercados para los productos, sobre todo por parte de Alemania y Francia, aunque también tuviera motivos políticos: Francia buscaba controlar a Alemania, mientras ésta, como decía abiertamente H. Schmitd, necesitaba la coartada europea para que los demás países le perdieran miedo y la dejaran crecer; EE.UU. por su parte, pese a los inconvenientes, no presentó objeciones, pues percibió en ello algo positivo para el crecimiento económico mundial y para frenar la expansión del Este. Pero la UE no supone la desaparición de los Estados, pese a que éstos vean limitados su política fiscal y monetaria. Supone por un lado transferir cierta autoridad a un protoestado europeo que podría desarrollarse más en el futuro- Banco central, Parlamento europeo, etc.- y sobre todo el refuerzo de dos Estados, Francia y Alemania: como decía De Gaulle, Europa es un carro donde el caballo es Alemania y el cochero Francia (Callinicos, A., *Europe: the mounting crisis*, <http://www.marxists.org/history/etol/writers/callinicos/1997/xx/europe.htm>, p. 3). Este poder franco-alemán se ve por cierto claramente en la actual crisis.

5. La desaparición de los conflictos en el capitalismo globalizado es otro mito. Se basa en el argumento del efecto *MacDonald*, esto es, en que la internacionalización de la economía genera lazos tales entre Estados, también los poderosos, que hacen poco probable que se ataquen entre ellos, dado que se dañarían mutuamente. Esta concepción tiene sus antecedentes incluso en teóricos marxistas: Perry Anderson, teórico del *New Left Review* (Chingo, J., y Aldo. S., *Imperialismo, Ultraimperialismo y Hegemonía al comienzo del siglo XXI*, www.rcci.net/globalización/2003/fg307.htm) o Kautsky y su “ultraimperialismo”. La teoría tradicional marxista el imperialismo, por el contrario, postula, junto a la unión de Estado y capital, la concentración e internacionalización de este último, lo cual conlleva necesariamente conflictos entre Estados, por alcanzar mercados, lugares de inversión de capital, materias primas, condiciones mercantiles favorables a sus transnacionales, etc.: “Por un lado (cada burguesía nacional) exporta capital, por otro grita contra la supremacía extranjera; en una palabra, por un lado internacionaliza la economía, por otro aspira con todas sus fuerzas a contenerla dentro de los límites nacionales” (Bujarin, N., *Imperialism and world economy*, p. 158).

Si nos atenemos a los datos, es cierto sin duda que los capitalistas internacionales, empresas y Estados, colaboran en muchas ocasiones, a través de organizaciones, como el FMI, por ejemplo, o la OTAN, para alcanzar objetivos comunes, como ha ocurrido recientemente en Libia. Pero no es menos cierto que, junto a estos acuerdos de intereses, se da, cada vez de forma más frecuente, una rivalidad ente los mismos. Ésta se puede traducir en guerras locales, entre una potencia y otra, en una zona del mundo económicamente interesante, o entre una potencia y un país menor, que no acepte las imposiciones de la primera, o incluso entre dos países menores, pero con intereses contrarios. Sería desde luego absurdo decir que este tipo de guerras han desaparecido. Desde los años 80, y sobre todo los 90, una vez acabada la Guerra Fría, han sido continuos los enfrentamientos entre Estados menores, pero también, y sobre todo, los ataques de las potencias a aquéllos: II Guerra de Irak, en el 91, invasión de Somalia, en el 92/93, y que continúa hoy en día, la guerra en Yugoslavia, la guerra de África Central, donde



estaban presentes Francia y EE.UU., la invasión de Afganistán, a principios el 2000, la Tercer guerra de Irak, con consecuencias todavía perceptibles, la guerra de Libia, etc..

Esta tensión internacional puede llegar a generar asimismo conflictos mundiales. Ello fue lo que condujo a las dos Guerras Mundiales. Por otra parte, durante la Guerra Fría, y pese a la enorme tensión que alcanzó a su punto más álgido con la crisis de los misiles de Cuba, el efecto disuasorio del desastre nuclear fue precisamente lo que impidió que estallara una III Guerra Mundial. Ciertamente hoy en día, los conflictos entre las grandes potencias, pese a existir, quedan reducidos a un enfrentamiento económico y diplomático, y una gran guerra mundial parece poco probable. Tres factores lo explican. En primer lugar hay una sola potencia hegemónica, EE.UU., pues las otras potencias económicas, Europa, y sobre todo Alemania, Japón, Rusia y China, no son comparables en armamentos. En segundo lugar se da el factor disuasorio de la existencia de armamento nuclear, del que disponen no solo superpotencias, como USA, China, Francia e Inglaterra, sino potencias regionales: India, Israel, Sudáfrica, Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán, tras la desintegración de la URSS, e incluso Corea del Norte. En tercer lugar influye, sin duda, el efecto *MacDonald* o la interpenetración de las economías de la internacionalización del capital actual. Es más difícil que EE.UU. quiera por ejemplo bombardear Alemania sabiendo que bombardearía transnacionales propias (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 11).

Sin embargo tampoco queda excluida dicha posibilidad, pues ninguno de estos tres elementos es decisivo. EE.UU. bombardeó Alemania, pese a haber empresas de Coca Cola y Ford en el país. Además el poder monolítico de los EE.UU. tiene también su contrapartida. Precisamente la desaparición de la URSS hace que vivamos un mundo más inestable, donde EE.UU. tiene más tendencia a intervenir pues se ve más libre, y ello puede acrecentar los conflictos y los ataques a países no sumisos, así como las reacciones de los países atacados. A su vez esta inestabilidad puede aumentar los conflictos ente países menores, lo cual a su vez puede provocar la intervención de las potencias; en otros términos, un conflicto entre superpotencias puede provenir precisamente de conflictos previos de una superpotencia con uno o varios Estados menores: “Pero el conflicto entre Estados imperialistas y naciones más pequeñas con frecuencia llega a implicar rivalidades entre los propios Estados imperialistas” (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 11).

Por lo demás la hegemonía de EE.UU. no es completamente monolítica, y ello por un doble motivo. Por un lado hay otras potencias con un fuerte desarrollo armamentístico, aunque no sea comparable al americano; Japón y Alemania se estrenaron internacionalmente en la guerra de Somalia; Japón hoy en día es la tercera potencia militar del mundo. Hay que tener en cuenta igualmente el rápido desarrollo económico de China, que según algunos expertos, en 50 años, si siguiera la actual progresión, podría igualar a EE.UU.. El desarrollo económico chino sin duda va acompañado de un desarrollo militar, como teme la CIA según sus informes. El mayor temor para EE.UU. sería precisamente un pacto entre otras superpotencias, como Rusia y China, que no es algo inverosímil (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, p. 10). Por otro EE.UU. presenta una gran debilidad económica, con un gran déficit de balanza de pagos y con gran dependencia de otras economías, como la China. Dicha debilidad puede dar pie a la resistencia de los Estados menores atacados, así como dar alas a otras potencias imperiales.

Por último hay que tener en cuenta las inestabilidades internas, sociales, de conflicto entre obreros y capital, en el seno de los países tanto desarrollados como pobres, los cuales van en aumento con



la crisis económica, y ello pese al poco poder de las organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Una profundización de la actual crisis y una extensión de la misma a China, que hasta ahora se está librando de sus grandes secuelas, salvando con ello a otros países, como Brasil, Australia, etc., y a los propios EE.UU., podría ser causa de guerras civiles, que a su vez desencadenaran conflictos internacionales.

6. La tesis ortodoxa de la globalización implica por último un “fatalismo” completamente falso e interesado, ideológico, a saber, la consideración de que las únicas formas posibles de relaciones socioeconómicas, nacionales o internacionales, son las actualmente existentes. Hoy en día, cuando la crisis económica golpea a las clases populares, incluso se permite reconocer que tal vez no estemos en el mundo más justo, pero sí en el único posible: “Transmitir la idea de que, aunque sea injusta, esta es la única forma posible de afrontar la crisis es la tarea fundamental de aquellos grupos sociales que se benefician del orden actual” (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 9). Esta ideología se desglosa a su vez en dos tesis: no hay un modelo alternativo al capitalismo y no hay agentes sociales capaces de llevarla a la práctica, ni los Estados ni la clase obrera. Pero ante ello hemos de postular lo siguiente:

A) Existe un modelo alternativo: el socialismo. Es decir, es posible una planificación económica de la gran producción, de las inversiones, con nacionalización de las grandes empresas y de los bancos, y control por parte de la clase trabajadora, con una finalidad no acumulativa- producir para obtener más y más beneficios- sino atendiendo a las necesidades de la sociedad. De este modo se puede igualmente decir que las enormes injusticias del mundo, incluida la pobreza y la miseria, no son tampoco inevitables. Con solo el gasto en armamentos de EE.UU., unido a los gastos en publicidad, productos de lujo, o las fortunas de los 2000 o 3000 millonarios del mundo, con fortunas que llegan a la mitad de los ingresos de la población mundial, habría más que suficiente para eliminar el hambre y la miseria el Tercer Mundo, y para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del Primer Mundo (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 44). Lo imposible es solucionar esta situación en el seno del capitalismo, pero no lo sería si se impusiera el modelo socialista.

B) Los Estados poderosos pueden intervenir en la economía, y ello por doble motivo: las transnacionales dependen de ellos, como hemos visto, y ellos mismos tienen gran poder económico. Los Estados más importantes son todavía mucho más grandes que las transnacionales más grandes. Hay 44 Estados, incluyendo Turquía, Egipto, Tailandia y Argentina, con economías más grandes que las más grandes transnacionales (Harman, Ch, “Snapshots of capitalism today and tomorrow”, *International Socialism Journal*, nº 113, 2007, p. 2). Exxon, por ejemplo, tiene solo el 0.75% de la producción de EE.UU., y el 0.3% de la de Alemania. Si estos Estados quisieran romper realmente con el sistema, en un sentido anticapitalista, podrían hacerlo, nacionalizando transnacionales y bancos, impidiendo la fuga de capital. Ello causaría una fuerte oposición del capital, pero no un caos económico. Se seguiría produciendo y obteniendo beneficios, y dado el potencial económico de un Estado grande, éste podría hacer fácilmente frente a las amenazas internacionales de bloqueo o de agresión militar. Sin duda este Estado se vería obligado, como contrapeso a la pérdida de apoyo de la burguesía, a acercarse a la clase obrera, a sus reivindicaciones, y a avanzar hacia el socialismo, tanto nacional como internacionalmente, so pena de retroceder. Por otra parte, los Estados más pobres o pequeños, también disponen de cierto margen de maniobra, para nacionalizar aquellos bienes o materias primas y empresas más importantes y aplicar los beneficios a



servicios sociales, aunque ciertamente tienen más dificultades para actuar contra las transnacionales y los Estados imperialistas, pues caerían antes víctimas del bloqueo económico o la agresión político-militar directa.

Sin duda ningún Estado avanza *motu proprio*, desde arriba, si no es por la presión de las clases populares. Especialmente los grandes Estados son los más reacios a ningún movimiento anticapitalista o antisistema, pues son aquellos más entrelazados con el capital y más beneficiados por el mismo. Constituyen una auténtica clase dominante fuerte, nacional e internacionalmente. Pero esta evidencia no le quita importancia a nuestra tesis, por cuanto supone la refutación de todo fatalismo: si los Estados no se enfrentan al capital empresarial y financiero no es por imposibilidad económica, porque realmente no hay otra alternativa, sino por falta de voluntad política, eso es, porque ninguna clase, en este caso la burguesía, se ataca a sí misma. Dicho en otros términos, el sometimiento de los Estados a las políticas económicas del capital no es una imposición ontológica, metafísica, de la economía *per se*, sino una realidad político-económica, por lo tanto modificable

Las limitaciones del Estado, como hemos visto arriba, surgen cuando éstos pretenden, dentro de la realidad existente, introducir ciertas reformas sin atacar esencialmente el sistema existente. Tal reformismo, que en otras épocas del capitalismo ha sido posible, dentro de la autonomía del poder político, en la época del capitalismo internacionalizado, coincidente con una crisis, se torna tarea imposible, dado que el bloqueo del capital forzaría a este supuesto Estado reformista o bien a ceder a las presiones, para evitar el caos económico, y plegarse a los intereses del capital, o bien o avanzar hacia adelante, con medidas realmente anticapitalistas. En otros términos, el objetivo del reformismo, que es mejorar la condición de vida de las clases populares, aunque sea mínimamente, sin tocar el *statu quo*, hoy en día, dada la propia dinámica que ha asumido el capitalismo, ya no es factible.

C) Tampoco es imposible la lucha de los obreros, tanto para, sindicalmente, mejorar sus condiciones laborales como para, políticamente, derrocar el capitalismo. Se utilizan tres argumentos al respecto: los obreros han desaparecido pues, con la llegada de la “sociedad post-industrial”, se han transformado en obreros de servicio o de cuello blanco, y por lo tanto, supuestamente, en clase media, como sostienen incluso desde la izquierda M. Hardt y T. Negri- estos autores hablan de un nuevo sujeto revolucionario, difuso, posmoderno, ajeno al mundo del trabajo, al que denominan “multitud”- (Harman, Ch, *Los trabajadores del mundo*, Parte I, <http://zequinhabarreto.org.br/?p=3590>, p. 3); los obreros están divididos entre privilegiados combativos y desprotegidos pasivos, como sostiene Hobsbawm, Gorz o Edmond; la amenaza de las deslocalizaciones los paraliza a todos en general. Naomi Klein habla en este sentido de “empresas desarraigadas que utilizan a trabajadores desarraigados” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, pp. 23 y 24). Ante ello podemos objetar lo siguiente

1. Los obreros no han desaparecido. En términos cuantitativos, hoy en día hay más obreros que nunca antes en el mundo. Solo los obreros de Corea del Sur son más que los obreros de todo el mundo capitalista en tiempos de Marx. En términos cualitativos, ha habido un cambio en la composición de los obreros, un desplazamiento desde los manufactureros a los obreros manuales de servicios y a los obreros de cuello blanco- administradores, secretarios, maestros, enfermeros, etc., trabajadores no productivos o solo indirectamente productivos, en terminología marxista- pero ello no significa un aburguesamiento o una transformación de la clase obrera en clase media. La mayoría de los obreros de servicios manuales tienen sueldos, y condiciones de trabajo iguales o peores que los manufactureros. Igualmente muchos de trabajadores de



cuello blanco no tienen ni condiciones laborales ni estatus como en el pasado; muchas de estas profesiones, antes bien, como las de enseñanza o sanidad, se han proletarizado. Además los vaivenes del sistema hacen que el privilegio de ciertos trabajadores en posición superior, tanto manuales como de cuello blanco, que constituyen la llamada aristocracia del proletariado, sea muy inestable.

Todo ello no es óbice para reconocer ciertas especificidades en algunos trabajadores de cuello blanco, por ejemplo en las ramas de sanidad y educación, que los tornan menos reivindicativos. Nos referimos a lo siguiente: la existencia de la posibilidad de ascenso, o su reclutamiento meritocrático, factores que generan cierta sensación de superioridad entre estos trabajadores; el hecho de que los trabajadores de cuello blanco se reclutan en su mayoría entre los hijos de estos mismos; su trabajo en grupos pequeños, muchas veces jerarquizados y con presencia de los jefes; el dominio en estos trabajos de mujeres que compaginan el trabajo con el cuidado de los hijos y la familia; su mayor habilidad para participar en actividades políticas y sindicales, etc. (Harman, Ch., “The working class after the recession”, *International Socialism Journal*, octubre del 2006). Ello no es óbice tampoco para reconocer la aparición en el capitalismo actual de una nueva clase media, ciertamente minoritaria, de trabajadores privilegiados, de altos administradores o profesiones liberales (Callinicos, A., *The ‘new middle class’ and socialists*, <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=269>).

2. En segundo lugar los obreros no han perdido la capacidad de lucha. No están desarraigados, residen en determinados Estado y trabajan en determinadas empresas, están sindicados y unidos en gran parte, pueden unirse, reivindicar e imponer sus exigencias. Sobre todo, tanto hoy como en los inicios del capitalismo, éste solo puede funcionar con obreros, de manera que es la única clase que puede realmente poner en entredicho el sistema capitalista: “Los obreros tiene el poder de retar al sistema, que no tienen los que se manifiestan en la calle. Están concentrados en lugares de trabajo y conurbaciones, sobre una base permanente. Y es su trabajo el que produce el valor y la plusvalía que permite al sistema mantenerse en marcha” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 51)

Por lo demás la internacionalización del capital es dialéctica. La existencia de transnacionales hace posible que un movimiento obrero en una empresa de un país, incluso un grupo pequeño- el mismo aumento de productividad que elimina obreros manufactureros les otorga más importancia- paralice la producción de la misma en otros países, como hicieron en 1988 los trabajadores de Ford ingleses con todas las plantas de Ford en Europa, o los americanos con General Motors. Por otra parte, en términos generales, sociológicos, dado el lugar que ocupa dentro de modo de producción capitalista, la clase obrera es la única capacitada para encabezar una lucha político-económica para conseguir una alternativa, socialista, al sistema.

Sin duda tiene parte de razón la tesis de Hobsbawm, a saber, la existencia de una dicotomía moderna en la clase obrera, entre obreros del centro, con estabilidad y condiciones de trabajo aceptables, y de periferia, con contratos temporales, inestabilidad, subcontratas, situación ilegal, desprotección, no sindicación y por ende menor capacidad de lucha. Es una tendencia general del capitalismo, el cual, al desplegar los avances tecnológicos, requiere cada vez de menos mano de obra, y convierte en “informales” a trabajadores previamente “formales”; responde asimismo a la tendencia de los capitalistas a reducir gastos. Pero esta realidad es dialéctica. Las empresas del capitalismo globalizado siguen necesitando siempre de mano de obra preparada y permanente, esto es, de “trabajo formal”; es más, cuanto mayor es el desarrollo tecnológico, también es mayor la necesidad de una mano de



obra formada y estable. Por ello muchos de los trabajadores temporales, aparentemente “informales”, son en realidad estables, de forma que son obreros con capacidad de lucha (Harman, Ch., “The working class after the recession”, *ibídem*). Por otra parte, los trabajadores estables o “formales” no son necesariamente privilegiados ni pasivos, al contrario, en muchos momentos son aquéllos que pueden ofrecer más capacidad de lucha y resistencia a los empresarios. Asimismo una crisis del capitalismo, como la actual, tiende a igualar estos dos grupos, al erosionar los derechos de todos los trabajadores en general, y puede radicalizar y unir en la lucha a ambos grupos.

3. La deslocalización es un gran tópico, que se ha convertido en una constante en los medios de comunicación oficiales, según el cual las empresas de los países ricos están emigrando a los países pobres en busca de mayores beneficios por la mano de obra barata. Se une al tópico de la invasión de los países ricos por productos de países pobres, muy baratos, todo lo cual llevaría al desempleo y a la debilidad de la clase obrera de los países desarrollados. Organizaciones sindicales, y miembros del movimiento antiglobalización, críticos con la sociedad actual, también lo han asumido, como Viviane Forrester o David Bacon; éste último considera que la mayor parte de la pérdida de puestos de trabajo en USA se debe al movimiento del capital al Tercer Mundo. Pongamos un ejemplo español, tomado una entrevista a Cándido Méndez en el diario *El País*. El periodista le pregunta sobre las “deslocalizaciones” “Un asunto que preocupa mucho es la deslocalización. ¿Cómo luchar contra ella cuando en países como China los empresarios producen más barato?”. Y el Secretario General de UGT responde entre otras cosas apelando a la “flexibilidad”, en definitiva, a la desregulación laboral: “Es un proceso muy complicado que exige, en primer lugar, iniciativa sindical. Ante la deslocalización, hay que tomar medidas preventivas en la negociación colectiva, mecanismos de flexibilidad interna” (*El País*, 1 de Junio de 2005, p. 70)

Sin embargo, en general, no hay un movimiento masivo de capital al Tercer Mundo. Hay un movimiento hacia economías emergentes, sobre todo China e India, de empresas que requieren poca especialización de mano de obra, como textiles baratos, calzados, bienes básicos de cocina, de los que se compran a 1 euro, etc. Muchas veces las afectadas son otras economías emergentes: “Entre 2000 y 2003 las maquiladoras de México (el sector manufacturero de exportaciones) perdió casi 230,000 trabajos cuando un tercio de la producción que dejó México se desplazó a China” (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *Internacional Socialism Journal*, nº 133, p. 8). Pero la producción de textiles y calzado de calidad, de productos blancos- lavadoras, frigoríficos, etc.- de coches o de aviones, no se ha movido en absoluto; incluso en electrónica ha habido un retroceso o relocalización. Aportemos datos. De los movimientos internacionales de capital industrial a principios de los años 90, tres cuartos se producían entre los países desarrollados, un 16.5% se dirigía a los 10 países más poderosos en vías de desarrollo, y solo un 8.5% al Tercer Mundo (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, *ibídem*, p. 22). Tampoco el aumento de las importaciones o ventas de productos de países en desarrollo o subdesarrollados a los de la OCDE, que ha pasado de un 1% a un 2% en esos años, puede explicar una subida de desempleo del 6 al 20 % en estos últimos. Solo supone unos cientos de miles de pérdidas de puestos de trabajo, de los más de 10 millones que se han producido de 1982 a 1992.

No hay que olvidar, como sostiene Chris Harman, que las empresas son hoy básicamente “complejos industriales”, para los cuales todo desplazamiento o “deslocalización” supone enormes riesgos y gastos, como los gastos iniciales de partida y los costos de aprendizaje de los obreros entre otros, de modo que no es ésta una decisión ni tan habitual como se quiere, aunque se dé, ni que



se tome muy a la ligera (Harman, Ch., *Globalisation: a critique of a new orthodoxy*, ibídem, p. 13). Requieren, si se desplazan, de un país con garantía de mano de obra especializada, recursos, comunicaciones, seguridad social, etc. Si se produce algún movimiento de una empresa importante, como la de Ford, ello lleva años, y se hace de EE.UU. a Europa, de Dagenham a Alemania, no al Tercer Mundo (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 22).

Se da publicidad a pequeños casos y se exageran. Así, como comenta Ch. Harman, se dice que British Airways movió parte de su sistema informático a India, y que ello fue la causa de la pérdida de puestos de trabajo. Ahora bien, no se comenta que dicha empresa, desde su privatización, perdió 17.000 trabajadores, mientras en la India solo creó 130, de modo que los otros más de 16.000 puestos debieron de perderse por otras causas económicas, de la misma empresa y del capitalismo inglés, no por la deslocalización. Unida a esta propaganda, hay chantaje por parte de las empresas con la excusa de la deslocalización, el cual sin embargo pocas veces se materializa. En ocasiones, cuando se produce realmente una deslocalización, no es a la otra punta el globo, sino a unos pocos kilómetros de distancia.

La clase obrera está actualmente debilitada, en comparación a otras épocas. Pero ello no es fruto de la internacionalización, sino, por un lado, de las numerosas derrotas y concesiones hechas, debido a la cobardía de los dirigentes sindicales, para los cuales el mito de la deslocalización sirve muchas veces como excusa. La otra causa es la crisis. El aumento del desempleo y la consiguiente bajada de los salarios ciertamente debilitan la capacidad de lucha e incluso de resistencia del proletariado: “En los años 60 y 70 los obreros de EE.UU. y Alemania miraban tres o cuatro décadas hacia atrás y sentían cuánto había mejorado su situación. Hoy los trabajadores miran tres o cuatro décadas hacia atrás y sienten cuánto más sobreexplotados y cuánto más inseguros están” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 50). Pero esta situación de debilidad tampoco significa que la lucha de los obreros sea imposible. La clase obrera no se queda normalmente sentada viendo cómo se erosiona su condición laboral, y además, en determinados momentos, bajo una buena dirección política, la crisis puede fortalecerla y radicalizarla.

2.4. CONCLUSIÓN

La tesis de la globalización contiene ciertos aspectos indudables, referidos a la internacionalización del capital, que marcan nuestra época, pero los exagera creando una imagen falsa, e interesada, de la realidad. En primer lugar dicha internacionalización del capital significa que éste atraviesa la frontera de diversos países, especialmente de los más ricos, y de unos cuantos llamados emergentes, pero deja al margen a la mayor parte de los países y poblaciones del mundo. Estos están afectados por los procesos capitalistas, oprimidos por la deuda, por la especulación financiera, y ahora por la especulación de alimentos, y sometidos a la extracción de determinadas materias primas interesantes, que no están en el primer Mundo. En segundo lugar no se puede hablar de globalización, si entendemos por tal el ideal de que el capitalismo llegue a todos los rincones, cree riqueza, antes o después, para todos, y genere un mundo idílico, sin injusticias, sin miseria, sin explotadores ni explotados, y sin guerras. También en tercer lugar es falsa la idea de que la internacionalización sea un proceso natural, que esté en la naturaleza de la economía, de las cosas, y del propio ser humano, como se desprendería del hecho de no ser algo forzado o impuesto por los Estados, ya en vías de extinción. Ciertamente este discurso siempre ha sido falso, apologético de la sociedad existente y de sus enormes injusticias- como ha criticado

el movimiento antiglobalización, desde su primera reunión en Seattle-, y al tiempo ha buscado sembrar el miedo y paralizar toda reivindicación política o sindical contra el sistema. Pero hoy en día ello es más evidente que nunca. A manera de ejemplo, no deja de ser patético que a pocos días del estallido de crisis mundial actual, la peor desde la del 29, los dirigentes del G8, reunidos en Davos, cantaran alabanzas a la globalización y al estado de cosas actual de la economía.

Por otro lado la tesis ortodoxa de la globalización nos deja sin respuesta a la pregunta sobre las causas: ¿por qué se producen estas tendencias internacionalistas del capitalismo precisamente hace cuatro décadas, a finales de los años 60? ¿Qué cambio se produce en el sistema para que eso tenga lugar? No hay respuesta, y por eso algunos autores llaman a la tesis de la globalización un pensamiento “teológico” (Bellon, A., “Dieu créa la mondialisation”, en *Le Monde diplomatique*, Noviembre de 2004). Pues, ¿qué valor teórico tiene decir que la “globalización” es simplemente la consecuencia de los avances tecnológicos, sin mirar a otras causas más profundas y concretas, económicas o políticas? Más aún, para algunos apologetas de la globalización ésta se explicaría como la simple realización de una verdad de carácter universal: la bondad del liberalismo económico más allá de todos los tiempos y lugares.

3. LA TESIS DEL “NEOIMPERIALISMO”

Hoy en día ha vuelto a resurgir, para explicar la situación actual del mundo, la tesis del imperialismo. Es común en los países del Tercer Mundo, en su clase obrera, pero también en la clase media, y sobre todo entre los intelectuales de una izquierda radical al tiempo que nacionalista, que se da con especial fuerza en Latinoamérica. Hablamos de autores como James Petras, W. Bello o Samir Amín. Utilizaremos también referencias del español Arcadi Oliveras. Muchos miembros del movimiento antiglobalización están además próximos a esta posición. Es lógicamente una teoría crítica con las injusticias del mundo actual: la pobreza, miseria y explotación, de gran parte de la población mundial, especialmente en los países pobres.

3.1. LOS ARGUMENTOS FUNDAMENTALES

Esta teoría descansa a nuestro juicio sobre las siguientes tesis:

1. Vivimos en una época de dominio económico y político de los países ricos, o centro del sistema, sobre los países pobres, subdesarrollados o incluso emergentes, de Asia, África y Latinoamérica, esto es, la llamada “periferia” del sistema. Este dominio se habría agudizado en las últimas décadas.

2. El dominio económico y político se inicia básicamente con la colonización del siglo XIX, pero en el caso de Latinoamérica se remontaría incluso hasta la colonización española del siglo XVI y sucesivos.

3. En el siglo XIX el dominio se habría dado, directamente, en la época colonial, con la extracción de recursos baratos y el acceso a mercados. Asimismo no habría habido intención alguna por parte de las potencias de promover el desarrollo industrial de las colonias, si no antes bien lo contrario. Las potencias coloniales solo se interesaban por la extracción de materias primas o por inversiones lucrativas, de servicios, pero no industriales.

4. En la época poscolonial, el dominio económico continuaría a través de presiones y manipulación de la clase dirigente de las antiguas colonias, con el fin de poder seguir extrayendo materias primas, tener un lugar para las exportaciones, y evitar una industrialización de dichos países. La implantación de políticas neoliberales por parte del FMI y la OMC sería la plasmación más clara de este dominio económico (Harman, Ch., *Analysing*



Imperialism, ibídem, pp. 15 y 16). La apertura de fronteras a los capitales extranjeros, y los acuerdos como el ALCA, sería también otro procedimiento.

5. La descolonización, en definitiva, que se dio después de la II Guerra y durante las décadas siguientes, habría sido un proceso más formal que real, o por lo menos no habría sido completo. Los países del Tercer Mundo siguen siendo dependientes de los más ricos, de forma indirecta, de manera que constituyen una especie de “semicolonias”. Se habla igualmente a este respecto de neocolonialismo.

6. En este sentido se habría dado en las últimas décadas un resurgir del imperialismo, económico y político-militar, de modo que podríamos hablar igualmente de un “neoimperialismo”. Éste tendría, sobre todo en el aspecto político-militar, un carácter bastante unipolar, al descansar sobre la hegemonía de una sola potencia, los EE.UU., el cual actuaría especialmente contra los países o clases dirigentes del mundo que no se someten a sus intereses.

7. Las víctimas de este neoimperialismo son las clases obreras y humildes, en general, de los países pobres, si bien también lo serían la pequeña burguesía y en general la nación en su conjunto. Los culpables serían las burguesías y los Estados de los países ricos, especialmente Europa occidental, EE.UU. y recientemente China, pero también se beneficiarían las respectivas clases obreras de estos países. Se daría entre estas diferentes clases del “centro” una comunidad de intereses, a costa de la “periferia”. También serían culpables las oligarquías locales, las clase política y parte de la burguesía local vendida al imperialismo.

8. La solución vendría por una unión de clase obrera y burguesía y pequeña burguesías locales, para oponerse a la burguesía y clase dirigente corruptas, y crear un proceso propio, independiente, de industrialización y desarrollo económico, que permitiera a las semicolonias escapar al dominio del Norte.

3.2. MOMENTOS DE VERDAD

Esta teoría tiene a nuestro juicio postulados reales e importantes, que nos ayudan a entender el mundo actual:

1. Los países ricos tienen que ver, o son en parte causantes, de las injusticias que sufren los pueblos más pobres del mundo, y de las desigualdades entre países ricos y pobres.

2. La política y la economía van de la mano en el imperialismo, también en el actual. Frente a la falacia de la tesis ortodoxa de la globalización, el Estado, lejos de desaparecer, colabora también con el gran capital en la explotación del Tercer Mundo. James Petras lo dice sin ambages: “Lo que sucede es que las transnacionales no son autónomas. El Estado no es autónomo. El Estado es esencial para el imperialismo, para la política de expansión y conquista, y la protección de las grandes transnacionales. Son los matones que imponen y protegen al Fondo Monetario, porque son ellos mismos quienes eligen los representantes que vienen aquí. Debemos entonces rechazar el concepto de ‘globalización’ y reivindicar, como más riguroso y explicativo, el concepto de ‘imperialismo’” (Petras, J., *¿Globalización, imperio o imperialismo? Un debate contemporáneo*, www.reci.net/globalización/2004/fg425.htm, p. 3). Es más, la especificidad del capitalismo respecto a otros sistemas imperialistas anteriores es que en él se refuerza la colaboración de política y economía, sometiéndose la primera a la segunda. En otros términos, si en otros sistemas anteriores podía haber estrategias militares solo con un interés consciente de conquista, lo cual, sin duda, aportaba beneficios económicos, hoy las estrategias están centradas exclusivamente en la búsqueda planificada de la obtención de dichos beneficios para las empresas transnacionales, sean a corto plazo o a largo plazo, directos o indirectos, como





proyecto geopolítico que tiene en cuenta las posibilidades de beneficio futuro que tienen las conquistas de hoy (Callinicos, A., “Imperialism and global political economy”, en *International Socialism Journal*, n° 108, p. 2). Ello supone rechazar por tanto la tesis de algunos teóricos de izquierdas, como en parte David Harvey, o sobre todo Panitch y Gindin, de que el imperialismo es una cuestión puramente política, esto es, de la conquista por la conquista o extensión de territorio (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 6).

3. El domino imperialista, con medios político-económicos o medios puramente político-militares, ha aumentado en las últimas décadas. Se ha producido una recolonización económica y política de grandes partes de Asia, África o Latinoamérica, por parte de transnacionales en colaboración con sus Estados correspondientes, aunque en Latinoamérica también ha habido reacciones populares antiimperialistas, por muy contradictorias que sean: Chávez en Venezuela y Morales en Bolivia. Son varias las políticas o actuaciones sobre las que se asienta este neoimperialismo:

A) Un primer aspecto depredador es la política de préstamos por parte de los países ricos, sus Estados y bancos privados, a países pobres y en vías de desarrollo, durante los años 70. Esto sirvió a los primeros para desprenderse, de manera lucrativa, de la gran cantidad de petrodólares acumulados, ociosos, con motivo del alza del petróleo. Asimismo los préstamos, lejos de beneficiar a los países pobres, por lo general les han perjudicado. En primer lugar los préstamos eran usurarios, con tipos de interés más altos que los que se daban entre países ricos; así, entre los años 85 y 89, si el promedio de tipo de interés entre los países desarrollados era de 4.35 %, la media de los tipos de los préstamos al Tercer Mundo era de 16. 8% (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién?”, en *¿Quién debe a quién?*, Diario Público, 2010, p. 85). A ello se ha de añadir las renegociaciones de la deuda, que suponían nuevos ingresos para los países ricos en términos de aumento de los tipos de interés, comisiones, etc. Muchos de estos préstamos repercutían además directamente en beneficio de los acreedores, pues o bien estaban ligados a la exportación, es decir, a comprar productos a los países que les habían hecho los préstamos, aunque fueran más caros o se tratara de productos básicos, como medicamentos- así hay países que no pueden comprar genéricos mucho más baratos por la obligación sustraída con la deuda-, o bien eran invertidos en proyectos de infraestructuras gestionadas por transnacionales de los países prestamistas, préstamos que eran contabilizados, en ocasiones, como ayudas al desarrollo (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, p. 16). En algunos casos se trata de construcciones de lujo o completamente inútiles, como la construcción de un planta termonuclear en Filipinas, sobre suelo sísmico, que nunca se ha utilizado, que costó 2500 millones de dólares y que se cuantificó como préstamo (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, p. 89). Igualmente China, que ha incrementado su comercio con África un 30% por año en la última década, llegando a 104 billones de dólares in 2008, ha construido palacios presidenciales en Mali, Togo, Zimbabue, Namibia y Sudán (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, *The Socialist Newspaper*, enero del 2010, p. 20). Se dan también claros fraudes, como en el caso de préstamos a empresarios del Tercer Mundo, que en lugar de ser invertidos en los países pobres, eran de nuevo enviados a los bancos de países ricos. No hay que olvidar igualmente el hecho de que muchos de estos préstamos se dan a gobiernos corruptos o incluso dictatoriales, sin control de su uso, para beneficio personal de elites- adquisición de bienes de lujo o fuga de divisas-, o para la adquisición de armamento, y promoción de guerras, lo cual a su vez beneficia a los bancos y a las empresas armamentistas del mundo rico. Por último estos préstamos han generado una



deuda enorme, que supone una sangría de dinero de estos países al Primer Mundo. El pago de intereses es muchos mayor así que los préstamos recibidos. África recibe uno 10 billones de dólares al año en préstamos, y devuelve unos 14. Pero también es mayor lo que pagan en intereses que la ayuda recibida al desarrollo. Así en el año 2000 los pagos en servicios respecto a la deuda fue 7.4 veces mayor que el dinero recibido oficialmente en concepto de ayuda al desarrollo por parte de los países del Tercer Mundo (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, p. 24). Ello evidencia que la Ayuda al Desarrollo tiene como verdadera finalidad el garantizar que se mantenga el pago de esta deuda, y así no perjudicar a los bancos, transnacionales y Estados acreedores.

B) La renegociación de la deuda ha llevado a la adopción obligada por parte de los países endeudados de estrictas políticas neoliberales, de los llamados PAE o “Programas estructurales de ajustes”, impuestos por parte del FMI y el Banco Mundial y G7, que se coordinan a través del Club de París, creado en 1956, donde también están representados la mayoría de los países de la OCDE, la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para la cooperación y el desarrollo) y bancos de dimensión regional, africanos y asiáticos. Los acreedores privados se coordinan por otra parte a través del Club de Londres, pero también ceden sus gestiones para la implantación de los planes de ajuste a los organismos internacionales.

Los planes implican medidas que benefician a los países ricos y sus empresas, o bien directamente o bien indirectamente, al dirigir la economía de los países deudores y sus presupuestos hacia el pago de la deuda. Al tiempo han dañado más todavía las economías y las condiciones de vida de estos países. Han incluido la apertura de mercados a los productos extranjeros, sobre todo textiles, lo que ha supuesto la destrucción de pequeños talleres y economías (en África dicha apertura se ha institucionalizado con el NEPAD o New Partnership for African Development) (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, ibídem, p. 1); la desregulación financiera y apertura al movimiento de los capitales, que han arruinado y provocado graves crisis en muchos países del Tercer Mundo; la privatización a bajo coste de las empresas rentables, para así pagar las deudas, y la entrega de los servicios públicos rentables-agua, electricidad, telecomunicaciones, educación, sanidad- a empresas transnacionales (la apropiación por parte del Banco Santander y del Banco Bilbao Vizcaya, auspiciados por el Estado español, de gran parte del sistema bancario de Latinoamérica, o la entrega a empresas extranjeras, españolas y francesas como Suez y Vivendi, en Latinoamérica, de los servicios: telecomunicaciones, energías, agua, etc., son claros ejemplos; también lo es una ley de Cárdenas, de los 90, en México, que permitió la venta de las tierras comunales, con lo cual desaparición de un plumazo la capa de pequeños agricultores, debido a la competencia también de EE.UU.); la supresión del gasto social en educación, sanidad, vivienda, subvenciones a los alimentos básicos, etc., para pagar igualmente la deudas contraídas; unas políticas restrictivas y de austeridad, lo que supone aumento de desempleo y disminución de sueldos en los países pobres; políticas de producción dirigidas a la exportación, incluso de un solo producto o monocultivo, con las que poder afrontar la deuda, que ha contribuido a la desaparición de los pequeños campesinos, que han ido a engrosar, en un éxodo rural similar al del siglo XIX en Europa, las grandes balsas de marginación en los arrabales de las grandes urbes del Tercer Mundo (además ello hace depender la economía, e incluso la subsistencia, de las poblaciones de estos países, de las oscilaciones del mercado; así el pueblo de Ruanda sufrió tremendamente a finales de los 80 y principios de los 90, al depender de dos productos, zinc y café, que bajaron en el mercado en el 88, hecho que contribuyó sin duda al



genocidio contra los tutsis (Kimber, Ch., “Coming in terms with barbarism in Rwanda and Burundi”, *International Socialism*, n° 73, diciembre de 1996, p. 9); a ello se añade el hecho de que los países ricos aplican políticas proteccionistas de sus agriculturas, lo que hace bajar los precios de los monocultivos del Tercer Mundo y aumenta la amenaza de hambre sobre sus poblaciones). Para la condonación parcial de la deuda, se han hecho unos programas especiales llamados PPAE, Países pobres altamente endeudados, que conllevan planes de tres años de muy fuerte ajuste económico y austeridad (Oliveras, A., “Deuda externa, ¿deuda externa?”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, p. 33).

Otras organizaciones internacionales favorecen estas políticas. Así la Organización Mundial de Comercio, a partir de la famosa Ronda de Uruguay, del año 90, ha acordado la circulación libre de mercancías, finanzas y capitales, exceptuados los productos agrícolas. Al mismo tiempo defiende con uñas y dientes los derechos de propiedad, y amenaza con multas a aquellos países que puedan fabricar por ejemplo medicamentos u ordenadores, sin pagar los elevados derechos de propiedad a las transnacionales. También ha obligado a abrir los servicios públicos de estos países a las transnacionales, como se ha visto claramente en Latinoamérica.

En la imposición de los “Planes de Ajuste” no se ha tenido en cuenta las circunstancias concretas de cada país, que podían agravar las consecuencias de los mismos. Así el FMI impuso en el año 93 un plan duro de ajuste a Burundi, sin tener en cuenta los conflictos interraciales que, originados con la colonización y descolonización belga, y agravados por los problemas económicos, estallaron en las matanzas que se extendieron del 93 al 96 (Kimber, Ch., “Coming in terms with barbarism in Rwanda and Burundi”, ibídem, p. 8).

C) La apropiación por parte de las transnacionales de la extracción de alguna materia prima, útil y lucrativa, o bien a través de la presión y chantaje a las clases dirigentes corruptas, o incluso con intervención militar. Destaca el caso del petróleo como materia prima imprescindible para el funcionamiento del capitalismo en su conjunto. Sin el petróleo el sistema simplemente dejaría de funcionar. El dominio de este recurso ha sido un elemento clave de la política imperialista americana desde la II Guerra Mundial, que sustituyó a Gran Bretaña y Francia, los cuales dejaron paso a EE.UU. tras la derrota primero en Irán y después en el Canal de Suez contra Nasser, en el año 57. La presencia de petróleo explica que el Oriente Medio sea la zona más importante dentro de la estrategia imperialista de EE.UU., que se traduce en la presencia de bases americana en las pequeñas repúblicas del Golfo y Arabia Saudí- donde se encuentra el 56% de las reservas petroleras del mundo-, en las tres guerras de Irak, en el apoyo incondicional a Israel y su genocidio palestino, y en el apoyo a Arabia Saudí y su régimen dictatorial como garantía de la estabilidad de la zona. A finales de los 70 la “doctrina Carter” ya sostenía que cualquier ataque a los intereses americanos en el Golfo era un ataque a los EE.UU..

Desde mediados de los 90 también se ha tornado importante, especialmente para la estrategia americana, la zona del mar Caspio y de Asia Central, donde están situadas algunas antiguas repúblicas soviéticas- Kazajstán, Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Moldavia, Georgia, Ucrania- y donde se han descubierto grandes reservas de petróleo y gas- se estiman entre 15 y 29 billones de barriles de petróleo en el Mar Caspio-. Veinticuatro compañías de 13 países ya establecieron acuerdos, a mediados y finales de los 90, para la extracción de petróleo de los tres primeros países mencionados. El interés de EE.UU. por esta zona respondió también a la inestabilidad creciente de Oriente Medio- en los años 90, tras la I Guerra del Golfo, tuvo tensiones incluso con el aliado fiel de Arabia Saudí-. Así estableció acuerdos



de colaboración económica y militar, que incluye la presencia de bases norteamericanas en la zona, con casi todas las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso, y favoreció la creación de una alianza, económica y militar, de cinco de estos países- Azerbaiyán, Georgia, Ucrania, Moldavia y Uzbekistán-, el llamado GUUAM, que supone para estos países un alejamiento de la influencia rusa y una aproximación a Occidente, y sobre todo EE.UU.. El objetivo de la presencia militar norteamericana es dar una estabilidad militar a la región que permita una explotación del petróleo y gas por parte de sus transnacionales; se ha construido incluso un sistema de transporte, que permite conducir el gas y petróleo desde el Caspio hasta la costa de Turquía, el famoso oleoducto de Baku-Ceyphan (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, pp. 5, 6 y 7).

El petróleo ha jugado un papel importante incluso en agresiones militares imperiales que en principio le parecen completamente ajenas. Así la guerra de Yugoslavia tuvo entre una de sus causas el deseo de EE.UU. de asegurarse una ruta alternativa para el transvase del gas del Caspio hasta el Mediterráneo occidental. EE.UU. se planteó varias rutas alternativas, pero la más segura, que evitaba el paso por Rusia e Irán, incluía el paso por tierra desde el puerto búlgaro de Burgos, pasando luego por Macedonia, para llegar a los puertos de Albania, para entrar ya en el Mediterráneo (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p. 5): “Los comentaristas que veían una relación entre el petróleo del Caspio y la guerra de Kósovo fueron objeto de burla, sobre todo por parte del Secretario de Asuntos Exteriores, el laborista Robin Cook, quien pensaba cerrar el debate declarando: ‘No hay petróleo en Kósovo’. Sin embargo ya había planes para un oleoducto transbalcánico que llevaría el petróleo desde el Caspio al Mediterráneo, a parte del trayecto Baku-Ceyphan, desde los años 90. Durante una reunión de debate sobre el proyecto en Sofía, en el 98, el presidente albanés dio a entender claramente que su consentimiento al proyecto dependía de la autonomía del Kósovo, porque ‘sin la misma ninguna solución en el interior de las fronteras serbias podía llevar a una paz duradera’. El acuerdo sobre la construcción del oleoducto fue firmado finalmente en diciembre del 2004, entre la sociedad americana AMBO y los gobiernos balcánicos, de nuevo en Sofía” (Rees, J., *Imperialism and resistance*, ibídem, p. 16). En EE.UU. surgió incluso en los 90 un concepto estratégico, llamado la “nueva ruta de la seda”, que consistía en un corredor de estados estables, económica y políticamente, para permitir este negocio floreciente. (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p 8).

En África la extracción del petróleo está controlada básicamente por el capital norteamericano, europeo, parcialmente el ruso, y de manera creciente el chino. El petróleo de Nigeria, octavo productor del mundo, está dominado casi en su totalidad por Total y Shell, aunque también participan una compañía rusa y otra china; Shell controla el petróleo de Senegal. El petróleo y el gas constituyen el 80% de las importaciones norteamericanas de África y el 86% de las chinas. Los beneficios no llegan a las poblaciones de los países productores. Los porcentajes de los beneficios que se quedan sus Estados han ido disminuyendo, mientras que las facilidades a las empresas, y el poco control sobre sus métodos de trabajo, destruyen enormemente el medio ambiente. Además el tratamiento del petróleo, en la mayoría de los casos, se hace en los países ricos.

Pongamos por ejemplo el caso de Nigeria. En 1967 el 50% de las ganancias iba al Estado productor. Ya en los 70, se redujo el porcentaje destinado al Estado productor a un 20%. Actualmente, de acuerdo con la Constitución de 1999, el Estado productor obtiene solamente el 13 % de los réditos petroleros. La tendencia es en definitiva a que las empresas cada vez reclamen más petróleo y que el Estado nigeriano dé cada vez más facilidades, permitiéndoles instalarse de manera irregular, con daños para el medio ambiente.

Ello contribuye a que Nigeria sea hoy un país donde apenas un 10% de la población se queda con el 90% de la renta, mientras el restante 90% se reparte la menor porción (Duverne, *Aproximación a la situación económica de Nigeria*, www.cari.org.ar/pdf/nigeria.pdf, p. 4). Aportemos otros datos. En los dos grandes países petroleros de África, Nigeria y Angola, el PIB per cápita hoy es más bajo que en 1973. En Nigeria, con 160 millones de personas, el 70% vive con menos de 1 dólar al día (Westerlund, Per-Åke, "Imperialism in Africa today", *ibídem*, p. 6). Todo ello ha generado enfrentamientos, sabotajes a las explotaciones, y últimamente en Nigeria, el resurgir de enfrentamientos tribales y religiosos.

Al margen del petróleo, también hay otras materias primas que benefician a transnacionales particulares: gas, que ya hemos mencionado, y, especialmente en África, minerales como oro, diamantes, cobre, y cobalto. Muchos de estos minerales salen de forma ilegal: "Según la Unión Africana, 150 billones de dólares desaparecen de África cada año a través de exportaciones mineras ilegales" (Westerlund, Per-Åke, "Imperialism in Africa today", *ibídem*, p. 9). Un mineral muy importante, pues es imprescindible para fabricación de móviles y se obtiene casi solo en El Congo, es el cobalto. Entorno al mismo surgió una guerra entre los años 96 y 2003. Estuvieron implicadas tropas de Uganda, Ruanda, Angola, Zimbabue y otros Estados africanos, junto a tropas congoleñas. EE.UU. y Francia tomaron también posiciones, apoyando a unos bandos u otros según las circunstancias. En el 96, con ayuda de Ruanda y Uganda, Kabila derrotó al dictador Mobutu. EE.UU. y otras potencias rápidamente apoyaron al ganador, después de haber apoyado y defendido violentamente al dictador Mobutu, que gobernó desde el 61, cuando americanos y belgas asesinaron al presidente nacionalista Lumumba. Después se rompió el pacto de Kabila con Uganda y Ruanda y comenzó esta guerra de 6 años. Amén de los ejércitos de las potencias vecinas, y de los apoyos americanos y franceses, hay también en la zona ejércitos de mercenarios, cuatro en concreto, de criminales de guerra, entre ellos el infame FDLR, hutu, que hacen tratos con las transnacionales.

Hay presencia militar en África que apoya estos procesos de dominio, por parte especialmente de EE.UU., Francia y Gran Bretaña- éstos últimos en sus antiguas colonias- así como también de la ONU, con 10.000 soldados en Liberia, Costa de Marfil y Sudán, y 20.000 en Congo. Hay asimismo tropas mercenarias entrenadas y asesoradas por estas potencias, como por ejemplo los ejércitos etíopes que han atacado últimamente Somalia. Se dan asimismo conflictos regionales e intervención militar de las potencias imperialista, como la guerra de Libia, que tuvo, entre otras causas, la de asegurar el acceso a su petróleo. A veces en las guerras del petróleo se entrecruzan intereses diferentes de las potencias, que generan tensiones entre las mismas; cada una busca controlar el petróleo e impedir el acceso al mismo por parte de las otras potencias. Tal es el caso de Sudán, donde se han enfrentado los intereses de Francia, que firmó un contrato con el gobierno de extracción de petróleo en 1985, pero que no pudo poner en práctica, China, con buenas relaciones con el gobierno dictatorial del norte, y EE.UU., que ha financiado guerrillas católicas y también musulmanas, para desestabilizar la región e impedir el avance francés y chino. Al final EE.UU. ha impuesto el referéndum de independencia del Sur, que ha salido favorable a sus intereses y le garantiza el uso de la mayor parte de los recursos petroleros de Sudán.

D) El *agrobusiness* o alquiler de enormes superficies de tierras para una agricultura intensiva. Es una forma de dominio neoimperialista que ha florecido en las últimas décadas. China es quien más contratos de este tipo ha firmado, en concreto con Congo, Qatar, Sudán y Etiopía, donde ha alquilado 9 millones acres. También Arabia Saudí tiene presencia en Etiopía, Tanzania,





Mali, Senegal y Sudán, y la India en Sudán; empresas suecas y noruegas cultivan biodiesel en diversos países de África. Pongamos un ejemplo ilustrativo. El gobierno de Madagascar había alquilado a la transnacional surcoreana Daewoo el 50% de las tierras cultivables por 99 años, a cambio de construir carreteras y otras infraestructuras, pero una rebelión popular echó abajo el proyecto, y la empresa se fue a Tanzania. Estos contratos dejan poca riqueza en los pueblos de los países pobres, quienes antes bien sufren la subida de los precios de los productos básicos, y solo benefician a los dirigentes.

E) La biopiratería o la apropiación por parte de transnacionales de productos naturales de países del Tercer Mundo con valor medicinal, básicamente en la Amazonía, los cuales, tras su elaboración, son patentados por dichas empresas, sin pagar derecho alguno a los países de origen. Productos que han sufrido la piratería con la ayahuasca, la sangre de drago, el jarabandí, la uña de gato, o el milpa mejicano (Martínez Alier, J., “¿Quién debe a quién?”, en *¿Quién debe a quién?*, ibídem, pp. 62 y 63). Por último otro buen negocio neoimperialista es la venta de armas a los innumerables grupos militares, estatales o paraestatales, del Tercer Mundo.

F) La destrucción ecológica que sufren los países del Tercer Mundo, producida por la explotación de productos minerales, como petróleo, y otros, y también por el *agrobusiness* y las consiguientes desforestaciones. Los daños ecológicos implican daños al medio ambiente, a la salud de las personas e incluso la destrucción de pueblos primitivos, por la eliminación de sus medios de subsistencia. Pongamos ejemplos. Trabajadores en Ecuador, Honduras y Costa Rica sufren esterilidad por el nematocida DBCP utilizado en plantaciones de bananas. La Shell ha causado daños por a los pueblos Ogoni e Ijaw en Nigeria, y a los Nahua en Perú. Los daños ecológicos contribuyen igualmente al cambio climático, que está provocando enormes desgracias naturales en África. “El *African Progress Panel* advertía en 2009: ‘El cambio climático amenaza con hacer estallar conflictos en 23 países africanos e inestabilidad política en otros 14’. La escasez de agua, la sequía, las enfermedades, las inundaciones y las migraciones masivas son resultados del cambio climático en África” (Westerlund, Per-Åke, “Imperialism in Africa today”, ibídem, p. 5). Para compensar demagógicamente estos daños las transnacionales llevan a cabo pequeños programas de cooperación, a través de corporaciones público-privadas, bajo la bandera de la ONU, que las legitima y a través de los cuales pretenden ganarse la aquiescencia de los pueblos nativos.

4. El imperialismo actual tiene una clara hegemonía americana, a la que se someten no solo los países más pobres, los emergentes y las potencias regionales, sino también las grandes potencias: Europa occidental, Japón y China. Esta hegemonía se remonta al período de la Guerra Fría, cuando EE.UU. logró aglomerar a todo el Bloque occidental, para defender unos intereses comunes frente al bloque soviético. Después de la caída de éste y el final de la Guerra Fría, EE.UU. ha sabido mantener, con ciertos recesos, dicho predominio, e incluso lo ha aumentado, al quedarse como única superpotencia. Ello ha supuesto lógicamente un aumento de las guerras imperialistas. Así por ejemplo una guerra como la segunda del Golfo, del 91, con la invasión de Irak, difícilmente se habría dado si hubiera seguido existiendo la URSS.

La hegemonía americana ha mantenido una línea de continuidad desde la caída de la URSS, un objetivo común que se desglosa en unas estrategias también comunes: someter a los países menores y evitar una alianza de las otras potencias, en la zona clave de Eurasia, que pudiera hacer sombra a los EE.UU.. El famoso consejero norteamericano Brzezinsky postulaba por su parte tres estrategias, distinguiendo tres tipos de Estados con los que EE.UU. ha de tratar,

los vasallos, los tributarios y los bárbaros: “Evitar el enfrentamiento y mantener la seguridad entre los vasallos, mantener controlados y protegidos a los Estados tributarios e impedir que los bárbaros se unan” (Rees, J., *Imperialism: globalisation, state, war*, ibídem, p. 10). Samir Amin concreta y amplía estas estrategias: “Neutralizar y subyugar a las otras partes de la tríada (Europa y Japón), minimizando su habilidad para actuar fuera de la órbita de EE.UU.; establecer el control militar de la OTAN mientras se ‘latinoamerizan’ los fragmentos del antiguo mundo soviético; ejercer absoluta influencia sobre el Medio Oriente y el Asia Central, especialmente sobre los recursos petroleros; dismantelar China, asegurando la subordinación de las otras naciones (India y Brasil), y previniendo la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización, y marginar las regiones del Sur que carecen de interés estratégico” (Amin, S., *La economía política del siglo XX*, mc.enlaceacademico.org/uploads/media/Tareas113.pdf, p. 7).

Dentro de esta estrategia común en las últimas décadas ha habido tácticas diferentes en las diferentes administraciones americanas. Podríamos señalar al menos dos desde los años 70, tras la derrota de Vietnam. Por un lado se ha dado una táctica multilateral, inspirada en Kissinger y Brzezinsky, aplicada por Busch Senior, el primer Clinton, y ahora Obama, que busca el apoyo, militar y económico, de la ONU, de la OTAN y de las otras potencias, y cuyo objetivo básico es mantener un pluralismo geopolítico sobre la zona esencial, Eurasia, que impida la unión de otras potencias contra los EE.UU., en concreto de China, Rusia, Irán y Japón. Ha habido una segunda táctica, unilateral, más agresiva, que ha prescindido de la cooperación de las otras potencias y de los organismos internacionales, aplicada por Reagan y sobre todo Busch Junior, con su famoso “Proyecto para un Nuevo Siglo Americano” (PNAC)- un proyecto arriesgado de imposición total de la hegemonía americana, basado en el concepto de “guerra preventiva”, que concluyó en fracaso, que ha demostrado la debilidad de EE.UU. y que ha exigido inevitablemente una actitud más multilateral y diplomática por Obama-. Esta última táctica también está explicitada en informes del gobierno norteamericano, como el *National Security Strategy of the United States* de septiembre 2002: “Los sucesos del 11 de septiembre han cambiado fundamentalmente el contexto de las relaciones entre los EE.UU. y los centros principales del poder mundial, y abren enormes oportunidades nuevas. Los EE.UU. preferirían que esas posibilidades fueran explotadas pacíficamente bajo la tutela de EE.UU. Pero también prevén de forma activa que no sea ese el caso: ‘Resistiremos con fuerza a una agresión de parte de otras grandes potencias, incluso si somos favorables a una búsqueda pacífica de la prosperidad, del comercio, del progreso cultural... Estamos atentos a una reactivación de los antiguos esquemas de competencia entre las grandes potencias. Muchas grandes potencias potenciales están insertas hoy día en transiciones internas, siendo las más importantes Rusia, India y China” (Rees, J., *Impérialisme and résistance*, ibídem, p. 21).

3.3. DÉFICITS DE LA TESIS DEL “NEOIMPERIALISMO”

La tesis del neoimperialismo, a nuestro juicio, presenta sus momentos claros de verdad, pero exagera otros aspectos y sobre todo comporta una visión excesivamente abstracta del imperialismo, lo cual lastra a su vez las soluciones que plantea. Sus principales déficits serían los siguientes:

1. Se exagera la importancia del Tercer Mundo para la economía de los países ricos. Así lo hace por ejemplo el marxista David Harvey, en su *Nuevo Imperialismo*, con su concepto de la “desposesión”, según el cual el capitalismo actual se basa básicamente en el robo o la rapiña por parte de los grandes poderes económicos, tanto en



el seno de los países ricos, a través de las privatizaciones, como en el Tercer Mundo (Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 5). Esta tesis se remonta incluso, a pesar de que Harvey no es su seguidor, a la teoría leninista del “parasitismo”, criticada por A. Callinicos, según la cual el capitalismo occidental, que él llama “capital financiero”, es básicamente un capitalismo no productivo, de rentistas, que vive de la producción de los países en vías de desarrollo. La tesis tiene también resonancias en H. Arendt y en R. Luxemburgo, cuando postulan que el capitalismo siempre necesita de un otro, de un extracapitalismo, que le sirva de acumulación primitiva.

Es indudable que el capitalismo tiende a buscar beneficio donde quiera que lo haya: “Los animales pequeños también producen abono”, recuerda P. Mattick (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 16). Pero también lo es que las transnacionales no extraen el máximo beneficio básicamente de los países pobres, sino de los mismos países ricos, es decir, de aquéllos donde tiene lugar la mayor inversión productiva, el mayor comercio y el mayor movimiento de capitales. Ello es así porque el capitalismo extrae el beneficio de la plusvalía relativa, de una composición orgánica del capital elevada y creciente- del aumento de la tecnología en proporción a la mano de obra empujada- y donde ello ocurre es en los países desarrollados, no en los subdesarrollados. En definitiva, podemos decir que el capitalismo se aprovecha del “otro”, pero el “otro” no constituye la parte más grande de su botín (Harman, Ch., “Snapshots of capitalism today and tomorrow”, ibídem). Pongamos un ejemplo. Aunque para los países africanos el comercio con las superpotencias sea todo, para China el comercio con África representa solo el 4% de su comercio mundial.

En consecuencia, no es la explotación de los obreros de las partes más pobres del mundo lo que reporta los mayores beneficios a los capitalistas, transnacionales y Estados, sino la explotación de sus propios trabajadores, de los países ricos y emergentes. En otros términos, hay que decir que, aunque los obreros del “Tercer Mundo” son los que más sufren el capitalismo, los obreros del “Primer Mundo” son los más explotados por el mismo, pues son aquéllos de los que extraen más plusvalía relativa: “Con frecuencia en el capitalismo los más pobres no son los más explotados, sino aquéllos marginados por el desarrollo el sistema” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 50). Por ello tampoco se puede aceptar la tesis de que los obreros de los países desarrollados contribuyen a la explotación de los obreros de los países subdesarrollados. Ciertamente el dominio económico y político-militar de los países más pobres ha coadyuvado a la aparición en los países ricos de una aristocracia obrera- de un centro en el proletariado, en términos de Hobsbawm, mencionado arriba- como ya Marx constatará en su época dentro del proletariado inglés. Pero este requiere varias matizaciones. En primer lugar la aparición de esta aristocracia se debe, sobre todo después de la II Guerra Mundial, al propio desarrollo interno de los países ricos, al margen de su explotación sobre los países pobres. En segundo lugar esta aristocracia es muy inestable, y ello en un doble sentido: no se hereda esta condición y puede perderse fácilmente con una crisis. En tercer lugar los obreros del Primer Mundo, ni los más desfavorecidos ni su aristocracia, ni la periferia ni el centro del proletariado, participan de ninguna manera en el expolio del Tercer Mundo, que es llevado a cabo por las burguesías y sus gobiernos; serían en todo caso, y solo puntualmente, favorecidos circunstancialmente por dicha explotación.

2. La importancia de los países pobres para el capital internacional ha disminuido históricamente. Durante el colonialismo clásico fueron esenciales como lugares de inversión de capital ocioso y sobre todo como fuente de materias primas. Pero durante los años 30 en los países ricos se desarrolló y se





hizo más intensiva la agricultura, gracias al uso de fertilizantes, y se fabricaron productos sintéticos, de modo que el capitalismo occidental dejó de ser en realidad dependiente de las materias primas del Tercer Mundo, si excluimos una: el petróleo. Asimismo el desarrollo de los países ricos después de la II Guerra Mundial, con la creación de mercados internos integrados, restó todavía más importancia económica a los países del Tercer Mundo, lo cual se tradujo en una retirada de capitales de los mismos. También en este contexto hemos de entender el proceso de descolonización, el cual tuvo lugar no solo gracias a la lucha y el sacrificio de muchos pueblos, y a la debilidad de los Estados más coloniales, Francia e Inglaterra, - lo cual se hizo evidente en su derrota en el canal de Suez en el 57-, en contraposición también a la nueva potencia norteamericana, sino también se debió al hecho de que las colonias ya no eran tan necesarias para las grandes economías. Ello no es sin embargo óbice para que, por razones estratégicas, no económicas directas, algunos países, especialmente Francia, se aferraran hasta el final a algunas de sus colonias, como Indochina y Algeria. La nueva gran potencia de EE.UU., por su parte, no estuvo sin embargo interesada en el control directo, colonial, de los países abandonados por Inglaterra y Francia.

3. La descolonización fue un hecho real, no meramente formal. Las antiguas colonias se independizaron políticamente y asumieron en su mayor parte proyectos económicos y políticos autónomos-ello no significa una independencia absoluta o autarquía, algo prácticamente imposible en una economía internacionalizada-. Es cierto que en los primeros años tras la descolonización se vivieron situaciones semicoloniales, usando un término de Lenin, es decir, la existencia de países independientes que mantenían fuertes lazos económicos y político-formales con la potencia. Así en Irak, durante los años 40, Inglaterra tenía asegurada, por un tratado, la presencia de bases militares y la dirección de la política exterior de dicho país, o mantenía una tutela fuerte sobre las políticas de Egipto, hasta el punto de imponer la figura de su primer ministro (Callinicos, A., “El Imperialismo posterior a la Guerra Fría”, en *Imperialismo hoy*, http://www.socialismo-o-barbarie.org/imperialismo_s_xxi/callinicos_imperialismohoy2.htm, p.7), p. 6). Hoy en día esta situación se mantiene con ciertos países, especialmente en África, donde la ex potencia colonial goza de privilegios económicos y político-militares. Es el caso de la relación de Costa de Marfil con Francia; aquel país tiene obligación de ingresar en bancos franceses una parte de su tesoro público, al tiempo que el gobierno francés se reserva su derecho a intervenir militarmente en Costa de Marfil bajo el pretexto de la defensa de sus ciudadanos, excusa de la que se han servido recientemente.

Sin embargo la mayoría de las antiguas ex colonias son hoy días países independientes de hecho. Así no se puede decir que India, Egipto, Marruecos, Indonesia, Corea del Sur, India, Irán, Bolivia, Colombia, Sudáfrica o Siria, no sean países independientes, económica y políticamente. Algunos incluso llevaron a cabo políticas económicas desarrollistas durante los años 50 y 60, cuando éstas eran posibles, y alcanzaron progreso, mejoraron el nivel de vida de su clase obrera, como Egipto, Irak, Argentina, Brasil, etc., y crearon una burguesía local que ha dirigido la política económica. Estos países asumieron una trayectoria neoliberal en los 80, cuando el modelo desarrollista no era viable, e incluso en algunos casos han dado lugar a sus propias transnacionales. Hoy en día algunos de estos países, sobre todo en Latinoamérica, como Bolivia y Venezuela, han asumido proyectos políticos y económicos que le lleva a enfrentarse al imperialismo norteamericano. Llevado al terreno del juicio ético-político, ello no significa desde luego negar la explotación ejercida por la burguesía de los países ricos, de sus Estados y transnacionales, sobre muchos de los países pobres, ni negar por lo tanto que la pobreza de los mismos viene



en parte causada por dicha explotación. Pero significa asimismo no exculpar, sino también considerar copartícipes de dicha situación, tanto a los dictadores, y sus camarillas burguesas locales, de muchos países subdesarrollados, como a las burguesías y Estados de muchos países emergentes.

4. La pobreza de los países subdesarrollados no es fruto básicamente de la intervención directa o depredación de los países ricos. Ésta era la tesis del “dependentismo”, boyante en los años 60 y 70, en economistas marxistas como Mandel. Se resume bien en este texto de S. Amin: “La ley del valor es escasamente expresión de una “pura” racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político, más bien es la expresión condensada de todas esas circunstancias (el dominio imperial a través del control de la tecnología, de los recursos financieros, de los recursos naturales, de los medios de comunicación y de las armas de destrucción masiva). Son esas circunstancias las que cancelan la extensión de la industrialización de las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en esos productos o sobrevalúan el supuesto valor agregado unido a las actividades a través de las cuales operan los nuevos monopolios para el beneficio de los centros” (Amin, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p.5).

La causa fundamental de dicha pobreza es la propia naturaleza y funcionamiento del sistema capitalista. El capitalismo es un sistema basado en la competición, y la misma no parte de cero, sino de una situación previa de gran desigualdad y desequilibrio entre unas clases y otras, entre unos países y otros: la ley del “desarrollo desigual y combinado del capitalismo”. Los países poderosos, aquéllos que parten con ventaja en producción industrial, tecnología y capital financiero, se imponen fácilmente sobre los otros en el comercio, nacional e internacional; gracias a su enorme superioridad tecnológica- en capital orgánico o plusvalía relativa-, fabrican muchos más productos y más baratos que los países pobres y así ocupan los mercados. Ch. Harman lo resume adecuadamente: “El trabajo en los países avanzados es más productivo que en cualquier otra parte, y además produce más plusvalía por una gran variedad de razones históricas: las acumulaciones de capital en estos países, sus infraestructuras de transporte, energía y agua, las grandes balsas de mano de obra formadas, fruto de cuatro o cinco generaciones de educación obligatoria” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 50).

El llamado comercio desigual no consiste por lo tanto en el robo, en que los países ricos vendan productos por encima de su valor y compren por debajo del mismo- pese a los precios de monopolio, terminan imponiéndose internacionalmente los precios reales y las tasas de beneficio medias-, sino en que, gracias al capital acumulado en los países ricos, el coste en mano de obra es, en términos relativos, mucho menor, los precios pueden ser por ende más baratos, y la masa de productos puesta en circulación mucho mayor. Además esta ventaja de los países desarrollados sobre los subdesarrollados no para de aumentar según aumenta la acumulación capitalista: “Este es el punto de acumulación y de diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados. La plusvalía crece con la acumulación, mientras se estanca sin acumulación, y así torna imposible la reproducción a escala ampliada. Como consecuencia, la diferencia entre unos países con una composición orgánica más elevada y otros con una más baja, en la medida en que los primeros acumulan, debe crecer continuamente para desventaja de los segundos” (Mattick, P., *Ernest Mandel's late capitalism*, ibídem, p. 16).

A los países pobres solo les queda para competir el comercio de aquellos productos que no requieren apenas elaboración, materias primas, y especialmente aquéllas que presentan cierto monopolio o no se producen en el primer mundo. Pero incluso en estos



productos- cuya introducción en el mercado favorece a los países ricos, al frenar la tenencia al descenso de la tasa de beneficio- no pueden obtener enormes ganancias, esto es, beneficios por encima del valor medio, porque en cuanto entran en el comercio capitalista se someten a la competencia, a la oferta y demanda y a la tasa media de beneficios: “Los precios de los productos del ‘Tercer Mundo’ se forman en un contexto determinado por el movimiento del capital total en una escala global” (Mattick, P., *Ernest Mandel’s late capitalism*, ibídem, p. 17). Además los beneficios iniciales para los países pobres de estas materias primas desaparecen en gran parte tan pronto como éstas empiezan a ser producidas, en los países desarrollados, más baratas, con una composición orgánica del capital más alta, o cuando simplemente se agotan (Mattick, P., *Ernest Mandel’s late capitalism*, ibídem, p. 15).

Por último, cuando estalla una crisis en el capitalismo, la disminución de la demanda afecta a dichas materias primas igual que a los productos de los países desarrollados, salvada la diferencia de que en éstos, al partir de un capital acumulado mayor, la crisis se resuelve en depresión y pobreza de parte de la clase obrera, mientras en aquéllos, dada la condición desigual de que parten, se traduce directamente en el hambre de la mayoría de la población: “La tasa de beneficio descendente de los países con una composición orgánica más alta va de la mano con la caída de beneficios en los países con una composición orgánica más baja. Pero lo que en los países desarrollados conduce a un estancamiento relativo del capital, en los países subdesarrollados supone un proceso rápido de absoluta pauperización” (Mattick, P., *Ernest Mandel’s late capitalism*, ibídem, p. 15).

La segunda supuesta ventaja de los países desarrollados, con frecuencia recalcada por los teóricos de la tesis de la globalización, sería su mano de obra mucho más barata, en comparación con la de los países ricos. Pero esa mano de obra más barata es precisamente consecuencia de su escaso desarrollo capitalista, y supone un freno al mismo, más que una ventaja. Es un obstáculo más para el desarrollo industrial de dichos países, y solo sirve para atraer cierta industria de los países desarrollados- textiles o calzados de poca calidad, como hemos dicho arriba, o determinados servicios-, muy inestable y que apenas reporta beneficio al país anfitrión, pues la mayoría de las ganancias se van al país de origen.

Los países con atraso capitalista, tecnológico y de producción, necesitarían un capital enorme del que no disponen para poder competir con los desarrollados en productos industriales, y ello especialmente en una época tan internacionalizada como la actual y plagada de crisis. Solo se podría compensar si los países ricos decidieran invertir fuertemente en la industria de los desarrollados, pero eso solo lo han hecho puntualmente, de forma limitada- porque tampoco el capital acumulado ha permitido históricamente una mayor inversión y porque han visto que era más rentable invertir en los países ricos-, y con la intención de revertir los beneficios a la empresa inversora y al país de origen: “Desde luego, la falta de capital puede de alguna manera mitigarse por inversiones de los países desarrollados. Sin embargo dado que la mayoría de los beneficios de esas inversiones fluye de vuelta a los países exportadores de capital, ello tiene una influencia pequeña en el proceso de acumulación de los países subdesarrollados” (Mattick, P., *Ernest Mandel’s late capitalism*, ibídem, p. 17). Y ello es así simplemente porque invertir graciosamente en otros países va en contra de la propia ley del capitalismo, que es la búsqueda del máximo beneficio para sí mismo.

Por todo ello, incluso dada la hipótesis, irreal, de un mundo económico capitalista sin presiones político-militares de Estados y transnacionales, es decir, un mundo de competencia puro, libre y sin obstáculos- según el ideal liberal y de la teoría ortodoxa de la globalización, desarrollado en términos éticos por Rawls-, en el



capitalismo los países más ricos siempre llevan, económicamente, las de ganar. Por otra parte la superioridad político y militar de los países ricos frente a los subdesarrollados, que sin duda contribuye a la pobreza de estos últimos, es a su vez una consecuencia del desequilibrio económico del que se parte y que es agravado por la competencia capitalista. En definitiva, la perpetuación de la pobreza del Tercer Mundo es más fruto de la propia lógica económica capitalista que de la lógica político- económica y político-militar de los Estados y transnacionales dominantes, y ello por dos motivos: por ser el capitalismo la causa primera de dicha pobreza y por ser la causa del dominio político-económico-militar que la co genera. Ello se plasma por lo demás en el hecho de que numerosos países pobres del Tercer Mundo no están dominados por los países ricos, sino simplemente dejados de la mano, porque no les reportan ningún interés (Callinicos, A., “El Imperialismo de las superpotencias”, en *El Imperialismo hoy*, p. 5). En este contexto, desde luego, siempre hay que tener en cuenta la excepción básica del petróleo, que hace interesante cualquier país a los ojos del capitalismo.

Ha habido sin duda algunos países pobres que excepcionalmente han podido alcanzar un desarrollo capitalista: la URSS, Corea del Sur, Brasil, India y sobre todo China. Pero ello requiere matizaciones. En primer lugar son casi todos países que aprovecharon la coyuntura de los años dorados del capitalismo, donde los modelos desarrollistas, dadas determinadas potencialidades, eran posibles; tal desarrollo sería hoy en día, en una economía internacionalizada y en crisis, prácticamente imposible. En segundo lugar, al ser desarrollos tardíos, en relación a los países capitalistas tradicionales, se han producido en la mayoría de los casos a costa de unos sufrimientos tremendos de la clase obrera, y de una destrucción enorme del medio ambiente.

La URSS se desarrolló fruto de una auténtica esclavitud del pueblo ruso, en un proceso de acumulación primitiva acelerada, y con un gobierno dictatorial; se hundió en los límites de un modelo autárquico. El desarrollo de Corea del Sur se vio favorecido por el empuje de la Guerra de Corea, así como por una planificación estatal, centrada en ramas muy concretas de la producción, que le permitió entrar en el mercado mundial y desarrollarse económicamente. China ha conseguido, como antes Rusia, pero más aún, un crecimiento espectacular, hasta llegar a ser una gran potencia mundial. Se une, a la gran acumulación primitiva de la época de Mao, una política en las últimas décadas estatista, de acumulación y planificación económica, orientada a la exportación, con una mano de obra muy barata y una moneda débil. Pero China es un país con enormes contradicciones, masas enormes de pobreza, desequilibrios entre el campo y la ciudad, etc., que suponen además una gran inestabilidad, amén de presentar una de las mayores cotas de contaminación del mundo. Por otro lado en algunos casos, como Brasil y la India, los desarrollos son importantes, pero no tan espectaculares; solo se han industrializado algunas de sus ramas productivas, y además mantienen enormes cotas de pobreza, desigualdades y dependencia de otras economías, especialmente de la china.

5. La hegemonía norteamericana, la unión de todos los capitales internacionales y Estados capitalistas bajo la égida de los EE.UU., es real pero matizable, y su dominio no es tan plácido como pretende la tesis del neoimperialismo, sino que antes bien presenta numerosas contradicciones y limitaciones. En primer lugar existen otras potencias, que militarmente no son comparables a EE.UU., pero que tienen también gran capacidad- Europa occidental, Rusia, Japón, China- y en algunos casos, como China, gran potencialidad de desarrollo económico y militar: “En 2009 China superó a Alemania como el mayor exportador del mundo, y sobrepasó a EE.UU. como el mayor consumidor de energía del



mundo” (Hardy, J y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*, p. 2). Ello tiene su reflejo en el surgimiento de tensiones económicas entre las potencias, muchas de las cuales tienen por escenario las organizaciones económicas internacionales. Así las negociaciones del GATT de 1990 terminaron en fracaso, y estuvieron a punto de crear una guerra aduanera mundial (Callinicos, A., “El Imperialismo posterior a la Guerra Fría”, en *Imperialismo hoy*, *ibídem*, p. 2). Asimismo ha habido rifirrafes entre China, Japón, USA y Europa, por el tipo de cambio de moneda. USA siempre se ha quejado de la cotización a la baja el yen, y de la cotización alta del euro, que favorece a la industria alemana. En el 2011 ha habido demandas enormes por parte de secciones de la clase dominante norteamericana para una mayor reevaluación y para designar a China como “manipulador monetario”. Como consecuencia de ello, en Octubre del 2011 el senado americano aprobó un decreto por el que se impondrían tarifas a las importaciones de países con moneda infraevaluadas (Hardy, J. y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*).

Surgen igualmente tensiones políticas o geopolíticas. En África éstas se dan básicamente entre EE.UU. y Francia; ya hemos mencionado arriba algunas de ellas: en Sudán, Somalia o El Congo. Pero estas tensiones en África podrían extenderse a China en el futuro, dada la progresiva presencia de este país en dicho continente. En Latinoamérica se dan también conflictos por acceder a los mercados de Sudamérica, entre EE.UU., que apoya el ALCA, y Europa y China, más próximas al Mercosur (Brasil Argentina, Uruguay y Paraguay). En Europa, Alemania llevó a cabo sus negociaciones sobre la unificación de Alemania directamente con Gorbachov, sin contar con EE.UU.. Después reconoció unilateralmente a Croacia en los inicios de la guerra de Yugoslavia. De la misma manera en Alemania tampoco ha agradado la expansión norteamericana en Europa de Este, y de ahí el que, ante las críticas americanas e inglesas a Rusia en su guerra con Georgia, en el año 2009, Alemania callara discretamente.

En Asia, en la III Guerra de Irak, Alemania y Francia no apoyaron las acciones de EE.UU., y se negaron a prestar su territorio para el envío de tropas norteamericanas; había motivos económicos directos, en concreto para Francia, que tenía contactos privilegiados con el Irak de Saddam Hussein, y también geopolíticos, evitar al excesivo poder norteamericano en la zona. Asimismo Francia y Alemania se negaron a imponer sanciones a China por los sucesos de la plaza de Tianamen, y no lo hicieron por motivos solo económicos, por explotar su comercio con China, sino también geopolíticos: buscar en China un contrapeso a la hegemonía americana (Callinicos, A., “Imperialism and global political economy”, *ibídem*, p. 11). Rusia, pese a su debilidad actual, no renuncia a su zona de influencia en Asia, como mostró en la guerra de Chechenia- permitida por la debilidad USA, porque estaba en medio del conflicto de Yugoslavia- y recientemente con su respuesta a Georgia tras la invasión de Osetia del Sur por este país.

En general las tensiones se quedan en tales, y la hegemonía americana se suele imponer. Es probable que ésta se mantenga largo tiempo. China y Japón no parecen abrigar la intención de tener enfrentamientos con USA, aunque económicamente los generan, y Europa está débil y desunida. Por otro lado tampoco se excluye que si el crecimiento chino continúa, pese a sus muchas contradicciones, pudiera plantear una rivalidad política a EE.UU.. No olvidemos que está desarrollado una carrera espacial y armamentística. También se ha de tener en cuenta que potencias en más declive, como Francia y Gran Bretaña, tienen armamento nuclear, además de Corea del Norte y otras. Por todo ello la

posibilidad de un conflicto mundial, como hemos dicho arriba, es poco probable, por los diversos factores que lo dificultan pero, desgraciadamente, no imposible.

La actual hegemonía norteamericana tiene una segunda limitación: su debilidad económica. La economía de EE.UU., siendo la más poderosa, depende de una enorme deuda exterior, sobre todo con Japón y China, y de una enorme deuda pública. Se puede permitir estos déficits gracias al papel de referencia mundial que mantiene su moneda, el dólar, y en última instancia gracias a su poder político-militar, que hace que todos los capitalistas del mundo consideren todavía hoy los EE.UU. como la inversión más segura. Pero la debilidad económica le impide un dominio similar al que ejerciera, al menos sobre tres cuartas partes del mundo, después de la II Guerra Mundial. Ello se ha evidenciado en tres casos recientes. En el conflicto de Georgia y Rusia no ha apoyado militarmente a un aliado importantísimo, política y económicamente, como es Georgia, y ha permitido a Rusia afianzar su poder en la zona. En Latinoamérica no ha podido actuar ante la serie de gobiernos nacionalistas, apoyados en movimientos populares, que no obedecen totalmente, o incluso se enfrentan al imperio americano- el ejemplo más claro es el de Chávez en Venezuela, quien, tras la toma del poder, impidió la privatizaciones de las empresas petroleras y pactó con Arabia Saudí una disminución de producción de petróleo para aumentar su precio (Rees, J., *Impérialisme et résistance*, ibídem, pp. 39 y 40)-. En Oriente Medio EE.UU. ha mostrado su incapacidad para llevar a cabo su doctrina del “nuevo siglo americano”, y ha huido vergonzosamente de Irak y Afganistán, sin ser capaz ni siquiera de derrotar un guerrilla como la de los Talibanes, dejando detrás solo países económicamente destrozados y en guerra civil, y sin posibilidad de extraer por lo tanto un beneficio ni económico ni geopolítico de los mismos.

En definitiva, hoy en día EE.UU. tiene poder económico y militar para conquistar cualquier país menor, pero, a diferencia del período posterior a la II Guerra Mundial, cuando aplicó su “Plan Marshall” a los países derrotados, no tiene poder económico suficiente para dominar realmente un país menor, para derrotar a las fuerzas rebeldes y establecer regímenes estables, económica y políticamente, que hagan de tal país un aliado norteamericano. En otros términos, EE.UU. todavía hoy en día puede matar, conquistar y destrozarse, y es el país con más recursos para ello, pero ya no es capaz de generar una base económica que permita el sometimiento de las poblaciones conquistadas y un control económico y geopolítico real de esos países (Harman, Ch., *Imperialism's new facade*, <http://marxists.org/archive/harman/2005/xx/facade.html>, pp. 7 y 8).

En tercer lugar, no debemos tampoco olvidar que en el mundo, además de las grandes potencias, surgen potencias regionales, económicas y políticas, que se mueven desde luego a la sombra de las superpotencias, sin escapar a su supremacía, pero que gozan de cierta autonomía para defender sus intereses concretos y establecer dominios regionales. Así Brasil es un subimperio en Latinoamérica, Sudáfrica en África, Australia en Oceanía, Israel en Oriente Próximo- aunque éste último tiene rivales como Siria, Egipto e Irán-, la India en Oriente Medio y Vietnam en la zona de Indochina. Israel es un caso típico de subimperio. Si bien su dominio del Oriente Medio se lleva a cabo bajo la dirección de los EE.UU., a veces la desafía y desarrolla políticas especialmente agresivas, contra la población palestina u otros, que no siempre son vistas con buenos ojos por los gobiernos norteamericanos. Las tres últimas Guerras del Golfo tienen asimismo su origen en la rebelión de una potencia regional anteriormente sumisa; Irán derrocó al Sah y Saddam Hussein invadiendo Kuwait. Los subimperios, en la promoción de sus intereses particulares, generan en ocasiones



conflictos entre ellos; tales son los casos de la India y Pakistán, Grecia y Turquía, Irán e Irak. Dichos conflictos no solo suponen daños económicos para el capitalismo local e internacional- aunque también beneficios para otra parte del mismo- sino que conllevan el riesgo de su extensión y generalización en un conflicto más grave, en el que se vean implicadas grandes potencias.

6. El imperialismo actual no es un hecho transhistórico, común a toda civilización. Tal es la tesis, si bien con cierta confusión, de Samir Amin: “El imperialismo no es una etapa, ni siquiera la etapa más alta del capitalismo: desde el comienzo es inherente a la expansión del capitalismo. La conquista imperialista del planeta por los europeos y sus hijos norteamericanos, se realizó en dos fases, y quizás esté entrando en la tercera” (Amin, S., *Imperialismo y globalización*, <http://www.archivo-chile.com>, p. 1). El imperialismo actual es un fruto peculiar del capitalismo. Ha habido otros imperialismos anteriores, pero han sido esencialmente diferentes al actual. El capitalismo es un sistema que, al estar basado en la acumulación, tiende a buscar beneficios en todos lados, recurriendo a la expansión, al domino político y económico de otras zonas, y al uso de la violencia, tanto para dominar las zonas interesantes como para alejar de ellas a otros capitales y Estados rivales. Así lo entiende la tradición marxista, sobre todo de Lenin y Bujarin. “La anexión imperialista es solo un caso de la aplicación general de la tendencia capitalista general hacia la centralización del capital”, decía Bujarin (Cox, J., *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 4). Por consiguiente el imperialismo capitalista no responde a las maquinaciones de una camarilla o al complot de una parte de la elite política, o bien de una parte de la elite económica, como podría ser el capital financiero, sino que surge del núcleo de las sociedades capitalistas: la necesidad de expansión continua del capital.

La esencia económica del imperialismo capitalista no significa un economicismo vulgar, según el cual todas las actuaciones imperialistas tendrían únicamente objetivos económicos directos, en contraposición a los imperialismos anteriores, cuyos intereses habrían sido, desde una visión idealista, exclusivamente políticos. Oros imperios, como el romano, tenían intereses económicos directos junto a los geopolíticos, y lo mismo ocurre con el imperialismo actual, donde muchas intervenciones militares tienen por objeto conquistar una zona que es beneficiosa solo indirectamente, por ser lugar de paso, o para alejar de una zona concreta a potencias rivales del agresor o incluso simplemente para mostrar su poder y superioridad a las mismas. Pongamos ejemplos. En África, Sudán, Somalia y El Congo no solo son importantes por sus recursos, sino por su disposición geográfica. En concreto por Somalia pasa un 13% del tráfico marítimo mundial, que incluye el petróleo de Oriente Medio. El general Schwarzkopf, Jefe del Estado Mayor para el sudeste asiático de EE.UU., en 1991 ya decía que “el embudo estratégico del Mar Rojo es el centro de los intereses de Estados Unidos, ahí donde convergen África y Asia” (Giribets, M., *Somalia, no es la sequía, es el Imperialismo*, rebellion.org/noticia.php?id=134149-52k, p. 10). Por eso EE.UU. se ha esforzado por evitar las influencias “peligrosas” (soviéticas en su época, francesas y chinas en la actualidad), aunque para ello haya que destrozar un país y condenar a la muerte por hambre a gran parte de su población (Giribets, M., *Somalia, no es la sequía, es el Imperialismo*, ibídem, p. 10). También la invasión de Libia se debe explicar no solo por los recursos petrolíferos de este país, sino por su importancia geopolítica general, al estar situada en el norte de África, y particular de este momento histórico, pues su invasión ha servido para frenar el posible efecto contagio de las revoluciones de Egipto y Túnez; esta importancia ha contribuido por lo demás a la confluencia de intereses de Francia, Inglaterra y EE.UU. en este conflicto.





En Europa, EE.UU. entró en guerra en Yugoslavia, al margen de su importancia para el proyecto de oleoducto arriba mencionado, por intereses básicamente geopolíticos: frenar una posible expansión de Rusia y mostrar su poder a sus aliados de Europa occidental, consiguiendo que se sometieran a sus dictados. También para ello mismo, y sobre todo para evitar la expansión de Alemania y Rusia, la OTAN se extendió rápidamente, con bases militares americanas, a los antiguos países del Este, y se incorporó a la OTAN, pocos meses antes del ataque a Serbia del 99, a Polonia, Hungría y Checoslovaquia. La OTAN pasó de ser, dicho sea de paso, una organización con finalidad defensiva frente al bloque soviético, a una organización claramente agresiva, con aspiración de ampliación territorial. En Asia, Irak y Afganistán no solo son importantes para EE.UU. por sus recursos, sino por el lugar estratégico que ocupan, porque su dominio supondría un freno a las posibles expansiones imperialistas de Rusia y China. La presencia del ejército americano en algunas repúblicas ex soviéticas del Caspio y Asia Central, que hemos mencionado arriba, tiene también una gran importancia geopolítica en este mismo sentido.

En definitiva, la diferencia entre un imperialismo precapitalista y el capitalista, en el terreno de la estrategia político-militar, supone que, mientras en otros imperialismos anteriores podía haber objetivos puramente geopolíticos en el plano subjetivo de la intencionalidad, esto es, objetivos que no incluían una planificación consciente y concreta de los beneficios económicos, en el imperialismo capitalista, incluido el neoimperialismo actual, la estrategias imperialistas siempre están guiadas por intereses económicos planificados, sean directos o puramente económicos, sean indirectos o geopolíticos. Dicho en otros términos, el componente geopolítico nunca es independiente de lo económico en el imperialismo capitalista, ni en el plano objetivo, ni en el subjetivo, mientras en otros imperialismos anteriores no lo era tampoco en el plano objetivo, pero podía serlo en el plano subjetivo. Esto supone asimismo negar la posibilidad de que determinadas estrategias imperialistas estén motivadas por intereses o incluso ideologías particulares de unas camarillas concretas o de determinados lobbies. Es una tesis apologeta el capitalismo, porque hace recaer la culpa de la agresión imperial sobre determinados individuos, no sobre el sistema, y que se remonta al período de entreguerras, cuando el reformista Kautsky y liberal Hobson consideraron dañino el colonialismo para el capitalismo, y lo explicaron como el fruto de la presión de una rama única y muy concreta del mismo, la del capital financiero.

Hablando de la actualidad, ello supone postular que incluso unas agresiones aparentemente tan irracionales, como las de la época de Busch Junior, no responden a motivos puramente ideológicos, o a intereses económicos pero concretos, de determinados lobbies, como sostiene incluso Petras (Petras, J., *¿Globalización, imperio o imperialismo? Un debate contemporáneo*, www.rebellion.org/hemeroteca/petras.htm, p. 6), sino a una planificación consciente basada en objetivos económicos directos e indirectos, pero generales, en beneficio del capitalismo norteamericano en su conjunto, y ello al margen de que dicha planificación pueda haber resultado fallida. Claudio Katz afirma correctamente: “El componente irracional de la guerra (de Irak) que tantos críticos subrayaron no debe ocultar la lógica infernal de la masacre. Los halcones se han lanzado a una locura histórica porque la expansión de los mercados exige depredaciones sanguinarias. La irracionalidad del genocidio se sustenta en la racionalidad de la acumulación. Y si Bush encabeza el clan de funcionarios más reaccionarios y arrogantes de las últimas administraciones es porque este personal resulta apto para inaugurar un nuevo período de imperialismo” (Katz, C., *El debut del nuevo imperialismo*, www.reci.net/globalización/2003.htm, p. 1). El mismo criterio podríamos utilizar para otro conflicto más lejano,



la guerra de Vietnam, que fue tachado igualmente de irracional por liberales bienintencionados, a raíz de la pregunta que Harry Magdoff lanzó al aire, con su libro *The age of imperialism*, sobre si dicha guerra respondía a un acto de locura de ciertos dirigentes, o a una estrategia sostenida sobre los intereses del capitalismo americano. Igual que la III Guerra de Irak, la guerra de Vietnam respondió a una planificación sobre intereses económicos, directos o indirectos, no al capricho de algunos dirigentes políticos o a las presiones de algunos lobbies económicos, aunque estos actores pudieran, accidentalmente, jugar su papel. La tesis marxista no suprime por lo demás la autonomía de la política, las diferencias entre unas propuestas y otras, entre unos grupos políticos, y entre unos lobbies y otros, pero sitúa dicha autonomía dentro del marco de los intereses del capital nacional de cada Estado.

7. La solución propuesta por la teoría del neoimperialismo no es válida. Se propone- por ejemplo por parte de Walden Bello o Samir Amin- un desarrollismo industrial nacional, sobre la base de la unión de clase obrera y de la burguesía local más nacionalista y antiimperialista: “Las autoridades políticas en las periferias activas- y detrás de ellas toda la sociedad (incluyendo las contradicciones en la misma sociedad)- tienen un proyecto y una estrategia para su realización. Este es el caso de China, Corea,... Estos proyectos nacionales se enfrentan con el imperialismo globalmente dominante” (Amín, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p. 5). Se propone en definitiva un capitalismo nacionalista aclasista. Ello les lleva a defender, en el terreno de la política, la colaboración de la izquierda revolucionaria con las burguesías nacionales, no solo en la lucha por la liberación de la potencia extranjera, lo cual es correcto, sino también en la construcción de un capitalismo nacional, sea desarrollista o liberal. En otros términos, asumen el proyecto de esa burguesía, con todas las injusticias y desigualdades que conlleva, y renuncian a un proyecto autónomo de la clase obrera, que es el de arrastrar a las masas populares en la lucha contra el imperialismo, contra el capitalismo y por el socialismo: “En el Tercer Mundo, comunistas, socialdemócratas, políticos populistas e intelectuales de clase media por igual vieron tales intervenciones como la posibilidad de que las clases locales explotadoras, los trabajadores y los campesinos, se aliaran para romper el dominio económico de los poderes imperialistas y alcanzar un desarrollo económico. Solo cuando se hubiera conseguido esto los obreros podrían luchar por su propio poder” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem p. 34)

En primer lugar este modelo de capitalismo nacional, que se dio, como hemos dicho, en determinados países durante la guerra fría, con la internacionalización de la economía y la crisis se tornó imposible y fue rechazado por las propias burguesías locales. En segundo lugar las burguesías locales no están interesadas en ningún desarrollo nacional, más allá de las clases, sino en su propio beneficio, venga a través de un desarrollismo interno, como se dio en algunos casos en los años 50 y 60, o a través de una apertura al capital internacional, como ahora es el caso dominante. En tercer lugar los países que en las últimas décadas han desarrollado su economía nacional de una forma importante, sobre una base capitalista, lo han hecho a costa de sus clases populares, generando enorme pobreza y desigualdad, no un desarrollo y progreso homogéneos e interclasistas, y ello porque su base es capitalista, y en el marco concreto de la actual internacionalización del capital. Tales son los casos de India, Brasil y China.

En cuarto lugar, cuando las clases populares, y la clase obrera en concreto, han colaborado con la burguesía local entorno al proyecto burgués nacional, no se han producido avances hacia una sociedad más igualitaria, sino que se ha impuesto el modelo desigual capitalista, incluso a veces haciendo clara violencia a la



clase obrera. Pongamos ejemplos. La izquierda revolucionaria argentina jugó un papel muy importante en su oposición al imperialismo, tras las crisis del 2001, forzando con su lucha al Estado a no pagar la deuda internacional, y llevando a cabo la toma de las empresas abandonadas, y otras acciones sociales, con el movimiento de los piqueteros, y lo hizo coincidiendo con la pequeña y mediana burguesía. Pero tras una breve recuperación económica de Argentina, dicha izquierda no prosiguió su lucha contra el capitalismo y por una sociedad igualitaria, sino que se plegó a la burguesía progresista encarnada en Kirchner, y con ello ha apoyado una reestructuración del capitalismo argentino y el poder de su gran burguesía, sin que los problemas sociales se hayan solucionado. Otro ejemplo peor. El partido comunista iraní luchó, mano a mano con los islamistas, contra el imperialismo americano del Sah, pero se plegó después a los islamistas, los cuales encarnaban un proyecto de desarrollo capitalista nacional, hasta el punto de que les sorprendió la matanza que los islamistas perpetraron contra ellos, propiciando así llegada al poder de la burguesía nacionalista iraní, que además aplicó un sistema autoritario que continúa hoy día.

Por último los países que han alcanzado en las últimas décadas un desarrollo capitalista nacional se han convertido en potencias imperialistas, regionales o internacionales, como China, que en todo caso ejercen un dominio político y económico sobre otros pueblos, dominio que, si alguno de esos países se convierte en superpotencia, será tan agresivo como el norteamericano. No tiene ningún sentido postular, como hace S. Amin, que hay unos imperialismos más humanos o sociales que otros, como el francés frente al norteamericano, o el chino frente a éste último, o viceversa, etc., salvo de forma accidental: “Y si la izquierda europea se libera de la sumisión a los dobles dictados del capital y de Washington, sería posible imaginar que una nueva estrategia europea pudiera enlazarse con la de Rusia, China, India y el tercer mundo en general, en un esfuerzo necesario por una construcción multipolar” (Amin, S., *La economía política del siglo XX*, ibídem, p. 8). La solución por ende al imperialismo capitalista no puede venir por la multiplicación de los capitalismo desarrollados, con pretensiones en consecuencia imperialistas, sino por un modelo basado en la planificación y cooperación económica nacional e internacional: el socialismo.

3.4. CONCLUSIÓN

La tesis del neoimperialismo tiene el valor de enfatizar la realidad actual del imperialismo, de la desigualdad norte/sur y del dominio de los países más ricos, sus Estados y transnacionales, sobre los países más pobres, la amplia mayoría del mundo, y ello frente a la imagen falsa de un mundo igualitario y justo postulada por la tesis de la globalización. En segundo lugar, políticamente, no duda en desenmascarar todas las falsas legitimaciones con las que se envuelve el nuevo imperialismo: la lucha contra el terrorismo, la extensión de la paz, la democracia y los derechos humanos por el mundo, en un nuevo “orden mundial”, que no son más que ideologías tan falsas como las que justificaban la conquista de América para la evangelización, o la esclavitud porque los negros eran mitad hombres y mitad monos, o el colonialismo moderno, porque estos pueblos en Asia y África eran medio salvajes o medio niños, y necesitaban por lo tanto ser educados por los occidentales antes de alcanzar la libertad. En tercer lugar tiene el mérito de atacar siempre toda actuación imperialista en el mundo, aunque vaya dirigida contra Estados que en sí mismos no son progresivos o maltratan a sus pueblos. Un ataque imperialista siempre es negativo, también sobre un régimen tiránico, porque la situación posterior a la agresión, triunfe o fracase, siempre será peor que la



precedente para el pueblo agredido. Amén de generar destrucción y muertes, o bien reforzará a su tirano o bien impondrá una nueva forma de explotación, y en ningún caso generará un régimen popular; la intención de la potencia imperialista no es nunca la de beneficiar a los pueblos agredidos, sino la de su propio lucro, lo cual pasa además por impedir cualquier cambio realmente revolucionario, que mejorara a las clases oprimidas, tras el derrocamiento de dictador. En términos concretos, el que Saddam Hussein fuera un dictador no justifica las guerras americanas contra Irak, no solo porque éstas no tiene como finalidad ayudar al pueblo iraquí, sino el beneficio de las transnacionales, sino sobre todo porque las consecuencias han sido más desgracias para el pueblo iraquí: muertes, violaciones de los derechos humanos, destrucción económica, odios y venganzas, un gobierno títere del imperialismo, etc.

Hay sin embargo a este respecto otro factor, que los teóricos del neoimperialismo no suelen tener tan claro. Desde la posición de las clases populares, se debe apoyar siempre- no es admisible la neutralidad-, a todo movimiento que luche contra una agresión imperialista, aunque no se esté de acuerdo con sus ideas; se debe buscar el rechazo común al imperialismo, no la coincidencia política en todo, y se debe desear siempre, en una agresión imperialista, la derrota de la potencia imperialista. Eso es así no solo porque es lo mejor para el pueblo agredido, sino también porque es lo mejor para todos los oprimidos el mundo; una victoria imperialista da alas a mayores agresiones contra los países pobres, y da pie a más políticas injustas, desiguales, en los propios países desarrollados. Por ello, a manera de ejemplo, se debe apoyar a Hamás o Hezbollah frente la agresión de Israel y EE.UU. de Palestina y Líbano, aunque no se esté de acuerdo con estas organizaciones en otros aspectos. Alex Callinicos lo ejemplifica de forma muy clara: “Por eso, cuando los EE.UU. luchan contra algún Estado del Tercer Mundo corrupto y represivo, deberíamos preguntarnos: ¿la victoria de qué bando será menos perjudicial para los intereses de la clase obrera mundial? Dado el papel de los EE.UU. como la principal fuerza imperialista, que sostiene las relaciones globales de dominación y explotación capitalistas, la cuestión se responde por sí misma: la derrota de los EE.UU. en estos casos es la mejor salida” (“Interview with Alex Callinicos: the imperial assault on the Middle East”, <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=241>, p. 10).

Por otra parte la teoría del neoimperialismo tiene su principal déficit teórico en su carácter abstracto, genérico, que no percibe la diferencia específica del imperialismo moderno, del período capitalista, frente a otros imperialismos anteriores. Ello les lleva a ver el problema del imperialismo solo en una agresión política o militar, que a su vez respondería a cuestiones psicológicas: la avaricia humana. Algunos teóricos añaden el hecho importante desaparición de la URSS, pero con ello tampoco llegan a la esencia del fenómeno. No asumen el hecho básico de que la dinámica de la sociedad que vivimos, el capitalismo, lleva al imperialismo, y por eso tampoco pueden entender en realidad por qué el imperialismo resurge con fuerza en las últimas décadas, en la llamada globalización- tampoco explican los cambios de estrategia dentro del imperialismo americano en dicho período-. Ello supondría saber cuáles son las especificidades económicas de dicha “globalización”. El déficit teórico tiene a su vez una consecuencia práctica: desde esta tesis se percibe la salida a las injusticias del mundo de manera simple, con un movimiento de liberación nacional, político y económico, que aúne varias clases contra las potencias imperialistas y que permita a cada país el desarrollo de su propio capitalismo. Ya hemos visto que tal pretensión es un camino sin salida. En definitiva, el déficit de la teoría del neoimperialismo es, en contraste con su radicalidad

en la crítica a las agresiones imperiales y la desigualdad norte/sur, su tímido reformismo cuando aborda el fenómeno del capitalismo, tanto es su análisis teórico, como en sus alternativas prácticas.

4. EL “ANTINEOLIBERALISMO”: EL ÚLTIMO INTENTO DE REFORMISMO SOCIAL-DEMÓCRATA.

Esta teoría coincide con la del neoimperialismo, y se separa de la de la globalización ortodoxa, en que, lejos de presentar el mundo actual como el mejor de los posibles, se le critica duramente como un mundo injusto al tiempo que sobre todo insostenible, plegado de crisis- tal es el parecer del *Memorandum 2002* compuesto por numerosos economistas de más de 15 países, en torno al grupo ATTAC, donde se plantean claras dudas sobre la sostenibilidad del capitalismo como tal en caso de proseguirse con las políticas neoliberales (*Le grain de sable*, nº 395, ATTAC, 10 de Enero de 2003)-. Por otra parte se enfatiza, como núcleo del período actual que llamamos “globalización”, no la internacionalización de la economía, ni el recrudescimiento del dominio del Norte sobre el Sur, sino el hecho de que nuestra época viene marcada por unas políticas económicas concretas, adoptadas de forma generalizada en el mundo. En otros términos, la esencia de la globalización sería más política que económica o estructural. Cronológicamente, el inicio de estos fenómenos estaría en las políticas de austeridad y desregulación inspiradas en las teorías monetaristas de Hayeck y Friedman, las cuales se remontarían hasta el liberalismo clásico de Adam Smith, y que fueron aplicadas políticamente a principios de los 80, sobre todo por Thatcher y Reagan, aunque también anteriormente por Pinochet en Chile.

Podríamos distinguir tres familias políticas dentro de esta gran teoría. Hay una izquierda, en torno al movimiento antiglobalización, e intelectuales como Susan Sontag, Naomi Klein, Noam Chomsky o los propios M. Hardt y T. Negri, que plantea medidas radicales, se presenta como anticapitalista, aunque en última instancia no plantea una alternativa al sistema. Hay un centro, formado por la antigua izquierda socialdemócrata y comunista, luego eurocomunista, y en torno a grupos activistas e intelectuales como ATTAC o *Le Monde Diplomatique*, e intelectuales como Ignacio Ramonet, Bernard Cassen o el economista John Galbraith, etc., que proponen una reforma profunda del capitalismo, pero no se presentan como anticapitalistas. Habría incluso una derecha, formada por pensadores liberales, también críticos con el actual modelo, pero sin ninguna radicalidad, pues proceden del mismo centro del sistema, y que aspiran simplemente a aplicar ciertas recetas al capitalismo para que mejore su rumbo; nos referimos a economistas e intelectuales como Stiglitz, Krugman, E. Morin, S. Hessel, etc.

4.1. ARGUMENTOS BÁSICOS

La teoría del antineoliberalismo postula, como políticas neoliberales básicas, aquéllas recogidas en el famoso “Consenso de Washington”, de los años 90, y que sería básicamente las siguientes:

1. La desregulación política de los movimientos financieros. Ello habría generado el gran fenómeno, perverso, de la especulación mundial, con el consiguiente mercado de productos derivados, los nuevos agentes financieros, los paraísos fiscales, etc. Para estos autores ésta sería la fuente principal de las crisis que han asolado y asolan el capitalismo mundial. Se parte de una distinción tajante entre capital productivo y capital financiero y se sostienen que





mientras el primero es positivo, pues es generador de riqueza, el segundo tendría como único interés el beneficio rápido, no la generación riqueza social, siendo por ello básicamente perverso.

2. Unas políticas económicas de austeridad, a base de una moneda fuerte, tipos de interés altos, reducción del gasto público, reducción de impuestos a los más ricos, etc., que frenan en realidad la economía real, productiva, y paralizan el crecimiento.

3. La privatización de los servicios y empresas públicos rentables, en beneficio de los capitales privados.

4. Una mayor explotación de la clase obrera, con un deterioro continuo de sus condiciones de vida y de trabajo, y una creciente desigualdad. Ello se da o bien de forma directa, a través de políticas que bajan los sueldos, desregulan el mercado laboral- despido fácil, contratos temporales, etc.- y erosionan las prestaciones y los servicios sociales, o bien de forma indirecta, con el enfriamiento de la economía, que aumenta el desempleo y debilita la capacidad reivindicativa de los obreros y sus sindicatos, lo cual a su vez, de forma dialéctica, ralentiza más la economía. El reverso de esta moneda sería un aumento enorme de las grandes fortunas- el hecho de que los ricos cada vez sean más ricos- y por ende de las desigualdades, algo favorecido igualmente por políticas fiscales de exención de impuestos a los más ricos.

5. Todas estas políticas se podrían resumir, a juicio de los “antineoliberales”, en una básica y primera: la retirada económica del Estado. Éste, que durante los años 50, 60 y 70, habría ejercido un papel regulador de la economía, suavizando y dulcificando el sistema capitalista, evitando sus crisis y sus crasas desigualdades, generando por el contrario estabilidad al tiempo que distribución de la riqueza, ahora, a partir de los 80, habría dejado las manos libres al capital, y sobre todo al capital financiero, que, viéndose libre, se habría desbocado cual caballo sin jinete. Es una tesis cuando menos paradójica, digamos de paso, porque se postula una desaparición de los Estados que habría sido generada básicamente por políticas estatales. Con ello además los teóricos antineoliberales adoptan la misma tesis, solo que valorándola negativamente, que los teóricos de la globalización ortodoxa: el debilitamiento contemporáneo del Estado.

6. La solución al actual estado de cosas vendría dado básicamente, en buen lógica, por la ruptura con las actuales las políticas neoliberales y su sustitución por aquéllas que se habrían aplicado con éxito después de la II Guerra, y ya antes en los años 30, a partir del crack del 29, con el *New Deal* de Roosevelt. Se trataría, dicho *grosso modo*, del modelo keynesiano, inspirado en las teorías del economista inglés de entreguerras Keynes. Éste habría postulado unas políticas económicas productivas, estimuladoras de la producción y de la demanda por parte de los Estados, que habrían generado todo lo contrario al modelo actual: un sistema sostenible, sin crisis, con crecimiento continuo, y un alto grado de justicia social, dados los logros sociales y laborales obtenidos por los trabajadores. En definitiva, tales políticas habrían generado el llamado “Estado de bienestar”. Al modelo keynesiano, los teóricos antineoliberales añaden, como otra medida igualmente básica, la necesidad de la regulación del capital financiero, que elimine o ponga límites a la economía especulativa. Nos referimos a la propuesta del establecimiento de una tasa para las transacciones financieras, llamada “tasa Tobin”, que regularía este tráfico, daría más capacidad a los Estados nacionales para organizar su economía y resistir a los chantajes del mundo financiero; la tasa Tobin se ha convertido por ejemplo en el auténtico emblema del grupo ATTAC.

Por otro lado, de la misma manera que el neoliberalismo se resume en el debilitamiento del Estado, el keynesianismo se puede igualmente reducir, para estos autores, a una “vuelta al Estado”. Entre los teóricos antineoliberales -en su rama derecha sobretodo,



pero también en su rama de centro- ha habido quienes incluso han asociado -hasta hace poco, pues ahora se torna empíricamente insostenible tal pretensión- los dos modelos contrarios con dos potencias económicas y políticas diferentes: el neoliberalismo con EE.UU. y el keynesianismo con Europa: “En la medida en que la Unión Europea es, al día de hoy, la única entidad global que dispone de un peso económico y político equivalente al de los EE.UU, ella, al menos en principio, tiene los medios de desafiar las pretensiones americanas de dominio hegemónico. No se trata de americanizarse más, sino de, por una parte, ofrecer un modelo diferente, fundado sobre la justicia social, y, de otra parte, en la escena internacional, de dejar de seguir el carro de las políticas guerreras de G. Bush” (Blackburn, R., “Un espoir persistant mais déçu”, en *Le monde diplomatique*, Enero de 2004, p. 8). Han confiado asimismo en que Europa profundizaría dicho modelo, irguiéndose en una defensora del keynesianismo y del Estado de bienestar. Es la tesis que defendía incluso Jacques Delors, `presidente de la Comisión Europea, en 1988, ante los sindicatos ingleses, cuando contraponía la Europa social de la Comisión al neoliberalismo de Thatcher (Callinicos, A., *Europe, the mounting crisis*, p. 1). La rama derecha del antineoliberalismo ha postulado igualmente la necesidad de crear una mano de obra altamente cualificada en Europa como una condición para el éxito del modelo keynesiano que ésta encarnaría.

Dentro de los teóricos antineoliberales hay, como hemos dicho, versiones más radicales, como las de gran parte de los intelectuales del movimiento antiglobalización, que ya desde Seattle proponen otras medidas, más concretas, que suponen una cierta ruptura con la lógica del sistema: la cancelación total de la deuda a los países del Tercer Mundo, la defensa del comercio justo y la persecución del trabajo infantil en el Tercer Mundo, una jornada de 35 horas de trabajo en los países desarrollados, etc. Dentro de esta izquierda hay también diferencias importantes, entre los más moderados, que defienden una estrategia pactista, que intente persuadir a la OMC o al FMI de las bondades de estas medidas, y los más “radicales”, que postulan una estrategia más combativa, al margen de estas instituciones, y con campañas de movilización y sensibilización dirigidas a las poblaciones, para así poder presionar a su vez a los respectivos gobiernos (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 11).

4.2. CONTENIDOS DE VERDAD

La teoría del antineoliberalismo tiene a nuestro juicio dos momentos de verdad indiscutibles: la aplicación asidua de políticas neoliberales durante los últimos 30 años- por tal entendemos, básicamente, políticas económicas de austeridad, la privatización del sector público, y la desregulación laboral- y el carácter perverso, para la clase obrera básicamente, de dichas políticas, tanto de forma directa, como de forma indirecta, por las crisis provocadas en algunos casos.

1. Desde finales de los 70 el modelo neoliberal se defendió teóricamente, por parte de los expertos económicos capitalistas, y se aplicó por primera vez en EE.UU. al final el mandato de Carter, con el consejero Volcker, y en Gran Bretaña, con el gobierno laborista de James Callaghan. El modelo fue radicalizado posteriormente por parte de Reagan y Thatcher en los años 80- Thatcher sobre todo a partir de la victoria sobre los mineros, en el 84-. Se había ensayado previamente en el Chile de Pinochet, quien fue el primero en introducir, por ejemplo, los planes de pensiones privados, bajo los auspicios de Friedman y los *Chicago's boys*. Clinton, en los años 90, prosiguió estas políticas restrictivas y de recortes sociales, con la finalidad añadida de frenar la deuda que se había acumulado anteriormente. En Gran Bretaña continuaron



igualmente en los 90 tanto con gobiernos conservadores como con laboristas, siendo Tony Blair, el padre político de la “tercera vía”. Así se dirigía al Parlamento Europeo a mitad de los 90: “Necesitamos una Europa social, pero que funcione. Díganme qué tipo de modelo social es ése que tiene 20 millones de desempleados, una tasa de competitividad que sigue perdiendo terreno frente a EE.UU., que genera menos científicos que la India... Invertir en conocimiento, en perfeccionamiento, en políticas laborales activas, en modernizar las ciudades, en ayudar a las pequeñas y medianas empresas. Eso es una política social moderna, no tanta regulación y protección al empleo que salve algunos puestos de trabajo a corto plazo a costa de perder muchos en el futuro”.

Al margen de Gran Bretaña, en el resto de Europa occidental las políticas neoliberales comenzaron en los años 80. La política de Kohl en Alemania, de tipos altos y moneda fuerte, fue seguida por Francia, a partir de 1983, tras el fracaso de la primera política de Mitterrand y el triunfo de Delors. Los demás países se apuntaron a este mismo carro. Pero la ola neoliberal propiamente dicha se dio en Europa occidental sobre todo en los 90. Para compensar los enormes gastos públicos que le había supuesto la unificación, Alemania impuso una política monetaria y fiscal austera. En diciembre del 91, días antes de firmarse el “Tratado de Maastricht”, subió los tipos de interés a niveles que no se habían dado desde el año 31 (Callinicos, A., “Crisis and class struggle in Europe today”, en *International Socialism Journal*, nº 63, 1994, p. 8). Francia siguió estrechamente la política alemana, con un franco fuerte, sometido al marco, aunque ello le supusiera una recesión. Los restantes países europeos aplicaron medidas de desregulación laboral y recortes sociales. En España fue el gobierno de Felipe González quien apostó abiertamente por un déficit público muy limitado y flexibilizó enormemente el mercado laboral. Alemania volvió de nuevo a la austeridad con la famosa “Agenda 2010”, del gobierno roji-verde de Schröder, aprobado con el apoyo de casi todo el espectro político alemán, que suponía un desregulación enorme del mercado de trabajo, y la erosión de servicios y prestaciones sociales.

La Unión Europea, como institución, ha contribuido igualmente a imponer este modelo neoliberal. Ya en el Marco Europeo del Tipo de Cambio, en el 82, se impuso a las monedas europeas un máximo de desviación del 2.25, que favoreciera monedas fuertes en toda la Comunidad. Pero sobre todo el “Tratado de Maastricht” del 92, incluye la creación del Banco Central Europeo, independiente de los políticos, con el objetivo de mantener una moneda fuerte e impone los cinco criterios, muy estrictos y austeros, para poder ingresar en la Unión Europea, entre los que destacan los requisitos a los países miembros de no sobrepasar el 3 % de déficit público y el 60% de deuda pública. Para conseguir dichos objetivos los Estados miembros recurrieron a la privatización de todas las empresas públicas rentables. Por último, la introducción de la moneda única del euro, en 1999, está basada en estos mismos principios neoliberales de austeridad económica y desregulación laboral, y ello fue la causa de que su aprobación encontrara cierta resistencia entre las clases populares de varios países, en concreto Francia y Dinamarca, país este donde se llegaron a convocar hasta tres referéndums.

El modelo se extendió a Europa oriental, cuando cayó el muro de Berlín. Los nuevos gobernantes, ex miembros de la antigua nomenclatura, e incluso dirigentes del sindicato *Solidaridad* polaco, se convirtieron en los mayores adalides del neoliberalismo, y recibieron incluso clases en EE.UU. sobre cómo aplicarlo.

Muchos de los países emergentes- Corea del Sur, India, Egipto, Argentina, Brasil, México, Venezuela, Sudáfrica tras la desaparición del apartheid, etc.- abandonaron en los años 80 las políticas anteriores desarrollistas y asumieron las políticas



neoliberales del “Consenso de Washington”. No lo hicieron por presiones de las potencias y sus transnacionales, aunque las mismas existieran, como podría postular la tesis del “dependentismo”, sino por iniciativa de su clase dirigente política y económica, que se percató de que era imposible mantener un nivel tecnológico y productivo, en un capitalismo en crisis e internacionalizado, sin capital extranjero. Para conseguir atraer dicho capital adoptaron las medidas neoliberales de privatización, desregulación laboral, y también de austeridad; muchos de estos países, como México, Argentina, Brasil, o los Tigres Asiáticos, sometieron incluso su moneda al dólar.

Los países más pobres- unos 80 del Tercer Mundo- también adoptaron las políticas neoliberales en los años 80, pero en este caso fue una imposición de las instituciones económicas internacionales, FMI y Banco Mundial, y de los Estados ricos y sus transnacionales. Ya lo hemos dicho arriba. Para poder renegociar la enorme deuda contraída, los países pobres se tuvieron que someter a unos draconianos “Planes de Ajuste”, que implicaban estrictas políticas neoliberales (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, pp. 6 y 7). Solo había una diferencia respecto a las aplicadas en los países emergentes o ricos: se imponía no una moneda fuerte, sino una débil, con la intención de que estos países aumentaran las exportaciones de productos primarios y así pudieran hacer frente a los intereses de la deuda.

Hoy en día, tras la crisis de 2007, y después de algunas vacilaciones, se vuelven a aplicar en la UE y en los EE.UU. las políticas neoliberales. En Europa son Alemania y Francia los adalides de las mismas, que han impuesto asimismo, de forma más o menos coactiva- el caso más coactivo es sin duda el de Grecia- al resto de los países de la Eurozona. Estas políticas se institucionalizaron con la ratificación en junio de 2011 del “Pacto del Euro”, que implican una reducción de salarios directa e indirecta, vía aumento de la edad de jubilación, erosión de la negociación colectiva, reducción de prestaciones sociales, etc., y en España con la inclusión del límite del déficit como precepto constitucional: “En el caso europeo, la ratificación en junio de 2011 del Pacto del Euro supuso la institucionalización de todas estas medidas. Este Pacto establece que el pago de su deuda (es decir, los ingresos de los acreedores) debe ser la máxima prioridad de los Estados, por encima de cualquier otro objetivo de carácter económico o social. Para garantizar que esa prioridad se antepone a cualquier otra, se insiste en su blindaje mediante textos legales vinculantes. Ese, y no otro, es el objetivo que se persigue con la inclusión de un tope máximo para el déficit en la Constitución española” (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 61).

2. Las políticas neoliberales han tenido consecuencias bastante negativas. Por un lado, y salvo excepciones puntuales, han contribuido, tanto en los países ricos como en los pobres, al aumento de la pobreza absoluta, del hambre y la muerte por miseria y enfermedades relacionadas con ella, al aumento del desempleo y la degradación del nivel de vida de los obreros, y al aumento de la pobreza relativa o de las grandes desigualdades entre ricos y pobres, tanto entre países como entre personas; a manera de ejemplo, ya hace años no causaba escándalo que en la página 84 de *El País* del 10 de Junio del 2004, se hablara tranquilamente de la necesidad de flexibilizar el mercado laboral europeo, siguiendo recomendaciones del FMI, mientras que tres páginas más allá, en la 87, se decía sin el más mínimo rubor, y sin que la noticia mereciera más comentario: “El número de ricos en España creció un 8,7 % en 2004, hasta 141.000... España fue el segundo país europeo en el que más creció la cifra de ricos, tras el Reino Unido, que a finales de 2004 contaba con 418.000, un 8,9 % más que un año antes”. Por otro lado estas políticas han generado burbujas económicas y

crisis, especialmente en los países emergentes- México, los Tigres asiáticos, Argentina, Irlanda- lo cual ha redundado igualmente en los males sociales arriba señalados.

4.3. LOS PUNTOS DÉBILES

La teoría del antineoliberalismo tiene a nuestro juicio varios déficits, que podemos resumir en tres: una mitificación del keynesianismo como panacea a los males e injusticias del actual capitalismo, que hemos llamado globalización, una falta de un proyecto general alternativo y una explicación insuficiente de las causas de la actual período del capitalismo, de la llamada globalización. En definitiva, son tres déficits que responden a una misma naturaleza de esta teoría: su reformismo.

A. LOS MITOS ENTORNO AL KEYNESIANISMO.

Los antineoliberales están obsesionados con la crítica a un tipo de política económica, el deflacionismo y la desregularización, y con la defensa de otro tipo diferente, el keynesianismo, en el que ven la panacea a los males actuales. Establecen así una asociación simplista, no corroborada en la práctica: políticas keynesianas, inflacionistas, con crecimiento y Estado de bienestar e igualdad, y políticas de austeridad, con recesión y regresión social. Ante este tópico es preciso hacer tres observaciones.

A) Hay dos Keynes. Hay uno más radical, en su *Teoría General*, donde defiende que la depresión económica mundial no podía ser afrontada con medidas fiscales o monetarias, y que la única solución efectiva solo podría venir de una socialización de la inversión, es decir, de una economía de alguna manera planificada. Es el mismo que niega la ley de Say, de equilibrio entre la demanda y la oferta, que era el punto fuerte de la economía marginalista, de la que viene Keynes- su maestro es Marshall, en Cambridge-, así como la idea de que la culpa de la crisis proceda de subida de los salarios, algo sin embargo consustancial al discurso neoliberal. El segundo Keynes, el de los consejos prácticos, en sus artículos aparecidos en el *Times* en 1937, nunca asumió esta posición radical, sino propuestas gradualistas, que no pusieran en entredicho el sistema, y que consisten en estimular la economía por medio del estímulo de la demanda, lo cual se hace de dos maneras: o bien con estímulos fiscales y monetarios, bajando los tipos de interés, devaluando la moneda y bajando los impuestos, a consumidor y capitalistas, o con inversión directa pública, por medio de obras públicas o incluso de empresas estatales. Por otra parte hay que decir que Keynes, en los momentos decisivos, cuando los políticos le pedían consejos, se mostraba muy dubitativo y no siempre apostaba por estas medias, sino por las contrarias de austeridad (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, <http://www.marxists.org/archive/harman/2009/xx/slump.htm>, p. 6).

Hay que tener en cuenta que medidas tan retrógradas e injustas, que son asociadas al neoliberalismo por los teóricos antineoliberales, y que han sido muy aplicadas durante los últimos 30 años, son sin embargo políticas de naturaleza puramente keynesiana, que podemos denominar “neokeynesianas”, ya que tienen como objetivo el estímulo de la demanda como condición para el crecimiento económico. Nos referimos en concreto a tres de ellas: las políticas de fomento de la demanda a través de la disminución de los impuestos a los más ricos, que podemos denominar un “keynesianismo de ricos”; las políticas de desregularaciones financieras y de endeudamiento de los Estados, a través de la emisión de bonos y obligaciones, que supone igualmente un estímulo a la inversión económica, y que podemos denominar, siguiendo a R. Brenner, “keynesianismo financiero o *stock-market keynesianism*” (Brenner, R., “New boom or new



bubble?”, en *New Left Review*, Enero/ Febrero de 2004, p. 60); el fomento del gasto de las familias, con tipos de interés muy bajos al consumo, y el consiguiente endeudamiento de aquéllas, lo que ha supuesto igualmente un impulso económico, y que, siguiendo a Ricardo Bellofione, podemos denominar “keynesianismo privado”.

B) Las políticas neoliberales no son las únicas que se han aplicado durante los últimos 30 años; también se han aplicado, y con mucha frecuencia, políticas keynesianas, tanto las tradicionales, de inversión directa de Estado, créditos baratos y bajada de impuestos, como las nuevas que hemos mencionado arriba: keynesianismo de ricos, financiero y privado. En realidad, ante prácticamente todas las crisis que ha vivido el capitalismo durante los últimos 30 años, y son muchas, se han buscado soluciones keynesianas.

A partir del 83, Reagan aflojó el principio de déficit cero, dada la recesión, y además aplicó medidas keynesianas, tradicionales y nuevas: la reducción de los impuestos a los más ricos, la desregulación financiera y una nueva política armamentista, ya iniciada, es cierto, por Carter en 1979, conocida como la “guerra de las galaxias”. Para financiarla EE.UU. entra en una espiral de endeudamiento público, con emisión de bonos. EE.UU. gozaba de otro gran estímulo: una moneda baja, en relación al marco y sobre todo el yen. Todo ello generó un boom económico, de base especulativa, bursátil, que estalló en el 87, y que fue descrito por Tom Wolf en su famosa *Hoguera de las vanidades*. En Europa Kohl y Thatcher también aplicaron la desregulación financiera y el recorte de impuestos a los ricos desde el 85,

A la crisis del 87 y a la mexicana del 95 se les buscaron salidas keynesianas: “Después del ‘Lunes Negro’, el crac de la bolsa de octubre de 1987, Greenspan condujo a los otros bancos centrales occidentales a una operación destinada a estabilizar la economía mundial por la vía de achicar las tasas de interés e inyectar dinero en el sistema financiero. Cuando México experimentó otro crac financiero en 1994-1995, Clinton coordinó un programa de rescate masivo por el G7 y el FMI” (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, en *Razón y Revolución*, nº 5, 1999, p. 35).

La salida a la crisis del 98 en EE.UU. y Europa, que siguió a la de los Tigres Asiáticos del 97, tuvo también una salida keynesiana: la desregulación financiera de Clinton, seguida por Europa, que permitió la fusión de bancos comerciales con bancos de inversión y compañías de seguros; la desregularización de las telecomunicaciones por parte también de Clinton, y que se aplicó igualmente en Europa; una reducción de los tipos de interés, auspiciada por Greenspan, quien ha sido presidente del Fondo de Reserva Norteamericano, equivalente al Banco Central Europeo, desde el 87 hasta el 2007, y que provocó una gran oleada de inversiones; el rescate público de empresas en bancarrota, como el *hedge fund* llamado *Long Term Capital Managment*.

A la recesión de 2001-2002 se le buscó igualmente una salida keynesiana, basada en tres pilares: estímulos monetarios, con la bajada de interés hasta cero, aplicados por Greenspan y seguidos en Europa, lo cual aumentó el consumo y el endeudamiento privado, y la consiguiente burbuja inmobiliaria; una política de endeudamiento y déficit público, que no existía en EE.UU. y en Europa desde mucho tiempo atrás- durante los 90 el déficit cero y el presupuesto equilibrado fue algo sagrado-; una política armamentística de gasto público en EE.UU., para estimular igualmente la economía.

Tras la crisis del 2007, ha habido voces de gobernantes e intelectuales oficialistas, como M. Wolf, del *Financial Times*, antes puramente neoliberales, que han clamado por la vuelta al keynesianismo, y éste se ha aplicado inicialmente. El Secretario de Finanzas norteamericano, Vince Cable, pidió un programa “keynesiano radical” de inversiones públicas en infraestructura,





según el modelo del *New Deal* (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, en *International Socialism Journal*, nº 132, octubre de 2011, p. 13). Sarkozy hablaba de refundación del capitalismo. Ha habido un rescate enorme, sin precedentes, de empresas y bancos públicos. En EE.UU., con gobierno Bush Junior, se recortaron los tipos de interés de los impuestos incluso para las clases medias, para aumentar el consumo. Se aprobaron, por parte del G20, medidas de inyección de dinero público en la economía: “Los dirigentes de los países más poderosos se reunieron en Washington y en unas pocas horas aprobaron un documento vago y de generalizaciones en el que se daban algunos golpes de pecho y en el que fundamentalmente acordaron dos cosas: que iban a tomar medidas en los mercados financieros y que los gobiernos tenían barra libre para gastar lo que fuese necesario porque la crisis de la economía real se hacía ya muy grave” (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 77). Zapatero en España intentó un keynesianismo débil, con fomento de obras públicas, llamado el “Programa E”. Antes había rebajado tipos en el “Impuesto de la Renta para Personas Físicas” (IRPF) e en el “Impuesto de Sociedades” (IS), así como suprimido el “Impuesto del Patrimonio” (IP), medidas todas ellas regresivas pero de espíritu keynesiano.

Las políticas keynesianas se han dado también fuera de EE.UU. y Europa. En Latinoamérica, Chile, el laboratorio del neoliberalismo, llevó a cabo políticas de estímulo económico, con intervención del Estado en determinadas ramas de la economía, supresión de impuestos a industrias como la del cobre, etc., durante y después de la dictadura de Pinochet, como sostiene Cypher. Posteriormente, tras la crisis del 97, y la enorme huida de capitales, el impuesto chileno a los flujos de capital de corto plazo es frecuentemente citado como modelo de política antineoliberal, por ejemplo, por el sociólogo Anthony Giddens, teórico de la “tercera vía” de Blair (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, ibídem, p. 38). Argentina, tras la crisis de 2001, aplicó ha aplicado medias consistentes en una moneda débil, el peso, ya desligada del dólar, de interés bajo y de subsidios a empresas e inversiones públicas. Brasil, tras el estancamiento económico en el 97 y 98, compagina una intervención estatal, con subsidios y reducción de impuestos a empresas, gastos en infraestructuras, e incluso ciertos gastos sociales, con políticas neoliberales: moneda fuerte, el real, y tipo de interés alto, para favorecer su economía orientada a la exportación industrial, de manera similar a Alemania.

En Asia, Japón, tras la recesión de 89, aplicó durante varios años medidas expansivas, con políticas monetarias de tipo de interés prácticamente cero, y con inyecciones de dinero público en las empresas y bancos. Ello venía facilitado por la estructura de los “keiretsu”, que son grandes grupos que unen a las corporaciones industriales con los 13 grupos bancarios más importantes. En el 98 el primer ministro Keizo Obuchi aprobó un plan de 400.000 millones de euros destinados a recapitalizar los bancos y comprarles créditos dudosos, sin éxito alguno (Ramonet, I., *La catástrofe perfecta*, Diario Público, 2010, p. 20). Estas medidas no han sido por cierto especialmente exitosas, no han logrado despertar la economía y el consumo interno, y Japón se mantiene, hasta hoy día, en una situación de casi recesión continua.

Los Tigres Asiáticos, tras la graves crisis financiera del 97, y pese a las presiones del FMI para radicalizar las políticas neoliberales, han adoptado políticas keynesianas, con inversiones estatales, sobre todos en infraestructuras, y con estímulos fiscales y tipos de interés bajos. Se produjeron voces críticas contra el neoliberalismo: “Es así como varios economistas libremercadistas, notablemente Jeffrey Sachs, arquitecto del desastroso programa de ‘terapia de shock’ en Rusia y Europa Oriental a comienzos de los 90, atacó al FMI por las duras medidas deflacionarias que demandó a Corea



del Sur y otros Tigres a cambio de prestarles suficiente dinero para mantenerse a flote” (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, pp. 32 y 33). Después, uno tras otro, los Tigres Asiáticos dieron la espalda a dicho modelo: “En octubre de 1997 el gobierno de Corea del Sur nacionalizó la automotriz Kia en bancarota. Más serios todavía han sido los desafíos al movimiento libre del capital, uno de los más amados dogmas del FMI. Durante el vendaval financiero causado por la crisis de agosto de 1998, el primer ministro malayo Mahathir Mohamad impuso estrictos controles de intercambio y despidió a su diputado, Anwar Ibrahim. Como ministro de finanzas, Anwar había impuesto una severa contracción en la economía malaya. Mahathir ahora le dice a los bancos que presten libremente a las compañías industriales a fin de mantenerlas a flote. ‘El sistema de libre mercado ha fallado y lo hizo desastrosamente’, dijo. ‘La única forma en que podemos manejar la economía es aislarnos de los especuladores’. Aún más notable, en esa isla de capitalismo de libre mercado que es Hong Kong, la Autoridad Monetaria intervino vigorosamente en el mercado bursátil comprando 14 mil millones de dólares en acciones a fin de elevar los precios y proteger su divisa de ser forzada a abandonar su paridad con el dólar americano” (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 33).

Veamos otros ejemplos. El desarrollo económico actual de Turquía descansa sobre políticas keynesianas de endeudamiento público y privado (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem*, p. 13). India, tras la crisis de finales de los 90, aplicó un keynesianismo privado, similar al americano y europeo, con tipos de interés muy bajos, reducción de impuestos a empresas, todo lo cual, unido a la desregulación financiera, generó un boom inmobiliario y financiero. China sobre todo es el ejemplo de una economía keynesiana, con una moneda débil, tipos de interés muy bajos, por imposición del Estado a los bancos, que son estatales, y que prestan a las empresas incluso con rentabilidad muy baja, unido a una desregulación financiera que permitió entradas de enorme capital extranjero. Además, a la crisis del 2007, China respondió también, como Europa y USA, keynesianamente, con una inyección monetaria por parte del Estado, al margen de los préstamos bancarios, de 570 billones de dólares. Al mismo tiempo los gobiernos locales, que son fuertes en China, se han endeudado todavía más, a instancias del gobierno central, llegando a una tasa de endeudamiento del 27% del PIB. Con ello se ha generado además una burbuja inmobiliaria (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*). Es cierto que en el 2011 China ha iniciado una política de recorte del crédito, pero ha surgido en contraposición una enorme masa de crédito negro o irregular (Hardy, J., y Budd, A., “China’s capitalism and the crisis”, *ibídem*).

No se puede decir en definitiva que durante estos 30 años solo se hayan dado políticas neoliberales. El neoliberalismo puro en realidad solo se ha aplicado en países emergentes medianos, como Argentina, Brasil, México, hasta la crisis de finales de los 90, Europa del Este, los Tigres e Irlanda, etc., y ello solo durante algún tiempo, y no de forma absoluta. Estos países, fruto de las crisis, se han distanciado de este neoliberalismo económico, al menos de sus formas puras. De forma duradera y sistemática el neoliberalismo solo se ha aplicado en los países pobres, en el Tercer Mundo, y ha sido por imposición del FMI a países muy endeudados o con muchos problemas económicos. Incluso Alemania, la abanderada de la austeridad, ha tenido momentos profundamente keynesianos, con enormes gastos públicos, para afrontar su unificación, como hemos mencionado.

Las políticas de estos últimos 30 años, tanto neoliberales como keynesianas, sí han tenido sin embargo, en términos generales, un rasgo en común: un ataque a las condiciones de vida de la clase

obrero, a través del aumento del desempleo, el debilitamiento sindical, congelaciones salariales, el deterioro de la negociación colectiva, la inestabilidad laboral, facilidades para el despido, el aumento de los contratos temporales y el trabajo negro, la reducción, privatización y supresión en algunos casos de los servicios sociales- sanitarios, educativos- básicos, privatizaciones de otros servicios como comunicaciones, agua, electricidad, etc.- las privatizaciones han servido además a los gobiernos para quitarse de encima presión y exigencias populares-, reducción de las prestaciones de desempleo y pensiones, aumento de la edad de jubilación, etc., que en los países desarrollados han erosionado el Estado de bienestar y en los más pobres ha aumentado la miseria y la pobreza, incluso las muertes por enfermedades y malnutrición.

A este respecto conviene sin embargo evitar las exageraciones, que fácilmente son utilizadas de forma ideológica. Las condiciones laborales han empeorado sobremanera en los países desarrollados, pero el trabajo no es completamente precario, y el Estado de bienestar se ha deteriorado considerablemente, pero no ha desaparecido, entre otras cosas por la presión obrera y el mecanismo electoral. Lo ideológico juega aquí un papel importante, al que se ha de hacer frente: hacer creer que es imposible hacer nada, que la situación es desastrosa, que la clase obrera tan solo puede encajar los golpes que recibe (Harman, Ch., "Theorising neoliberalism", en *International Socialism Journal*, nº 117, diciembre de 2007).

C) La historia refuta la tesis metafísica, y maniquea, de que el keynesianismo ha aportado siempre crecimiento económico y más justicia o distribución de la riqueza, mientras el neoliberalismo habría generado solo crisis y desigualdades.

En la gran depresión de los 30 no hubo una puesta en marcha de la propuesta radical de Keynes, la cual, por lo demás, habría supuesto, por ejemplo en Gran Bretaña, la necesidad de un aumento del gasto público de un 56%, lo que habría tenido, amén de una oposición frontal de los capitalistas, una huida de capitales, una enorme subida de impuestos y un enorme déficit. Se aplicaron medidas keynesianas débiles, gradualistas, de intervención estatal, especialmente en EE.UU., con el llamado *New Deal* de F. Roosevelt: una garantía de la Reserva Federal que impidiera nuevos colapsos bancarios, la compra de grano y su destrucción para subir su precio, la creación de un cuerpo de construcción civil que dio trabajo 2.300.000 jóvenes, la ley de recuperación nacional, que animaba a la creación de cárteles, que pudieran controlar más los precios y los niveles de producción, un experimento limitado de producción estatal, a través de la *Tennessee River Authority*, y la retirada de los EE.UU. del patrón internacional del oro, que le permitía al Estado más libertad para favorecer las exportaciones americanas. Pero estas medias tímidas, que supusieron una mejoría o "miniboom" desde marzo hasta el verano de 1932, no sirvieron para mucho, y en todo caso no acabaron con la depresión. Al año siguiente 12 millones de personas perdieron el trabajo, y hasta 1937 la producción no alcanzó los datos de 1929, con todavía un 14.5% de paro. Éste subió otra vez hasta el 19%, y todavía era de un 14% en la víspera de la entrada de EE.UU. en la guerra. De esta manera, como dice Galbraith, "la Gran Depresión de los treinta nunca conoció un final. Simplemente desapareció en la gran movilización de los cuarenta" (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, ibídem, p. 2).

La salida de la depresión vino por otro lado, por un keynesianismo radical o más bien un capitalismo de Estados militar. Como sostiene Ch. Harman, la clave fue en un primer momento el giro armamentista, que supuso una inversión estatal enorme en la economía, iniciado por Hitler, que empleó un 5 % del producto en dicha industria, lo que generó un millón y medio de puestos de trabajo en 1938. Esta política fue seguida por las otras potencias, y especialmente por los Estados Unidos, en el inicio de la guerra.





De esta manera podemos aceptar con el economista Eichengreen que el inicio del crecimiento y de la disminución del desempleo se debió más “a Mr. Hitler que a Mr. Keynes” (Harman, Ch., *The slump of the 1930s and the crisis today*, ibídem, p. 6). En un segundo momento, como sostiene P. Mattick, solo fue la gran destrucción, la ruina de grandes masas de capital, que trajo consigo la guerra, lo que permitió un resurgir de la economía y permitió a su vez el posterior Estado social: “La combinación de un continuo aniquilamiento de capital durante el largo período de la depresión con la destrucción de valores de capital durante la guerra hizo que el capital superviviente se encontrase en un mundo distinto al anterior en el que la masa de beneficio dada venía a favorecer un capital considerablemente reducido aumentándolo al mismo tiempo y de la misma manera su rentabilidad” (Mattick, P., *Crisis y teoría de la crisis*, Ediciones Península, Barcelona, 1977, p. 194). De hecho los dos países más destruidos, la RFA y Japón, gracias al impulso del capital americano, fueron los que lograron desarrollarse más rápidamente. A su vez los EE.UU., cuya economía fue la que menos sufrió a causa de la guerra, tenían en estos y otros países una amplia y prolongada vía de escape a su capital acumulado.

El papel del “keynesianismo” en el boom y el estado de bienestar de la posguerra es un invento. En Europa oriental, con el estalinismo, y también en parte en países del Tercer Mundo que aplicaron su modelo, hubo sin duda una dirección y planificación total de la economía, un keynesianismo radical, con un capitalismo de Estado. Pero lejos de crear riqueza social, fue a costa de mantener muy bajos los niveles de vida de la clase obrera.

En USA, Japón y Europa Occidental, en el centro de la economía mundial, donde se dio el Estado de Bienestar, hubo intervención del Estado en la economía: empresas de propiedad estatal, como el acero, carbón, etc., cierto dirigismo de las inversiones, a través de las presiones a los bancos, presiones a las empresas para su fusión, y sobre todo con la gran inversión pública en la producción de armamentos. Sin embargo esta intervención estatal no significó la aplicación de una política económica keynesiana, ni la radical, porque la propiedad seguía siendo básicamente privada y movida por la competencia privada, ni débil, porque no hubo en ningún momento estímulo de la economía con los procedimientos clásicos- salvo la inversión en armamentos-: rebajando impuestos, promoviendo inversiones públicas, bajando los tipos de interés o devaluando la moneda. Ello fue así ya que estas medidas nunca fueron necesarias, dadas las altas tasas de beneficio de las empresas y por consiguiente de los Estados. En otros términos, no hacía falta, porque la economía funcionaba bien: “No fueron los gastos públicos los que mantuvieron en marcha a la economía; fueron los elevados beneficios los que permitieron el lujo de una producción para el despilfarro y a partir de ella la transformación aparente del capitalismo en una “sociedad de la abundancia” o en una “sociedad de consumo” (Mattick, P., *Crisis y teoría de la crisis*, ibídem, p. 193). En consecuencia, la aparición del Estado de Bienestar en Europa Occidental, Japón y EE.UU. no se puede explicar por las políticas keynesianas, porque simplemente éstas no se aplicaron. Fue el auge económico, no el keynesianismo, lo que lo hizo posible.

Cuando de nuevo llegó la crisis económica, a principios de los 70, la primera reacción de los gobiernos, de sus ministros de economía, de los intelectuales del *establishment*, fue la de recurrir precisamente a medidas keynesianas para tratar de reactivar la economía. Así, a manera de ejemplo, amén de aumentar el déficit público, el presidente norteamericano Nixon rompió el pacto *Bretton Woods* que asociaba el dólar al valor oro, con la finalidad de aumentar la circulación de moneda para tratar de reactivar la demanda y la producción. Inglaterra también se salió del *Bretton Woods*. Estas y otras medidas en principio evitaron una recesión más fuerte, pero fueron poco exitosas a medio plazo. La demanda



no aumentaba, la producción seguía estancada y sin embargo se produjo una inflación enorme que agravó aún más la situación económica, en lo que fue bautizado como “estanflación”. A manera de ejemplo, en USA se llegó a un 13.3% de inflación entre los años 74 y 76 (Harman, Ch, *The zombie capitalism*, ibídem). En consecuencia, a finales de los 70 se abandonó, en la práctica y en la teoría, todo keynesianismo y los gobiernos pasaron a adoptar medidas neoliberales. Se resucitó a Hayeck, se santificó a ese colaborador de Pinochet que fue Friedman y vio la luz el matrimonio político Thatcher-Reagan. Todavía Mitterrand en Francia ensayó, a principios de los 80, un keynesianismo más atrevido, sin ser radical, que consistió en la nacionalización de algunas empresas y bancos. La consecuencia fue una huida del capital y una subida enorme de la inflación, que a los pocos meses le obligaron a dar dio un giro de 180° hacia el neoliberalismo.

La dicotomía maniquea de neoliberalismo y keynesianismo tampoco es válida para las tres últimas décadas de la llamada globalización. Ninguno de los dos modelos ha sido realmente exitoso, en el sentido de que ninguno de ellos ha propiciado un desarrollo económico elevado, con altas cotas de crecimiento, y estable, para una gran parte del mundo. Ambos modelos han obtenido resultados positivos pero muy parciales. Es decir, han producido en algunos países desarrollo económico e incluso mejora de vida de las clases populares, pero se ha tratado de casos muy limitados, con crecimientos muy moderados, no comparables a los posteriores a la II Guerra Mundial, y que se han visto seguidos en muchas ocasiones de graves recesiones, especialmente gravosas para las clases populares.

El neoliberalismo solo ha producido buenos resultados, con acumulación de capital y mejora de las condiciones de la clase obrera, por un lado, en los Tigres Asiáticos, parcialmente en Chile, también en un principio en México y Argentina, en Sudáfrica, en algunos países del ex bloque del Este, como la República Checa y Polonia, y en Irlanda. Una mejora generalizada de las condiciones de vida de la clase obrera solo se ha dado en los Tigres Asiáticos, especialmente en Corea del Sur, e Irlanda, y ello a costa de una gran desigualdad. La clave de este mini éxito estuvo en una desregulación financiera, fiscal y laboral- con la supresión de las trabas arancelarias, de los impuestos al capital y la facilitación del despido-, unida a su condición de países políticamente seguros, autoritarios en algunos casos, y con una economía ya desarrollada, todo lo cual permitió la atracción de grandes capitales extranjeros, con inversiones directas o préstamos a los capitales locales, que lograron una gran industrialización de estos países. Sin embargo casi todos estos auges se han transformado en burbujas que han estallado generando posteriormente una gran recesión, caracterizada por la superproducción, huida de capitales extranjeros, gran endeudamiento público y privado, bancarrotas y desempleo, a todo lo cual se le añade la desprotección social fruto de la eliminación de toda estructura de protección social previa: servicios sociales, pensiones públicas, etc. México, Brasil, Chile, Argentina, los Tigres Asiático e Irlanda han pasado por estas situaciones (Callinicos, A., (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, ibídem, p. 5).

El neoliberalismo ha cosechado también mini éxitos en algunos países avanzados, como Australia, los países nórdicos, y sobre todo EE.UU. y Alemania. En EE.UU. las políticas de austeridad del primer Reagan y de Clinton contribuyeron a la única recuperación económica real que ha vivido dicho país en los últimos 40 años, la de la primera mitad de los años 90; a Alemania la política de austeridad iniciada por Kohl, y continuada por Schröder, le ha permitido aguantar mejor que el resto de los países del entorno europeo la crisis actual que se inicia en el 2007. La clave está en que se trata de Estados muy avanzados industrialmente, centrados



en la exportación, a los cuales beneficia la reestructuración industrial; asimismo en todos ellos se ha rebajado de forma enorme las condiciones de vida, el poder adquisitivo y las condiciones laborales, de los trabajadores. Sin embargo la recuperación tampoco es profunda, y en ningún momento ha llegado a las cotas de desarrollo económico del período de entreguerras: “Brenner resume el precio que la clase obrera pagó para que las ganancias pudieran recuperarse de las profundidades en las que habían caído a comienzos de los 80: ‘Entre 1979 y 1990, la compensación real horaria en el sector privado de la economía creció a una tasa promedio anual de 0,1%. La tendencia en estos años fue mucho peor para los salarios reales horarios y los salarios netos (excluyendo beneficios), cayendo a un promedio de cerca del 1%. En ningún momento previo del siglo XX el crecimiento de los salarios reales había sido tan lento en cualquier parte durante tanto tiempo. Pero a pesar de este incremento en la tasa de explotación del trabajo, la clase dominante norteamericana no ha sido todavía capaz de elevar la tasa de ganancia por encima de los niveles a los cuales había caído en las vísperas del primer gran derrumbe de la posguerra, en mitad de los 70. Y es posible que vuelvan a caer desde aquí” (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 30).

Las políticas keynesianas han tenido también cierto éxito en unos pocos contextos determinados. En primer lugar ha funcionado en Brasil y en los Tigres Asiáticos, después de la crisis del 97, en Nueva Zelanda, y sobre todo en India y China. En otros términos, ha funcionado en países emergentes, es decir, aquéllos que tienen por un lado, en términos de Trotsky, “el privilegio del atraso histórico”, lo cual implica una mano de obra muy barata, muchas posibilidades de acumulación, pero que por otra parte no parten de cero, sino de un cierto desarrollo, fruto de anteriores políticas desarrollistas. Algunos de ellos además, especialmente China, han tenido regímenes autoritarios y cierta planificación estatal, fenómenos que han favorecido dicho éxito. Estos países emergentes están aguantando mejor la crisis actual que la Eurozona, EE.UU. y el reto de los países pobres.

Con todo hay que introducir dos matices. En primer lugar el crecimiento de estos países ha sido débil, si lo comparamos con los Estados emergentes, Rusia, Brasil, Argentina, y la misma China, en los años del boom, o sobre todo con Alemania y Japón de la posguerra. En segundo lugar, casi todos ellos empiezan a dar síntomas de debilidad ante la crisis mundial. El caso más preocupante es el de China. Es un gigante que está empezando a mostrar sus contradicciones, entre ellas la burbuja inmobiliaria, la superproducción, el endeudamiento, la dependencia del comercio exterior, y sobre todo de EE.UU., y las enormes desigualdades sociales que tiene al interior. No en vano en China, en el 2009, por primera vez en 10 años, la producción había descendido por debajo del 10%, y en una sola región como Cantón cerraron 9000 de las 45000 fábricas (Ramonet, I., *La catástrofe perfecta*, *ibídem*, p. 26). El destino de los demás países es similar. India y Nueva Zelanda han vivido el estallido de una burbuja inmobiliaria y financiera, como Europa y USA. Argentina y Brasil están viendo disminuidas sus exportaciones, y en definitiva sus crecimientos, fruto de la crisis actual; Brasil está bajando del 3% de crecimiento. Además todos estos países y otros- Argentina, Brasil, Los Tigres Asiáticos, Japón, Australia, Nueva Zelanda- dependen mucho de la economía china, de sus importaciones, y un declive chino podría arrastrarlas a la recesión profunda.

En los países desarrollados, como Nueva Zelanda, y sobre todo Europa occidental y EE.UU., el keynesianismo, de corte privado y financiero, ha generado diversos booms económicos y repentinas salidas de la crisis. Pero se ha tratado de desarrollos débiles, artificiales, poco duraderos, burbujas económicas que al estallar



han dejado una recesión económica, parón de la producción, deudas enormes que agravan la recuperación, paro y miseria de parte de sus poblaciones. Hoy día estamos viviendo claramente una de estas situaciones.

Si en los últimos treinta años no ha funcionado ni un modelo ni otro, ni neoliberalismo ni keynesianismo, en realidad ello se debe a que ambos se han basado, pese a las diferencias, en un mismo principio: reactivar la economía por procedimientos *ad hoc* o artificiales. El neoliberalismo lo hace o bien con la atracción de capitales extranjeros ociosos, en el caso de los países emergentes, o beneficiando a las empresas más fuertes, forzando la desaparición de algunas empresa débiles y sobre todo exprimiendo más a los obreros. El keynesianismo lo hace con inyecciones estatales, en el caso de los países emergentes, o con inyecciones privadas, de capital ocioso especulativo, para los países desarrollados. Ambos son en definitiva procedimientos de producción inducida estatalmente, o bien con inversión directa de los Estados, en el modelo keynesiano tradicional, o bien con políticas monetarias, fiscales y laborales que favorecen la especulación bursátil, el endeudamiento, en el modelo neokeynesiano, o bien con políticas fiscales, monetarias y laborales que atraen capital extranjero y posibilitan el aumento de la plusvalía absoluta, en el modelo neoliberal. Y dichos procedimientos pueden ser válidos en épocas de auge económico, de crecimiento real, como lo fuera tras la II Guerra Mundial, pero no lo son en época de recesión, pues ninguno de estos modelos sirve para poner en marcha una economía, para realmente generar crecimiento.

P. Mattick, ya en los años 70, exponía tres argumentos claros por los que la producción inducida estatalmente, sea directamente a través de empresas estatales, sea a través del fomento de la inversión y del consumo, con políticas monetarias y fiscales, no sirve para superar la crisis, porque no genera beneficio general al sistema. Mattick se refiere exclusivamente al keynesianismo, pero sus reflexiones podrían hoy extenderse igualmente al neoliberalismo. En primer lugar, la inversión directa de los Estados detrae capital privado para destruirlo y limita las posibilidades de beneficio del mismo. En segundo lugar el fomento artificial de la deuda, de las inversiones bursátiles, de la producción y del consumo, supone un simple trasvase de capital de unas manos a otras, de unos agentes a otros, o de unos países a otros, pero no para el sistema en general. Por último, toda producción inducida, no basada en una tasa de beneficio suficiente del sistema, genera un aumento de los precios o inflación general. Es decir, se aumenta la producción, se producen nuevos bienes, pero se da una disminución del valor de éstos; hay más valores de uso, pero igual valor de cambio.

En definitiva, en época de recesión la producción estatalmente inducida puede generar auges breves e inestables, o breves repuntes, pequeños alivios económicos, pero no un crecimiento sostenido: “La producción estatalmente inducida adicional no puede por sí misma aumentar la plusvalía social y en el caso de que se desarrolle considerablemente, necesariamente la disminuye. Sin embargo la expansión de la producción ligada a ella, igual que toda ampliación de crédito, puede hacer ceder la situación de la crisis ya que sus efectos sobre el beneficio total sólo se hacen perceptibles en un momento posterior”. (Mattick, P., *Crisis y teoría de la crisis*, ibídem, p. 204). Tony Cliff lo expresa de forma más coloquial pero tremendamente plástica: toda política de producción inducida es como un paraguas de papel, protege cuando no llueve, pero de nada sirve cuando llega la tormenta (Cliff, T. *Marxism at the millennium*, Capítulo 4, <http://www.marxists.org/archive/cliff/works/2000/millennium/index.htm>, p. 5). Y en el fondo ello es así porque la producción inducida, sea de forma estatal, privada o vía sobreexplotación, no genera beneficios para el sistema en su conjunto, sino solo distribuye los previamente existentes. Y ya el

propio Marx advertía de que un capitalista puede ganar a costa de otro, pero no del capitalismo en general, el cual no se puede defraudar a sí mismo: “La clase de los capitalistas tomada como un todo no puede enriquecerse a sí misma como clase, no puede aumentar su capital total, o producir plusvalía, por medio de que un capitalista gane lo que pierda el otro. La clase como un todo no puede defraudarse a sí misma” (Harman, Ch., “Theorising neoliberalism”, *ibídem*, p. 7).

B. LAS SOLUCIONES PRÁCTICAS, AL MARGEN DEL KEYNESIANISMO, SON POSITIVAS PERO INSUFICIENTES.

Los teóricos antineoliberales, especialmente en su ala de centro y de izquierdas, presentan otras propuestas progresivas, que se han de apoyar siempre desde una posición marxista, porque mejoran la situación de la clase obrera y los más desfavorecidos en general: el combate del trabajo infantil y por un comercio justo, la condonación de la deuda al Tercer Mundo, el aumento de impuestos a los ricos, un salario social general o una renta básica ciudadana, en términos de A. Doménech, mantener las políticas del Estado de bienestar, establecer una tasa *Tobin*, para las transacciones, y prohibir las inversiones a corto plazo. A ello se habría de añadir la exigencia de una reducción de la jornada laboral a 35 horas y la prohibición del despido de obreros en empresas rentables, la lucha contra el desalojo de las personas hipotecadas, o la cancelación total de las hipotecas, incluso la desaparición de los ejércitos, etc. Más allá, hemos de postular que los países actualmente endeudados se nieguen a pagar la deuda, y se retiren, en el caso de Europa, de la zona euro. Esto permitirá a dichos Estados al menos poder jugar con la devaluación de su moneda, al tiempo que se verían libres de las draconianas medidas de ajuste. En la defensa de estas medidas no debería haber nunca vacilación ni deslizamiento hacia las posiciones reaccionarias de algunos teóricos el movimiento antiglobalización, como David Bacon, quien considera que la lucha contra el trabajo infantil perjudica a los propios países pobres, y que por eso ha de abandonarse (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 12)

Junto a estas medidas económicas y políticas hay otras que podemos englobar bajo el concepto de “identidad”, igualmente progresivas y que han de ser defendidas desde una posición marxista, y que consisten en la defensa de derechos de colectivos concretos, claramente marginados en el capitalismo: los derechos de las culturas minoritarias, de los pueblos indígenas, la lucha contra el racismo y la xenofobia, la defensa de la igualdad de la mujer, la lucha contra la discriminación de los homosexuales y de las diferentes opciones sexuales, la protección del medio ambiente y la lucha contra las centrales nucleares, etc. No podemos olvidar tampoco, y no es lo menos importante, la lucha contra la destrucción del medio ambiente, fruto de las políticas económicas capitalistas, tanto en el mundo desarrollado como en los países el Tercer Mundo. Por último un elemento de lucha ha de ser siempre la oposición a las guerras, especialmente a aquéllas en las que están en juego intereses imperialistas.

El carácter positivo de estas luchas y reivindicaciones no debe ocultar sin embargo sus limitaciones. En primer lugar algunas de ellas pueden tener consecuencias no deseadas, que se han de tener en cuenta, lo cual no significa que hayan de ser desechadas. La salida del euro por ejemplo puede provocar una gran inflación en los países que adopten esta decisión, con el consiguiente aumento de pobreza de la clase trabajadora. Asimismo la cancelación de la deuda, dentro del sistema capitalista, puede provocar que muchos Estados pobres, en adelante, se queden sin financiación, aunque en principio ello les dé un respiro. Por su parte la tasa *Tobin*, amén de no ser aplicable si no están de acuerdo todos los países ricos,





y de la gran oposición que tendría por parte de los capitalistas, puede conllevar un descenso de las transacciones internacionales, y por ende de los ingresos estatales (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 42). No hay que olvidar en ningún momento que los Estados, que serían los supuestos agentes de este tipo de medidas, son cómplices de los poderes económicos, y que muchos países del Tercer Mundo se rigen por dirigentes especialmente corruptos y tiranos: “Ver tales gobiernos como los agentes transformadores del mundo en una dirección positiva es desplegar una enorme inocencia” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 45)

Algunas medidas son muy importantes, pues pueden aliviar el sufrimiento- si se consigue, por presión- de muchas personas, de gente humilde y al mismo tiempo generar conciencia crítica contra el capitalismo. C. Harman lo expresa adecuadamente: “Las batallas particulares contra efectos particulares del sistema son de inmensa importancia. Pueden retardar el avance de la opresión capitalista, o incluso frenarla. Pueden hacer la vida una poco más soportable para los que sufren dentro del sistema. Pero su mayor importancia estriba en dar un impulso la movimiento más amplio contra el sistema, animando a la gente que en todas partes está bajo su dominio a luchar contra él” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 44).

Pongamos ejemplos. La lucha por la eliminación del trabajo infantil, de las largas jornadas laborales en empresas textiles instaladas en el Tercer Mundo, con campanas sobre el boicot de productos de empresas que actúan de esta manera, como Nike, es una tarea muy positiva, por los niños y adultos a los que se puede ayudar y por la sensibilidad sobre las injusticias generales del sistema que puede despertar. No conviene sin embargo centrarse solo en una empresa, en la más evidente, también se ha de localizar y denunciar otras empresas que tienen actuaciones similares, si bien de forma camuflada. Otra causa muy importante hoy en día, en los países desarrollados, es la lucha contra los desalojos que llevan a cabo algunas organizaciones, por ejemplo en España. Tiene ese mismo doble valor: ayudar a determinadas personas humildes y generar conciencia crítica social. También son muy importantes todas las luchas de “identidad”: contra el racismo, la discriminación de la mujer y de los homosexuales, la opresión de comunidades indígenas, las guerras imperialistas o la destrucción del medio ambiente.

Ahora bien, estas actuaciones, siendo muy importantes, tienen una limitación, a saber, su carácter parcial, que les impide erguirse en soluciones eficaces para los problemas generales que estamos viviendo. Así, aunque se pueden conseguir avances parciales, es mera ilusión pensar que se puede acabar con el racismo y la desigualdad de género, o poner freno a la destrucción del medio, o más allá, a la explotación que supone el trabajo asalariado, al caos económico y a la desigualdad y miseria galopantes de gran parte de la actual sociedad mundial, sin acabar con el sistema capitalista que los genera: “La organización del comercio, de los flujos financieros, de la carga de la deuda, son aspectos particulares de un sistema mucho más amplio. Los intentos de tratar con cada uno de ellos de forma aislada pueden ser fácilmente esquivados por aquéllos que dirigen el sistema- o simplemente pueden desviar sus horrores de un grupo de víctimas a otro” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, p. 40). Y acabar con el sistema capitalista supone no solo acabar con su organización económica de propiedad, con las multinacionales de forma paradigmática, sino también con las instituciones políticas dialécticamente enlazadas con las mismas: “Los que combaten el neoliberalismo no deberían caer en esta trampa. El FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, el Pentágono y la OTAN son solo aspectos diferentes del



mismo sistema. No puedes luchar contra uno y apoyar los otros” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 26).

Hay propuestas de determinados grupos antineoliberales de izquierda, especialmente ecologistas, que son claramente contraproducentes. Nos referimos a la idea del “localismo”, de la vuelta a la producción para mercados locales, como alternativa al “desarrollismo”, sin tener en cuenta que en la actual sociedad una producción y un comercio locales condenarían al hambre a gran parte de la población mundial. Relacionado con ello estaría la idea de la vuelta a formas primitivas de trabajo, no mecanizadas. Estamos ante una crítica romántica al capitalismo, que ya existiera en tiempos de Marx. Esta posición romántica no comprende que el problema de la sociedad actual no es que se produzca mucho, sino que se produzca para obtener beneficios, no para satisfacer necesidades humanas, lo cual conlleva la distribución desigual, la miseria de gran parte de la población mundial, y la destrucción del entorno: “Un modelo de desarrollo sostenible tiene, al menos, que igualar la producción de comida alcanzada en las décadas recientes, así como asegurar una distribución justa- en realidad, más que igualarla, si la mayoría de la población debe sobrepasar el mínimo de 2000 calorías por día que obtiene hoy en día. Y eso no se puede conseguir acudiendo a ‘métodos tradicionales’. Requiere de la aplicación de la investigación científica y de la inversión de capital- aunque de una manera diferente a la actual” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 17).

A veces las propuestas son puramente buenas intenciones, es decir, la pretensión de cambiar moralmente la manera de ser de la gente, algo que suena extraño viniendo de activistas de origen marxista y materialista. Sirva de ejemplo la última solución al capitalismo de la globalización propuesta por Alberto Garzón Espinosa, miembro de ATTAC en España y de Izquierda Unida, en la obra, por otro lado interesante, prologada por Chomsky, *Hay Alternativas*: “La última (solución) tiene que ver con un aspecto que igualmente tiene un papel fundamental como desencadenante de los problemas económicos que sufrimos en nuestra época: el necesario cambio de nuestra posición en el mundo de la economía, de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestros comportamientos personales (VV. AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, p. 66)

Una solución real al actual estado de cosas solo puede venir de una actuación global sobre la realidad, sobre la organización económica y política de nuestra sociedad. Ello podría venir de la mano, en un primer momento, de un keynesianismo fuerte o capitalismo de Estado social y democrático por parte de los países desarrollados, es decir, por la nacionalización de las grandes empresas, de los bancos, del mercado financiero, que posibilite una regulación de la producción, y un reparto de la riqueza social. Eso tendría muchos obstáculos, por parte de la clase dominante, y en el fondo solo sería posible por una toma del poder por la clase obrera, previa una movilización y una insurrección de la misma. Es decir, no por una vuelta simplemente al Estado, sino por otro tipo de Estado, no burgués y dependiente del gran capital, sino realmente de las clases populares.

Tampoco bastaría con esto, aunque sería un paso fundamental. En el contexto de una economía internacional todavía dominada por el capitalismo, con una producción dirigida a la acumulación y basada en la competencia, y en un momento de gran internacionalización e interconexión económica, un capitalismo de Estado obrero, social y democrático, tendría pocas posibilidades de perdurar. Solo podemos entender por lo tanto un capitalismo de Estado, pero obrero, social y democrático, como transición a un socialismo internacional: una economía mundial, dirigida democráticamente por las clases populares y básicamente por la clase obrera, con el



objetivo de satisfacer las necesidades humanas, no de acumular beneficios para unos pocos. Y ello solo se puede entender a su vez como el fruto de una extensión de la revolución obrera por el mundo, empezando por los países más poderosos. Esta a su vez es la única que podría dar solución a los diferentes problemas parciales que hemos englobado bajo el concepto de “identidad”, o al problema de la destrucción ecológica del planeta.

C. EL DÉFICIT TEÓRICO: NO SE EXPLICA SUFICIENTEMENTE EL CAMBIO PRODUCIDO

La tesis del antineoliberalismo no aborda las causas profundas, esenciales, de la emergencia de este período peculiar del capitalismo que hemos llamado globalización. Sus explicaciones son ideológicas y culturales, políticas, o incluso meramente morales, y no se adentran nunca en el núcleo económico de la realidad. En ello podemos decir, utilizando terminología marxista, que son víctimas del fetichismo generado por el sistema capitalista, y que puebla los discursos ortodoxos prosistema: “Marx apuntó ya hace tiempo que la manera en que funciona el capitalismo oculta muy fácilmente a la gente lo que está ocurriendo... Las teorías del neoliberalismo y la globalización llevan a su extremo esta visión invertida de las cosas... ven las cosas desde el punto de vista de los capitalistas financieros o comerciales. Es un punto de partida que ignora simplemente lo que está ocurriendo en el mundo real de la producción y la explotación” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 21).

La explicación más habitual es la que podemos llamar tesis de la “conspiración”, según la cual en las últimas décadas los dirigentes políticos, económicos e ideológicos, se habrían unido para subvertir la anterior situación de capitalismo más social (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 26). El cambio hacia políticas desreguladoras y el ataque a la clase obrera, rasgos básicos de la globalización, serían el fruto de decisiones políticas que los dirigentes de los principales países del mundo, y en concreto Reagan y Thatcher, habrían tomado en un determinado momento, en connivencia con los grandes poderes económicos, y con el apoyo de los grandes grupos de opinión o “Think Tanks”, influidos por las tesis de determinados economistas clásicos, como Hayeck y Friedman, la escuela neoclásica o monetarista, y de filósofos modernos.

Así lo dice Ignacio Ramonet: “La mundialización no es solamente la irrupción en la historia de nuevas técnicas y nuevos mercados. Es también la consecuencia de un trabajo intelectual, largo y paciente, del cual ya se manifiestan ciertos efectos en los años 70, antes de la llegada al poder de M. Thatcher y R. Reagan” (Ramonet, I. “Introducción” a *Le nouveau capitalisme, Manière de voir* 72, Diciembre 2003/Enero 2004). En términos parecidos se expresa P. Bordieu: “El tema principal es el neoliberalismo y la retirada del Estado. En Francia la filosofía neoliberal se ha insertado en todas las prácticas sociales y en todas las políticas del Estado” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 19).

Una variante de la tesis de la conspiración es la que enfatiza, como causa del giro neoliberal, la desaparición de la URSS la ola de neoliberalismo, que se había extendido como una mancha una vez esfumado el peligro rojo. Veamos, de forma paradigmática, la explicación del ex Secretario General del PCE, Paco Frutos en *Mundo Obrero*: “Cuando se hunde la Unión Soviética, en 1991, se interpreta desde las economías capitalistas que el mercado tal y como éstas lo tenían planificado no tenía alternativa. Es más, se identifica mercado capitalista con democracia y libertad... En ese momento, irrumpen ya sin cortapisa alguna los teóricos y prácticos del neoliberalismo con sus axiomas: es necesario finiquitar los derechos sociales y laborales: el mercado debe estar totalmente



desregularizado. La derecha aprovecha su hora porque, entre otras razones, la izquierda política se encuentra desarmada. Y surge la figura el consumidor y sus derechos en sustitución del trabajador y los derechos laborales”. Esta hipótesis, amén de su falta de profundidad, no tiene en cuenta el simple dato cronológico de que el rumbo neoliberal comienza a finales de los 70, una década antes de que el gigante de barro soviético estallara.

Otros autores consideran que el neoliberalismo es el fruto de la simple expansión del capital, del fenómeno de la globalización, de la financiarización de la economía y el aumento desorbitado de la especulación, de la desaparición de los Estados, incluso de las deslocalizaciones, y con ello asumen una posición, amén de básicamente falsa, fatalista, similar a los teóricos reaccionarios de la teoría ortodoxa de la globalización (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 24). Por último, hay quienes explican el giro neoliberal por el paso de la lucha de clase *al mero egoísmo*. Se habría dado un giro “egoísta” por parte de la clase capitalista, que habría tomado cuerpo político a finales de los setenta y principios de los ochenta, siendo sus dos pioneros Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Los capitalistas habrían estado sufriendo pérdidas frente a los obreros, durante los años dorados, y ahora, con circunstancias más favorables, la crisis de los 70, o después la caída del Este, se desquitarían. El argumento no se sostiene, amén de su ingenuidad, porque el capital no vivió ningún infierno a manos de la clase obrera durante estas décadas, sino todo lo contrario, gran expansión y riqueza.

No negamos que estos factores tengan su influencia. Las conspiraciones político-económico-ideológicas son hechos reales en el capitalismo- lo han sido siempre- la financiarización de la economía, la caída de la URSS, el retroceso del papel directamente económico de los Estados, e incluso la ola de individualismo, son rasgos que han coadyuvado a la eclosión neoliberal. Pero son argumentos insuficientes para explicar las peculiaridades que suponen la actual globalización y el actual estado de cosas, en el seno del capitalismo. No responden por ello a las cuestiones claves: ¿por qué es precisamente en esos momentos históricos, a finales de los 70, cuando los dirigentes económicos y políticos deciden ensayar las nuevas políticas económicas? ¿Por qué es además éste un camino tan tortuoso políticamente, con alternancias de medidas keynesianas y neoliberales? ¿Por qué es precisamente en estos momentos cuando se produce un ataque en toda regla a las condiciones de vida y laborales de la clase obrera? ¿Qué está sucediendo en la economía, en el capitalismo mundial, para que ello ocurra?

Falta una respuesta, y ello es así porque les falta una concepción global de la realidad, como es el marxismo, que les permita dar un sentido a todos estos fenómenos aislados que critican, que les permita una comprensión real del mundo que estamos viviendo. Sin un análisis del sistema productivo capitalista, del fenómeno de la plusvalía, de las tendencias internas del capitalismo, sin una comprensión de que “el capitalismo mundial es más que solo la conspiración de la corporación de unos pocos jefes (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 49)”, no es posible diseñar un cuadro real del mundo que estamos viviendo, sino tan solo aportar pinceladas, reales en el mejor de los casos, equivocadas en el peor, pero siempre superficiales, y algunas veces, como hemos dicho, coincidentes con las aportadas por los teóricos reaccionarios de la teoría ortodoxa de la globalización (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 21). Un cuadro completo, por el contrario, solo lo puede ofrecer a nuestro juicio, un análisis marxista.

Por lo demás, y ello es también importante, la carencia de un análisis global va unida dialécticamente no solo a sus propuestas prácticas limitadas, insuficientes, sino también a sus estrategias de

lucha insuficientes o ineficaces: “Con frecuencia la gente no hace la conexión entre su protesta local y la gran imagen de sistema mundial. Ven sus problemas como el simple fruto de políticos corruptos, un empleado especialmente sucio, un concejal local inepto, un régimen autoritario. Esta estrechez de visión puede hacer difícil que sus diferentes protestas generalicen en un ataque general sobre la fuente real de sus problemas” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 51). Ello explica el hecho de que los neoliberales de izquierda se agrupen en torno a objetivos parciales, encarnados en grupos dispares, como las diferentes ONGs, o en torno a luchas globales pero en un contexto de pluralidad y anarquía organizativa, que ha reinado en el movimiento antiglobalización, y que ha sido incluso motivo de orgullo, de distinción, para muchos de sus miembros; por último explica ese alejamiento, por parte del movimiento antiglobalización, de los obreros y de sus métodos de lucha, que, como hemos dicho arriba, son el agente clave para un cambio real de la sociedad, para una ruptura con el capitalismo (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 56). Todo ello ha llevado en última instancia a que muchos teóricos antineoliberales de izquierda, terminen, políticamente, o bien en posiciones marginales, antisistema, puramente románticas, o bien se desplacen hacia la derecha, se acoplen al sistema, acepten el capitalismo, se tornen reformistas, “parlamentarizándose”, como ocurriera en los años 90 con los llamados “verdes”, o con muchas ONGs que se han puesto al servicio del sistema: “Debe añadirse que la implicación de las ONGs con problemas específicos significa que algunas veces pueden ser co-optados por los partidarios del sistema existente... Durante la Guerra del Golfo del 91 o la de los Balcanes del 99 se vio a muchas apoyando las alianzas dirigidas por EE.UU., en razón del terrible récord en derechos humanos por parte de sus oponentes. De hecho los gobiernos americanos han usado desde hace mucho tiempo el discurso de los derechos humanos como una cobertura de su objetivo de una hegemonía norteamericana global” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 48).

4.4. CONCLUSIONES

Los antineoliberales constituyen un ejemplo de la tendencia reformista que se ha dado, frente a la revolucionaria, desde finales del XIX, en la clase obrera y en intelectuales de izquierda y marxistas. Como todo reformismo, tiene un componente positivo: muestra el capitalismo como un sistema caótico, plagado de crisis, e injusto; respecto a su fase actual, desvela las convulsiones económicas y las desigualdades e injusticias crecientes de la globalización; denuncia asimismo los casos más concretos y flagrantes de las injusticias sociales actuales; muestra la falsedad de la tesis ortodoxa de la globalización; denuncia las políticas neoliberales como una agresión, directa e indirecta, a la clase obrera y a las clases humildes en general; hace algunas propuestas parciales que se han de defender, por cuanto pueden aliviar el sufrimiento de determinadas personas.

Sin embargo es una teoría con muy claras limitaciones, las propias del reformismo: no permite un conocimiento real de las causas del actual estado de cosas del capitalismo; insiste en creer que la culpa de la inestabilidad y la injusticia de una etapa histórica como la actual- como ya en el período de entreguerras- no es fruto del capitalismo, en general, sino de un determinado tipo de capitalismo, en este caso el neoliberal, desregulador, privatizador, y sobre todo financiero, el cual a su vez sería el fruto de determinadas artimañas político-ideológicas; sus propuestas prácticas son o bien ineficaces o bien parciales, como hemos visto; sus propuesta parciales son siempre en consecuencia, incluso cuando son radicales, posibilistas, esto es, asumibles por el





sistema, al que solo pretende curar, no erradicar; se contenta con reformar el capitalismo, no considerando en absoluto necesario su abolición; no se atreve en definitiva a plantear una posición revolucionaria que aborde la maldad del sistema en su conjunto y proponga una solución global y real para los millones de personas que sufren bajo el capitalismo.

Este reformismo se hace por lo demás muy evidente en algunas contraposiciones abstractas, en el espíritu de Proudhon, que los antineoliberales establecen en su análisis de la globalización. Son en concreto cuatro distinciones entre el lado bueno y el lado malo del capitalismo. En primer lugar establecen una distinción, esencial, tajante, entre el capitalismo, como algo prácticamente neutro, y neoliberalismo, como algo malo, diferente al capitalismo. Así lo entienden intelectuales como Eric Toussaint, Alberto Garzón, Pierre Bordieu, Ignacio Ramonet, Bernard Cassen o Susan George- aunque ésta ataca directamente al capitalismo, luego busca el mal profundo en la globalización, como si fuera algo diferente-, quienes no suelen mencionar en sus críticas el término “capitalismo”, sino los de “globalización” o “neoliberalismo” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, pp. 18 y 19). Sin embargo, el neoliberalismo, al margen de sus diferencias como fase distinta, es sin embargo una forma de capitalismo, tan capitalista como las anteriores, que descansa sobre la separación entre poseedores de los medios de producción y los obreros, que se rige por la tensión por la acumulación y la competencia por obtener más beneficios, y que genera una clara diferencia de clases: la diferencia final flagrantes entre ricos y pobres. Tampoco entienden que la actual globalización, como momento especialmente cruel, es la consecuencia lógica de la dinámica progresivamente perversa y destructiva del capitalismo, como trataremos de mostrar a continuación.

En segundo lugar distinguen un modelo de política capitalista bueno, el keynesiano, y otro malo, el monetarista y de austeridad. Sin duda la austeridad es más dañina para la clase obrera, pero ninguna de las dos estrategias logra enderezar el capitalismo y suprimir sus crisis. Ambas, como hemos visto en los últimos años, han ido acompañadas del aumento de la explotación de la clase obrera, y ambas comparten una misma estrategia de reactivación económica fallida: la producción inducida. Sin duda la clase obrera se ha de defender contra un ataque directo como son las políticas neoliberales restrictivas y las desregulaciones laborales, pero no debe perder de vista que, dentro del capitalismo, en la fase actual de crisis, las recetas keynesianas son una estrategia más del capital, tan ineficaz como la neoliberal.

En tercer lugar diferencian entre un sector capitalista bueno, el productivo, y otro malo, el financiero- una diferencia ya presente en clásicos reformistas como Keynes, o incluso en el economista liberal Hobson, y también en quienes sostienen la tasa Tobin como panacea, y que de hecho hasta el mismo Sarkozy defendió de alguna manera en la cumbre del G8, en enero de 2008: Lehman and Brothers serían unos canallas, pero los dueños de General Motors serían respetables, porque crean bienes sociales-. Así lo expresa A. Garzón: “La crisis que estamos viviendo es, por tanto, una consecuencia inevitable de este proceso de conversión de la economía capitalista en un gran casino financiero que convierten la inversión en papel y en capital puramente ficticio (si es que a eso se le puede considerar inversión) en el uso más rentable del capital. Los bancos y los grandes fondos de inversión se han convertido en una maquinaria de creación constante de deuda a través de la titulización y de los sofisticados procedimientos de la ingeniería financiera que llevan a cabo para encontrar continuamente nuevas fuentes de beneficio. Pero todo ello lo llevan a cabo al margen de la actividad productiva, de modo que ésta no puede sino debilitarse de forma continuada y terminar exhausta ante la falta de capital o de demanda real suficiente” (VV.AA., *Hay*

alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España, p. 35). Sin embargo, como hemos visto, capital productivo y financiero están hoy en día perfectamente entrelazados, hasta el punto de que muchas empresas productivas obtienen gran parte de sus beneficios a través de la especulación.

Distinguen por último entre un capital privado malo y un Estado capitalista bueno- idea tradicional de la socialdemócrata, reforzada por la creencia de que la intervención estatal permitió los años buenos del capitalismo, o de que la URSS, pese a sus cosas negativas, tenía un aspecto positivo gracias a la participación estatal-. Sin embargo el Estado, como hemos dicho arriba, y como muestra la simple experiencia, está hoy en día más unido que nunca al capital privado, a cuyo rescate sale con uñas y dientes.

5. LA TESIS DE LA CRISIS: UN PLANTEAMIENTO DESDE EL MARXISMO REVOLUCIONARIO.

5.1. LA TESIS MARXISTA DE LA TENDENCIA AL DESCENSO DE LAS TASA DE BENEFICIO.

En los inicios de los años 70 se produce un cambio en el sistema capitalista, un “*downturn*” o declive económico, enormemente duradero, que llega hasta nuestros días, como postula el economista marxista americano Robert Brenner, en su obra *The economics of the global turbulence*. Tal declive consiste básicamente en un descenso de la tasa de beneficio de las empresas capitalistas, en cada país y a nivel mundial, la consiguiente disminución de la inversión, la disminución de la productividad, una parálisis de la producción, y un aumento del desempleo (Brenner, R., “Reply to critics”, *Comparative studies of South Asia, Africa and the Middel East*, Vol. XIX, nº 2, p. 1).

Esta tesis hemos de enmarcarla en la teoría marxista de la crisis, presente en autores contemporáneos como Paul Mattick y sobre todo en la escuela marxista-trotskista británica del *International Socialism* y sus teóricos más importantes al respecto: Chris Harman, Alex Callinicos y John Rees. Para Marx el capitalismo tiene una tendencia intrínseca, su gran contradicción, a la caída de la tasa de beneficio. Esta no significa una disminución creciente de los beneficios en términos absolutos, sino de la proporción entre el capital empleado y el beneficio obtenido. Para Marx cada vez el capitalista obtiene menos beneficio por la cantidad de dinero que invierte, y ello se debe a su vez a otra característica básica de la dinámica de acumulación del capitalismo: el aumento constante de la composición orgánica del capital. Es decir, dada la competencia, que obliga a un capitalista, para sobrevivir, a producir más barato, es decir, a aplicar más avances tecnológicos que los demás, cada capitalista, cada empresario, y el capitalismo en general, utiliza progresivamente cada vez más capital constante- maquinarias, edificios, etc.- en proporción al capital variable o trabajadores empleados. Tal circunstancia, aparentemente insignificante, resulta sin embargo especialmente nociva para el capitalismo. Dado que el valor nuevo generado, y por ende el beneficio que obtiene un empresario- la plusvalía-, no surge del capital constante empleado- éste simplemente se reproduce- sino del trabajo de los obreros, que no se paga entero, sino solo parcialmente, entonces, al disminuir el número de obreros empleado, disminuye igualmente la proporción de beneficio. Se trata de una disminución, reiteramos, en términos relativos, no absolutos: un empresario puede seguir ganando mucho dinero, pero necesita invertir mucho más para seguir obteniendo el mismo beneficio de antes. Esta desproporción provoca con todo, para Marx, que en un momento dado la inversión deje de ser rentable para determinados capitalistas, los cuales en consecuencia dejan de invertir. Ello genera desempleo, disminución de la demanda de bienes, superproducción, de nuevo





parálisis de inversión y decrecimiento, y en consecuencia de nuevo desempleo, en un círculo vicioso de recesión que se retroalimenta. De ahí surgen esas dos características típicas de las crisis modernas, profundamente contradictorias, pero perfectamente compatibles en el capitalismo: superproducción o bienes que no se venden, y miseria y pobreza.

Para Marx esta tendencia capitalista tiene sus contratendencias. Se puede contrarrestar aumentando la explotación de los obreros, haciéndolos trabajar más horas o de forma más intensa, o aumentando los mercados para vender más y así seguir ganando lo mismo aunque sea con mucha más producción, o finalmente a través de una producción inducida por crédito barato, estatal o privado. Pero la solución más eficaz, lo que hace salir realmente de la crisis al capitalismo, lo que le permite de nuevo empezar a ser rentable, lo que aumenta la tasa de beneficio, es, paradójicamente, la crisis, en su forma profunda de bancarrota de gran parte del tejido industrial de un Estado. Cuando tal ocurre, se cierran las empresas menos productivas, las más productivas se apoderan de los medios de producción de las otras a bajo precio, se desvaloriza todo el capital existente y bajan los salarios de forma brusca, de modo que con relativamente poco capital se puede empezar de nuevo a producir, y la tasa de beneficios vuelve a ser alta. Sin embargo ninguna de estas contratendencias, ni siquiera la más efectiva, la bancarrota industrial, es definitiva. Es decir, son capaces de frenar o ralentizar la caída de la tasa de beneficio, en los tres primeros casos, o de revertirla incluso, en el caso de la bancarrota, pero la tendencia esencial al capitalismo termina de nuevo por imponerse.

La tesis de Marx se corrobora por la historia del capitalismo. En su fase inicial o clásica, cuando solo existía en unos pocos países, desde 1820 a 1870, el capitalismo funcionaba con crisis regulares, intensas pero poco duraderas, que producían una reestructuración de la producción, una racionalización, y por tanto un nuevo auge económico; podemos poner de ejemplo la crisis del 48. A partir de 1870 se produce una segunda fase, que se ha llamado en la literatura marxista "imperialista". Se inicia con una gran crisis, más duradera, hasta los años 80. Su resolución fue en parte diferente. En EE.UU. y Alemania se siguió el modelo clásico: recesión fuerte, cierre de empresas no productivas y nuevo boom. En Gran Bretaña sin embargo no se siguió este modelo, porque este país encontró una solución sin necesidad de depresión: el colonialismo. Al conquistar gran parte del globo, Gran Bretaña permitió a su exceso de producción, de capital, de dinero, encontrar lugares, como la India, donde invertirlo y así obtener rentabilidad y aumentar la tasa de beneficio. Ello prueba una vez más que el colonialismo no fue una cuestión básicamente política, sino esencialmente económica y capitalista; no solo ofreció materias primas baratas a las empresas inglesas, sino sobre todo una válvula de escape al exceso de capital y una recuperación pacífica de la caída de la tasa de beneficios.

El colonialismo y la rivalidad entre potencias que generó el colonialismo desembocaron en la I Guerra Mundial. Ésta, con la gran destrucción que supuso, funcionó como una gran crisis a lo grande, pues permitió de nuevo una recuperación de la tasa de beneficios, y un aumento de la producción, el empleo, etc.; son los felices años 20. Sin embargo pronto se acabaron estos años alegres, con el crack del 29. Se trató de una crisis bursátil, financiera, cuyo origen estaba sin embargo una vez más en la superproducción generada por la disminución de la tasa de beneficios, en el estancamiento de la producción. Fue una crisis más internacional- afectó a todos los países capitalistas- y también mucho más profunda y duradera que las anteriores. Y no duró más porque, como hemos dicho arriba, encontró la salida en la carrera de armamentos que condujo a la II Guerra, y en la propia II Guerra, otra gran bancarrota o destrucción



de capital. A finales del 39, en plena carrera armamentística, el paro desapareció completamente en EE.UU. y en plena guerra este país alcanzó la mayor acumulación económica. Es resumen, la solución del período de crisis que afectó Europa desde el año 1870 solo se pudo resolver por el reparto imperial del mundo y por dos guerras entre las potencias, que algunos han considerado, dada la continuidad, y la continuidad de las cusas, la guerra de los “30 años” del siglo XX, que asolaron Europa desde el Canal de la Mancha hasta el Volga, y que dejaron unos 50 millones de muertos (Harman, Ch., *Analysing imperialism*, ibídem, p. 3).

La gran bancarrota que supuso la II Guerra permitió una recuperación tremenda de la tasa de beneficio, lo que generó un boom económico enorme: los llamados años dorados del capitalismo. El más beneficiado fue lógicamente EE.UU., el país que no había sufrido una destrucción directa de capital, que así tenía la posibilidad de rentabilizarlo en las zonas asoladas, fruto de lo cual fue el “Plan Marshall”, que a su vez permitió el desarrollo galopante de las dos potencias derrotadas: Japón y Alemania. El auge facilitó a su vez el desarrollo de políticas sociales, el llamado Estado de bienestar, el cual tiene cuatro orígenes; el interés y la necesidad del capitalismo, de su nivel productivo, de una mano de obra preparada, mínimamente sana, y con cierta garantía de tener cubiertas o protegidas las situaciones de riesgo de la vida: la vejez, las enfermedades, el paro, lo cual aumenta la productividad; la lucha de clases y las conquistas político-sindicales; el contraejemplo del bloque del Este; por último, el auge económico, sin lo cual todo lo anterior no habría servido de nada. La URSS por su parte conoce un gran desarrollo, pasando por una fase típica de acumulación capitalista. Partiendo de un sistema casi feudal, de un gran subdesarrollo, experimenta un desarrollo enorme gracias precisamente a su gran potencialidad que le ofrece su situación inicial, a la planificación, y sobre todo a la explotación de la clase obrera, que lleva a cabo través de la violencia directa- expropiación de todos los pequeños campesinos a finales de los 20- y el terror. A ello se ha de añadir la posibilidad de expansión y de inversión que le permitió la anexión de la Europa del Este tras la II Guerra. Todo ello junto le permitió alcanzar en tan solo veinte años una acumulación capitalista similar a aquélla para la que Inglaterra había necesitado dos siglos.

El boom es lógico. Lo que plantea problemas teóricos es por qué el mismo duró tanto, desde el 45 hasta el 73. ¿Cómo se explica desde la economía marxista este período de auge económico y estabilidad, cuando poco antes se estaba anunciando el fin del capitalismo? Sólo se puede explicar, desde el marxismo, desde la postulación de uno o varios factores que hayan podido contrarrestar la tendencia al descenso de la tasa de rentabilidad. Eso a su vez fue posible, y en ello seguimos tanto a Paul Mattick como a C. Harman, gracias a que las grandes empresas decidieran frenar el proceso de desarrollo tecnológico que estaba en el origen de la crisis. Lo hicieron porque la alta tasa de rentabilidad durante estas décadas así se lo permitía, al no ser tan alta la competitividad, pues pocos eran los países entonces realmente desarrollados, y al sustraer los Estados parte de la plusvalía, que de otra manera habría buscado inversión directa y habría hecho descender más rápidamente la tasa de beneficios, hacia otros fines no productivos, los cuales por otra parte no suponían una modificación sustancial de la composición orgánica del capital. Los capitalistas a su vez toleraban esta transferencia de plusvalía de los Estados, pues veían que la tasa de plusvalía seguía siendo aceptable y que a su vez era mayor la estabilidad social.

Dentro de esta tesis general el grupo de *International Socialism*, a partir de M. Kidron, ha destacado en solitario el papel “positivo” y de estabilidad jugado por una rama de la producción concreta, el armamento, hasta el punto de que estos autores hablan de una



“economía permanente de armas” durante estos años. En efecto la producción armamentística no presenta en principio ningún efecto negativo sobre la economía capitalista; no se trata ni de productos que compitan con las empresas privadas, algo que podría generar una bajada de precios y por ende de beneficios, ni tampoco consiste en medios de producción que pudieran aumentar la proporción de capital constante frente al capital variable en la composición orgánica del capital, bajando así la tasa de beneficio. Son por el contrario productos destinados a la autodestrucción, por tanto completamente “inofensivos”. Una vez más estamos ante la paradoja más cruel del capitalismo, que construye sobre la destrucción, sea la guerra directa sea la fabricación de armamentos.

La política de armamentismo tuvo otra consecuencia. Los dos grandes perdedores de la guerra, al no poder invertir en armamento por imposición de los vencedores, pudieron dedicar toda su producción y crecimiento a la economía productiva, lo que les llevó a desarrollar una industria moderna con los mayores avances tecnológicos, reestructurada, y mucho más competitiva que la americana. Este crecimiento se vio a su vez favorecido por el sistema monetario internacional, el *Bretton Woods*, que tenía como moneda de referencia el dólar, lo cual aumentaba la competitividad comercial de Alemania y Japón frente a EE.UU.. El armamentismo norteamericano les supuso una segunda ventaja: les beneficiaba al favorecer el descenso de la tasa de beneficio a nivel internacional. El más desfavorecido a la larga de toda esta situación, en el bando occidental, fue precisamente los EE.UU., pues este país desarrolló una economía menos productiva, al desviar parte de su capital hacia el armamentismo no productivo. Por ello estaba destinado a ser afectado más por la inevitable crisis siguiente.

El armamentismo pudo limitar la tendencia de la caída de la tasa de beneficio, pero no eliminarla, y a principios de los 70 la crisis volvió a estallar. Ahora bien, esta crisis ha tenido una diferencia peculiar frente las anteriores, que explicaría su larga duración, ese gran declive, en el que se ha arrastrado la economía durante casi 40 años hasta nuestros días. El capitalismo no ha vivido la gran contratendencia, el mecanismo básico que le ayuda a recuperarse, pese a lo absurdo y cruel de su naturaleza: la quiebra de gran parte de su sistema productivo: “Ha sido históricamente, por medio de la crisis, como el capitalismo ha restaurado la tasa de beneficio y ha establecido las condiciones necesarias para una acumulación de capital más dinámica. Durante el período de la posguerra, las crisis han sido evitadas, pero el coste ha sido la incapacidad de revitalizar el rendimiento, lo que ha conducido a empeorar el estancamiento. La crisis actual se debe a un efecto de choque que nunca ocurrió” (Brenner, R. “A marxist explanation of the current economic crisis”, *International Journal of socialist renewal*, <http://links.org.au/node/957>, p. 4). Ello ha sido a su vez porque los gobiernos han intervenido salvando a las empresas, sobre todo a los bancos, e incluso a Estados enteros. No lo hacen por caridad- a los Estados les interesa el capital en su conjunto, no una empresa o un Estado en concreto- sino porque el tamaño del capitalismo es tal hoy en día, así como su internacionalización e interconexión, que la bancarrota de una transnacional puede provocar la ruina del sistema. De hecho, tras dejar hundirse a Lehmans and Brothers, rompiendo una política de más de 30 años, hubo tal pánico entre los multimillonarios inversores, que el gobierno americano ya no se atrevió a volver hacerlo.

5.2. VENTAJAS DE LA TESIS MARXISTA

Nuestra tesis en definitiva es que la llamada globalización es sobre todo el fruto de un largo declive económico- que se inicia a principios de los setenta y que tiene su origen en la tendencia a la caída de la tasa de beneficios-, y que el mismo nunca ha vivido una

gran reactivación fruto de una bancarrota, puramente económica o provocada por una guerra mundial. Esta tesis tiene a nuestro juicio las siguientes ventajas:

1. Se corresponde con los hechos. Una gran parte de estudios empíricos reconocen que los datos económicos sobre tasa de beneficio, producción, productividad, empleo, etc., han tenido una tendencia al descenso desde los años 70, en los grandes países desarrollados. Han conocido repuntes, pero nunca por encima de los datos de los años 70, y siempre por debajo de los años 50 y 60. Así Robert Brenner muestra que las tasas de beneficios de la industria norteamericana cayeron desde un 24,8% en los años 1949-1969 hasta el 13% durante los años 1980-1990. Algunas de las pérdidas se recuperaron en la década 1991-2000, momento en que dicha tasa se elevó hasta un 17,7%, antes de volver a caer hasta un 14,4% en el período 2000-2005. Fuera de los EE.UU., las tasas de beneficio de la industria japonesa se han reducido a menos de la mitad entre los años sesenta y los noventa, mientras en Alemania han caído un 75%. La caída de las tasas de beneficios se ha visto acompañada de la reducción en el crecimiento de las inversiones fijas: en Estados Unidos cayeron de un 4% al año en los sesenta y setenta a un 3,1% en los años noventa y a un 2,1% en el período 2000-2006. En Japón, en el mismo período, cayeron de un 10% a un 2,8%, y en Alemania de alrededor de un 7% a un 1,6%. (Harman, Ch., "La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas", en *En lucha. Anticapitalismo y revolución*, abril del 2009, p. 25).

Es interesante por otro lado comparar las tasas de inversión en producción con las de las dedicadas a las finanzas. En los Estados Unidos, la proporción de inversiones que se destina a las finanzas, en oposición a las que se dedican a la producción, creció de un 12% a mitad de los años setenta a un 25% en los noventa. En Gran Bretaña, el sector financiero creció de aproximadamente un 7% del PIB en 1975 a más o menos un 25% en el año 2000. Por aquel entonces significaba el 18% del empleo total. Las inversiones en el sector financiero y en los servicios empresariales eran en este país menos de la mitad que las de la industria en 1975; a partir de 1990, eran cuatro veces más elevadas (Harman, Ch., "La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas", *ibídem*, p. 25). Pues bien, tales datos son los que en definitiva permitieron a los autores que sostienen esta tesis- Robert Brenner, Ch. Harman, y Alex Callinicos- el predecir con antelación tanto el estallido de la burbuja financiera del 2001, como el de la inmobiliaria y crediticia en 2007.

2. Explica la profundidad de la crisis que estamos viviendo hoy en día. Estamos ante una recesión solo comparable a la de los años 30, lo cual indica que la misma solo puede responder a causas económicas profundas, y no a un simple problema de desajustes o excesos financieros, burbujas o fraudes. Frente a la tesis de los antineoliberales, los excesos financieros no serían la causa, sino la consecuencia de la crisis, aunque luego la retroalimenten dialécticamente. La causa profunda no es otra que es la falta de rendimiento de las empresas o la caída de la tasa de beneficio.

3. Da cuenta de todos los rasgos que hemos analizado como constitutivos de nuestra época, aportados por las diversas teorías que hemos analizado: globalización ortodoxa, neoimperialismo y antineoliberalismo. El aumento imparable de la concentración, monopolios, transnacionales, en suma, en los países ricos y emergentes, responde a la necesidad de racionalizar lo máximo posible la producción, mejorando las aplicaciones tecnológicas y la consiguiente productividad, al tiempo que tratando de frenar el aumento de la composición orgánica del capital. La enorme internacionalización e integración del capitalismo comercial, en los países ricos y emergentes, es la consecuencia de la búsqueda de nuevos mercados, de exportación e inversión, donde colocar





el capital acumulado y poco rentable, tratando de compensar así la pérdida de beneficios productivos. La financiarización de la economía, facilitada por las políticas de desregularización, es la búsqueda de nuevos negocios, no directamente productivos, pero muy lucrativos, de atajos económicos, en definitiva, cuando la economía productiva no reporta demasiados beneficios. La poca rentabilidad de ésta lleva además a asumir grandes riesgos, con la especulación financiera, inmobiliaria y crediticia, a lo que se añade el aumento de la corrupción y el fraude, y el trasvase entre cargos políticos y puestos empresariales; no se trata en estos casos de la perversa naturaleza humana, sino de comportamientos perversos generados por una economía perversa, que genera tales tipos de individuos. Hayden y Callinicos, entre otros, tienen por ello razón cuando afirman que la financiarización del capitalismo, la preponderancia del capital financiero sobre el productivo, es una prueba clara de que el capitalismo está en crisis.

La tesis da sentido asimismo la oleada de neoimperialismo en las últimas décadas, y sus secuelas- el incremento de las guerras locales, la creciente explotación económica y político-militar del Tercer Mundo- como mecanismos para obtener ganancias complementarias que compensen la reducción de beneficios de los negocios habituales, al tiempo que aseguren- algo mucho más necesario en tiempos de crisis- el acceso a ciertos recursos básicos como el petróleo. Explica asimismo las limitaciones de la actual hegemonía americana y el aumento de rifirrafes y tensiones entre las potencias actuales, pues la competencia internacional se acrecienta lógicamente cuando los beneficios productivos de cada trust nacional ya no son tan evidentes. Da cuenta incluso de esa estrategia de agresividad unilateral que ha adoptado los EE.UU. en determinados momentos, que revela, en su radicalidad, más la debilidad que la fortaleza de dicho país. I. Wallenstein lo dice claramente: “El imperialismo contemporáneo es más fruto de la debilidad de EE.UU. que de su fuerza” Cox, J, *Imperialism: just a phase we are going through?*, ibídem, p. 3).

Da cuenta por último del contenido de verdad de la tesis del antineoliberalismo, es decir, de esa avalancha de medidas político-económicas de austeridad que han condenado al hambre y la miseria a grandes partes de las poblaciones más pobres del globo, y han erosionado, y en muchos casos destruido, las conquistas sociales del llamado Estado de bienestar: desregulación laboral, la sobreexplotación del trabajo emigrante y los subcontratados a través de las ETTs- pagando sueldos por debajo de su valor como mercancía-, aumento de edad de jubilación, privatizaciones de empresas y servicios públicos, reducción de salarios, aumento de la jornada laboral, erosión de servicios sociales gratuitos, amenazas a las pensiones públicas, reducción de subsidios a parados y necesitados, ataques a las organizaciones sindicales, aumento del autoritarismo empresarial, privatizaciones de bienes estatales, y un largo etcétera, amén de políticas monetaristas, de austeridad fiscal y monetaria, que ralentizan la economía y con ello la capacidad de reivindicación de los obreros. Son mecanismos para compensar la caída de la rentabilidad, aumentando los beneficios de los capitalistas a costa de los obreros, de forma tanto indirecta como directa.

Recogemos aquí literalmente un texto de Chris Harman muy ilustrativo a este respecto: “Cada recorte salarial, cada incremento en la productividad, cada desplazamiento en las operaciones desde zonas de alto salario a zonas de bajo salario, cada debilitamiento de la organización sindical, sirve para incrementar la tasa de explotación y para poner más plusvalía a disposición de los capitales individuales. De ahí la tendencia hacia una intensificación de la batalla del capital contra el trabajador. De ahí también la tendencia hacia la emigración de industrias que requieren una mano de obra abundante a partes del tercer mundo, y la tendencia paralela



a un cierto resurgir del trabajo mal pagado en todas las partes del mundo: en período de crisis, el capital ha intentado siempre resolver sus problemas pagando la fuerza de trabajo por menos de su valor” (Harman, Ch., *Explaining the crisis*, ibídem, p. 119).

Recogemos otro texto del mismo autor que sostiene esta misma tesis de forma más detallada: “Estos cambios no se debieron, como Bourdieu parece implicar, simplemente por las intrigas propagandísticas de los apóstoles del neoliberalismo. Más bien reflejaron los intentos desesperados de varios grupos (dirigentes de las grandes multinacionales, políticos tanto del Primer como del Tercer Mundo, e intelectuales) que presidían y se beneficiaban de la marcha de la economía en el período previo, para imponer sus intereses al resto de la sociedad, en un momento de crisis sucesivas. Por lo general ello supuso un énfasis en el incremento de la penetración de los mercados extranjeros y, a un ritmo más lento, el comienzo de una organización de la producción en fronteras internacionales, aunque no siempre... Nuevos beneficios solo podían ser obtenidos acudiendo a fuentes de beneficios que hasta entonces no habían sido ensayadas. Una de estas fuentes consiste en las industrias y servicios construidos por el Estado en el pasado, porque el capital privado no había podido extraerle rendimiento... Otra fuente consiste en arrebatar los recursos de las economías de los países más débiles del mundo, apoyándose en el poder de los Estados más poderosos, especialmente de EE.UU., para conseguirlo en el transcurso del comercio y de la negociación de la deuda. Finalmente, beneficios posteriores a los impuestos podían ser obtenidos desplazando la carga de la imposición, desde los beneficios, a los salarios y bienes de consumo” (Harman, Ch., *Anti-capitalism: theory and practice*, ibídem, p. 36).

4. La tesis marxista explica sobre todo la dinámica de este declive de 40 años que todavía estamos viviendo. En principio, para una mirada superficial, este largo de período podría considerarse similar a aquel otro del capitalismo clásico, de 1820 a 1870; ambos se habrían caracterizado por un ciclo continuo, sucesivo, de booms económicos, seguidos de recesiones, de forma ininterrumpida. Sin embargo el período actual presenta una diferencia básica: en él los booms han sido progresivamente más endeble y menos duraderos, y las recesiones más largas y profundas. Eso a su vez responde a una diferencia esencial ya reseñada. Mientras en los ciclos del XIX las recesiones suponían una bancarrota industrial que generaba un auge real, con recuperación de la tasa de beneficio y crecimiento estable, las recesiones del período de la globalización se han solucionado artificialmente, a través de una producción inducida. Ésta ha consistido por un lado en el aumento de la explotación de los trabajadores y en el aumento de la agresión imperial, con la presión monetaria, arancelaria o político-militar, sobre otros Estados, tanto débiles como fuertes- lo cual explica también la alternancia geográfica de la crisis, el hecho de que nunca se haya dado durante estos años un crecimiento general estable, sino que el auge puntual de algunos países se haya dado a expensas de otros-. Pero sobre todo el gran mecanismo de producción inducida han sido las inyecciones de capital a las empresas, las cuales han sido de tres tipos: inversiones directas del capital financiero ocioso, inversiones indirectas del mismo a través del endeudamiento de los Estados y de las familias e inversiones indirectas de dicho capital a través de la espiral especulativa. Por eso las recesiones, sobre todo las más recientes, han retornado más rápidamente, y han sido más profundas, pues unían a la anterior todavía no resuelta, las consecuencias del boom artificial: endeudamiento público y privado, y empresas poco rentables con enorme superproducción. Ch. Harman ha denominado este círculo vicioso de crisis ascendente de los últimos 40 años como “capitalismo zombi”, y lo ha descrito de forma muy gráfica con la metáfora de la droga: “Actúa- el boom artificial- como una droga, dando energía,

creando euforia, con una resaca posterior que solo se supera con más dosis, hasta que el metabolismo está envenenado” (Harman, Ch., *The zombie capitalism*, ibídem, p. 280).

Hagamos un resumen de los ciclos de boom y recesión que han marcado el período que hemos llamado de globalización, y que a nuestro juicio confirma esta tesis; nos basamos para ello en los datos aportados básicamente por Ch. Harman y Robert Brenner. Los años 70 conocen dos crisis, la del 73 y la del 77/78. El keynesianismo, como hemos dicho, solo genera estanflación. Carter, con su consejero Volcker, aplica en el 79 medidas de austeridad, que generan un pequeño boom, que se desploma sin embargo en la recesión del 82, año en que EE.UU. pierde medio millón de puestos de trabajo; algo similar le ocurre a Gran Bretaña. Se produce además la crisis de la deuda de los países latinoamericanos y de otros del Tercer Mundo, como Nigeria. En el 83 comienza una recuperación norteamericana, pero ya no basada en la austeridad, sino gracias al gasto estatal en armamentismo- la guerra de las galaxias- y la desregulación fiscal- la aplicación de un keynesianismo de ricos-, y una inyección de capital financiero en la economía productiva, estimulada con políticas públicas. El gobierno norteamericano financia sus gastos con emisión de bonos y obligaciones, lo cual empuja a los bancos y empresas también a financiarse con acciones. Los préstamos los paga el Estado con nuevas emisiones. Se forma en definitiva una burbuja financiera en EE.UU. que favorece a su vez a las economías europea y japonesa. Para superar una leve recesión en el 85 empieza, se aplican de nuevo medidas de estímulo, en este caso imponiendo “El Acuerdo de Plaza” para devaluar el dólar y reactivar la economía americana. Los países latinoamericanos se llenan de dólares y viven una inflación terrible.

Todo ello desemboca en el 87 en el primer gran crack bursátil de la “globalización”, que supone además la quiebra de empresas importantes y la primera gran operación de rescate estatal, la de las cajas de ahorro norteamericanas en el 88. La crisis afecta también a Europa, salvo Alemania y Japón, que se mantienen fuertes. La recesión se prolonga hasta el 89, año en que además se produce la crisis financiera e inmobiliaria de Japón. Hacia finales de dicha década cae asimismo el Bloque del Este, derrumbe propiciado por la crisis general del capitalismo- desde mediados de los 50 el bloque del Este no pudo estar al nivel de las innovaciones tecnológicas de occidente, y por eso su productividad era escasa- agravada a su vez por la ineficacia tradicional de su sistema burocrático. Al mismo tiempo, algunos de esos Estados, como Polonia, o Hungría, se habían endeudado con países occidentales y la recesión de éstos les dificultó el pago de la deuda y les agravó su situación económica.

Hacia el 1993 se produce un boom en EE.UU., el primero con cierta recuperación de la tasa de beneficio desde los 70. Tiene tres causas básicas: la reestructuración industrial que se había dado sobre todo en los inicio de los 80, una moneda barata, como consecuencia de “El Acuerdo de Plaza”- el dólar cayó entre un 40 y un 60% en relación al yen y al marco-, que favorece la exportación, y sobre todo un aumento tremendo de la explotación de la clase obrera norteamericana, que sufrió, entre otras cosas, un incremento considerable de la jornada laboral (Harman, Ch., “Beyond the boom”, *International Socialist Journal*, nº 91, 2001, pubs.socialistreviewindex.org.uk/.../harman.htm). Asimismo EE.UU. elimina casi por completo su deuda externa, gracias a la aplicación de nuevo de medidas restrictivas por parte de Clinton.

Este auge americano tiene como reverso el estancamiento europeo, incluida Alemania, y de Japón, durante toda la primera mitad de los 90. En Europa Occidental, a los efectos del enfriamiento de la economía provocada por la política monetaria de los EE.UU., se añadieron las consecuencias de una política también restrictiva, deficitaria, con tipos de interés altos y un marco fuerte,





que Alemania siguió para evitar la inflación y el aumento de los salarios, y para forzar una reestructuración de las empresas, tras el enorme endeudamiento público que le supuso la reunificación. Ello afectó a los países del entorno más débiles, especialmente Italia e Inglaterra, que se vieron obligados, sometidos a una fuerte especulación, a retirar sus monedas del sistema monetario europeo, para así poder devaluarlas y evitar una recesión peor; es la crisis monetaria del 91/92, a la que se sumó Francia en el 93. El 92 conoce igualmente la crisis financiera de Suecia.

El auge norteamericano tiene también su contraste en la recesión de otras economías. El 95 trae consigo la crisis financiera de México y el 97, el derrumbe del llamado milagro de los “Tigres Asiáticos”- Taiwán, Honkong, Singapur, Corea del Sur, Tailandia, Filipinas, Indonesia y Malasia,- el cual culmina con una crisis generalizada no sólo de los países asiáticos del entorno, sino también de otras economías “emergentes”. Japón fue el país más afectado, ya que unía a su crisis interna la pérdida de muchas inversiones en los Tigres Asiáticos. Rusia, que se mantenía gracias a los altos precios del petróleo y a las inversiones de capital financiero externo a corto plazo, cayó por la bajada de los precios de los bienes el petróleo y por la huida de capitales; el FMI no intervino al rescate. Lo peor fue para Latinoamérica, y sobre todo Brasil, que vivió una huida de dólares hacia lugar seguro, EE.UU. y Europa, pese a la subida de los tipos de interés que adoptó el gobierno y que abocó a su economía a la recesión (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 10).

Pero la economía norteamericana, pese a su recuperación entre 90 y 95, no era tan fuerte como parecía, y de hecho nunca llegó a obtener los niveles de producción, productividad, salarios, etc., de los años 45 a 73. Por ello, contra las expectativas de muchos economistas ortodoxos, quienes veían incluso en el colapso asiático una prueba de la superioridad del capitalismo puro americano frente a un capitalismo demasiado estatalizado- el asiático, que poco antes habían elogiado como modelo a seguir- la crisis de los Tigres alcanzó también a los EE.UU. (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, p. 9). En septiembre de 1998, el *hedge fund Long Term Capital Management* (los directores del cual incluían a dos ganadores del Premio Nobel de Economía) colapsó. Se acudió de nuevo a rescate y al estímulo fiscal. El Estado norteamericano, personalizado en Alan Greenspan, ignorando la ideología ortodoxa neoliberal, se confabuló con a los banqueros más poderosos del país, en una reunión a medianoche, y redujo las tasas de interés, para prevenir el colapso de más entidades. Entre las corporaciones que aprovecharon para comprar acciones de LTCM por valor de 100 millones de dólares estaba Lehman and Brothers (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, *ibídem*).

La economía norteamericana se salvó de la hecatombe del 98 a través de un boom artificial, de una burbuja básicamente financiera: en el 97 se puso seis veces más dinero en acciones y préstamos que en los años del 90 al 95. La burbuja se gestó sobre tres pilares: en primer lugar, una enorme avalancha de capital, japonés y chino, en dólares, fruto del déficit comercial americano, el cual se agudizó con la inversión de “El Acuerdo de Plaza”, en el 95, por el que se revalorizó el dólar- el yen se cotizó a 79 por dólar, cuando en el 85 estaba a 245-; en segundo lugar las desregulaciones de Clinton, la de las telecomunicaciones en el 96, y la financiera, en el 98, que permitió la fusión de entidades financieras de diverso tipo; en tercer lugar, las políticas de estímulo introducidas por Greenspan, con unos tipos de interés a corto plazo muy bajos y una desregulación de la política de fondos de los bancos: “(Greenspan) no sólo recortó de forma tremenda los tipos de interés a corto plazo, permitiendo a los bancos proseguir con su modelo hartamente rentable



de tomar prestado a corto plazo y barato y de prestar a largo plazo y caro. Permitted asimismo a los bancos, contraviniendo con ello las normas gubernamentales, retener enormes cantidades de bonos a largo plazo- los cuales se apreciaron enormemente al bajar los tipos de interés a largo plazo- sin la necesidad de guardar fondos para cubrir los riesgos” (Brenner, R., “New boom or new bubble?”, *ibídem*, p. 75).

Las inversiones del capital financiero ocioso se dirigieron básicamente a las nuevas empresas de telecomunicaciones, las *e-business* o empresas de internet, y otras asociadas, como las empresas de fibra óptica, etc., que vinieron así a desempeñar el mismo papel que habían jugado las empresas de ferrocarriles en el XIX. Las empresas de telecomunicaciones, en la primavera del 2000, en el momento de más auge, tenían un 15% de todas las inversiones bursátiles. Entre el 96 y el 2000 pidieron prestados a los bancos 800 billones de dólares y 450 en bonos. Esto hace subir su precio, y genera un círculo vicioso, por el que las empresas piden más dinero prestado y más financiación y aumentan sus inversiones. Se habla de un “nuevo paradigma”. De esta manera estas empresas, que ya no eran demasiado rentables, se ven abocadas a una superproducción tremenda. Así, la tasa de utilización de las líneas de telecomunicaciones era a principios de 2000 de un 2.5 o 3%, y el de cable submarino de un 13%. En consecuencia la tasa de beneficio de estas empresas se redujo, entre el 97 y el 2000, en un 5%, partiendo de una tasa ya previamente baja. Todo ello genera en última instancia una mayor disminución de la tasa de beneficio para el conjunto de la economía: “Aumentó la productividad, pero ello no pudo conducir a un aumento de los beneficios porque era fruto de la misma sobreinversión, que al mismo tiempo estaba creando sobrecapacidad y sobreproducción... Entre 1997 y el 2000, cuando el boom alcanzó su pico, la tasa de beneficio del sector no financiero había descendido, en términos generales, un quinto” (Brenner, R. “Towards the precipice: Robert Brenner on the crisis of the US economy”, *International Socialism Journal*, noviembre de 2004, p. 9).

La burbuja financiera se vio asimismo acompañada por el fenómeno galopante de la especulación. Proliferaron los productos derivados, muchos de alto riesgo, y los agentes financieros, algunos también de muy alto riesgo, como los *hedge funds*. Todo ello aumentó a su vez, dialécticamente, la burbuja financiera, haciendo subir el precio de las acciones muy por encima del valor real. Se producen asimismo enormes fortunas con el cálculo especulativo. Muchos capitalistas y ejecutivos vendieron, a mitad del año 2000, 18 billones de dólares en acciones, justo cuando su precio estaba en el momento álgido, obteniendo con ello beneficios multimillonarios. Se recrudece en tercer lugar el fenómeno de la corrupción, legal e ilegal. La desregulación financiera del 98, por ejemplo, estuvo facilitada por las grandes contribuciones de muchas empresas a la campaña electoral de Clinton. Los expertos intermediarios, por ejemplo el grupo inversor Salomon, del Citygroup, amasan grandes fortunas gracias a las bonificaciones recibidas por parte de empresas agradecidas que han visto subir el precio de sus acciones gracias a las gestiones de aquéllos. Los ejecutivos de las grandes empresas se cubren las espaldas, con productos de protección, o con *stock options* y compensaciones; del 95 al 97 éstos cuaduplican sus *stock options*, pasando de 26.5 billones a 110 billones de dólares.

Se produce en cuarto lugar el fraude y la manipulación del mercado. Muchas empresas hacen subir artificialmente sus acciones, comprándolas ellas mismas, para ocultar el estado real de las empresas y mantener artificialmente su alta cotización. Muchos managers de fondos, pese a saber de la debilidad de las acciones, las siguen comprando a precio elevado, por el efecto contagio que reza: no debemos quedarnos fuera de juego, en caso de que las



acciones sigan subiendo, y en caso de que bajen, no habremos sido los únicos en equivocarnos. Otras empresas falsifican sus estados de cuentas, según el principio de la contabilidad creativa. Por ejemplo contabilizan como gastos en capital lo que son gastos corrientes, para producción e inversión. Mencionemos un caso concreto: dos compañías de telecomunicaciones, *Global Crossing* y *Qwest*, inflaron sus libros de cuentas en el año 2001 en un billón, al menos, de dólares. Wall Street por su parte participó en estos fraudes, anotando como beneficios reales productivos de las empresas lo que eran beneficios por las acciones.

La economía real reaparece pronto. El boom o burbuja solo dura dos años y estalla en el 2001, poco antes del atentado de las Torres Gemelas. Se produce las revelaciones de las pérdidas de las empresas y la bancarrota de muchas, como la energética Enron o Worldcom. Se descubre que una empresa puntera como ésta última no había obtenido ningún beneficio en 2000 y 2001, y probablemente tampoco en el 98 y 99. Ello genera la crisis financiera: bajada generalizada del valor de las acciones, su venta masiva- lo cual a su vez hacer disminuir su precio-, y la búsqueda del refugio “dinero”, como hace el capital siempre en épocas de crisis y como ya ocurriera en el 29: “Mucho antes de Keynes, Marx había subrayado la lógica irracional de este proceso, en el cual la moneda es preferida a las mercancías cuyo valor corporizan: ‘En épocas de crisis, y en que el crédito se reduce o desaparece en absoluto, el dinero se enfrenta de pronto de un modo absoluto a las mercancías como medio único de pago y como la verdadera existencia del valor. De aquí la depreciación general de las mercancías, la dificultad, más aún, la imposibilidad de convertirlas en dinero, es decir, en su propia forma puramente fantástica. Y, en segundo lugar, el dinero-crédito mismo sólo es dinero en la medida en que representa absolutamente al dinero real por el importe de su valor nominal... De aquí las medidas coactivas, el alza del tipo de interés, etc., para asegurar, las condiciones de esta convertibilidad... Una desvalorización del dinero-crédito... haría estremecerse todas las relaciones existentes. Se sacrifica, por tanto, el valor de las mercancías para asegurar la existencia fantástica y sustantiva de este valor en dinero. Como valor-dinero sólo se asegura de un modo general mientras se asegura el dinero. Para asegurar un par de millones de dinero, hay que sacrificar, por tanto, muchos millones de mercancías. Esto es inevitable en la producción capitalista y constituye una de sus bellezas...” (Callinicos, A., “El mundo capitalista ante el abismo. Dossier: Crisis”, *ibídem*, pp. 20 y 21).

La crisis financiera agudiza a su vez la crisis productiva. Se produce en EE.UU., entre la primera mitad del 2000 y la primera del 2001, una reducción de la inversión y de la producción empresarial, nunca antes vista después de la II Guerra Mundial. La tasa de beneficio de la industria norteamericana cae un 42% en relación al pico o momento más alto del 97; el PBI baja del 5% al menos 0.1%, y el déficit fiscal bate a su vez todos los récords. Ello va unido al hecho de que EE.UU. ya se había convertido antes en un país deficitario, cuya deuda estaba sostenida precisamente por las inversiones procedentes de otros países, y cada vez más de China, algo que se mantiene hasta hoy. El estallido de la burbuja aumenta todavía más dicho déficit, y pone en riesgo el sostenimiento de la economía americana por el capital chino. Por último el estallido de la burbuja financiera de EE.UU. afecta a toda Europa, pues ésta depende de las importaciones norteamericanas y de su mercado financiero como lugar de inversión.

En el 2003 la economía norteamericana vive otro boom, tan artificial como el precedente, de producción inducida, la mayor nunca puesta en marcha antes, al menos en los EE.UU.. Se origina sobre tres pilares: una gran inyección de dinero público, de gasto en armamentos, por parte de EE.UU. tras el 11S, la existencia de

mucho dinero líquido en los bancos e inversores que había huido de la bolsa, y de otro mucho que entraba de Europa y China gracias al dólar alto- EE.UU., al tener el dólar muy alto, sigue tirando de la economía mundial-; un nuevo estímulo keynesiano, a través de reducciones de impuestos y de unos tipos de interés bajos, inauditos, al 1.25%, los más bajos desde la II Guerra.

Este boom presenta dos peculiaridades. La primera es el gran endeudamiento de muchos Estados, quienes se ven obligados a recurrir a préstamos, con emisión de bonos, letras u obligaciones, dados los pocos recursos que obtienen vía impuestos, dadas la poca rentabilidad del capital y las bajada de impuestos al mismo, y atraídos también por el bajo tipo de interés. La segunda es que el crédito barato no se ofrece solo a las empresas, sino también y de manera especial a las familias. En EE.UU., y en algunos países europeos, entre ellos España, Irlanda, Gran Bretaña, los bancos prestaron a las familias enormes cantidades de dinero, para la inversión en diferentes bienes y sobre todo en vivienda, lo que genera el gran boom inmobiliario/crediticio, y aumenta el consumo privado, en general, de forma desorbitada. Ello genera fenómenos especulativos, como la refinanciación de las hipotecas, etc., o fraudulentos como los préstamos a familias sin recursos, lo que implicaba para los prestamistas grandes beneficios y grandes riesgos; nos referimos a las sub-prime. Las hipotecas *subprime* “son un tipo de hipotecas que se venían concediendo desde hacía muchos años, pero mientras que en las décadas anteriores no superaban el 9% del total de hipotecas suscritas, en el año 2006 alcanzaron el 20% del mercado (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 42).

El boom inmobiliario/crediticio alimenta a su vez la inversión financiera, con características similares a la de finales de los 90. Vuelvelaespeculaciónbursátil, con productos financieros complejos e imaginativos, al tiempo que muy arriesgados: “Pues bien, como las hipotecas que iban concediendo los bancos estadounidenses eran cada vez más arriesgadas y peligrosas trataron de disimular el peligro que realmente conllevaban. Para ello inventaron unos ‘paquetes’ en donde incluían hipotecas buenas (*prime*) y otras malas (*subprime*) y en donde además empezaron a mezclar activos de diferente tipo: préstamos hipotecarios, préstamos para el consumo de coches, préstamos para estudiantes, etcétera. E incluso inventaron paquetes que contenían otros paquetes en su interior, de modo que al final nadie sabía el producto financiero que en realidad estaba comprando. Y los directores de sucursales bancarias de todo el mundo se los ‘colocaban’ a sus clientes sin que ni siquiera ellos mismos supieran lo que les vendían” (VV.AA., *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, ibídem, pp. 22 y 23). Vuelve el fraude, la “contabilidad creativa”, incluso con implicación de Estados. El vicepresidente de Goldman Sachs, actual presidente del Banco Central Europeo, ofreció un préstamo al Estado griego que, sin embargo, contabilizó como una operación con instrumentos derivados, concretamente con un *swap*. También proliferan de nuevo los agentes financieros, y entre ellos las “Agencias de *rating*”, que avivan la especulación bursátil falsificando al alza el valor de las acciones y camuflando los riesgos de las inversiones.

Recogemos aquí un texto íntegro de A. Garzón que resume perfectamente el proceso dialéctico de boom inmobiliario/crediticio, boom financiero y boom especulativo: “El afán de ganar cada vez más dinero ofreciendo créditos por doquier llevó a los bancos a ofertar las llamadas hipotecas *subprime*, que eran las que destinaban a gente poco más riesgo de impago. En Estados Unidos se popularizaron los llamados préstamos NINJA, que corresponden a las iniciales de ‘*No Income, No Job, No Asset*’ (sin ingresos, sin trabajo y sin patrimonio), que eran mucho más arriesgados, pero también más rentables para los bancos por los





tipos más altos que había que pagar por ellas. Pero los bancos ofrecían tantos créditos que empezaban a encontrarse sin liquidez para seguir dándolos y entonces recurrieron a un procedimiento que ya se había utilizado antes aunque no en tan gran medida como se iba a utilizar entonces: la titulización de los activos. Mediante este proceso el banco vende el derecho que lleva consigo el contrato de préstamo, el papel, a una entidad (normalmente un fondo de inversión) denominada ‘vehículo’ (en general creada por los mismos bancos). De esa forma sale papel de su balance y entra liquidez (dinero contante y sonante que ya puede utilizar para seguir dando más créditos) y, además, transfiere el riesgo desde dentro hacia fuera de su balance. Enseguida la entidad vehículo hace lo mismo: emite unos nuevos títulos (los mismos papeles que había comprado a los bancos con otros nombres) que vende a nuevos inversores. En el año 2001 se titulizaban el 46% de dichas hipotecas, mientras que en el año 2006 esta cifra alcanzaba ya un 75%. Los préstamos Alt-A, siguientes en la escala de riesgo y también fuertemente implicados en la crisis, eran titulizados en un 91% de los casos. En total, a lo largo del año 2006 se titulizaron hipotecas subprime Alt-A por valor de 814.300 millones de dólares, y en total (sumando también hipotecas jumbo y prime) se titulizaron hipotecas por valor de 1,938 billones de dólares (Torres López, J., *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, ibídem, p. 46).

Sin embargo, pese a la mayor política keynesiana nunca puesta en marcha en los EE.UU.- el “mayor estímulo económico keynesiano en tiempo de paz”, en términos de R. Brenner (Brenner, R., “A marxist explanation for the current capitalist economic crisis”, ibídem, p. 3)-, éste fue el boom más débil y menos duradero. La gran debilidad de la economía real, productiva, no permitía otra cosa. En cuanto las familias, con la falta de producción, de trabajo, de demanda, por tanto, se vieron incapaces de pagar sus préstamos, toda la burbuja se viene abajo, los precios de las viviendas se desploman, generando una situación de crisis donde a la recesión productiva se le añade el endeudamiento enorme. Las familias no pagan, los bancos no cobran, las entidades vehículo o instrumentos financieros tienen enormes deudas a las que han de hacer frente los bancos. Viene la bancarrota financiera y el cierre de empresas inversoras. En agosto del 2007 estalla la crisis de los *hedge funds*, y en 2008 la quiebra de la empresa de inversiones Lehmans and Brothers, y de otras múltiples empresas. Esta crisis se extiende, en un contexto de internacionalización, a Europa, cuya economía, especialmente la alemana, depende de la importación a EE.UU.. Al mismo tiempo varios países europeos viven una situación similar de burbuja inmobiliaria y crediticia: Irlanda, Gran Bretaña y España. También tienen grandes deudas públicas, las cuales se incrementan sobremanera con la carrera de rescate de bancos que emprenden estos Estados, o de Estados enteros, como el griego. Pero también empiezan a notar la crisis los países más resistentes en principio: India, con estallido de la burbuja inmobiliaria, China, con un enorme endeudamiento, superproducción y burbuja inmobiliaria, a lo que se añade la disminución de las exportaciones por la crisis americana y europea, y Brasil, Corea del Sur, Australia, Nueva Zelanda, etc., pues sus economías dependen mucho de China y sus importaciones.

Quiebran y son rescatadas por los Estados las siguientes entidades financieras americanas y europeas: AIG en USA, HBOS en G. Bretaña, Fortis en Bélgica y Holanda, Hyper Real Estate en Alemania, tres de los grandes bancos irlandeses y los bancos islandeses. El rescate se hace de forma directa, por inyección de liquidez, o incluso nacionalización, para luego reprivatizar más barato, o de forma indirecta, comprando activos de los bancos tóxicos, no a su precio real, sino a su precio de compra. El rescate de los bancos aumenta de forma desorbitada el endeudamiento previo



de los Estados. El problema se agrava porque el capital financiero, para evitar las pérdidas de los años 70, a causa de la inflación, habían condicionado sus préstamos a una prima de riesgo, que encarece los tipos de interés de aquéllos que según las empresas de valoración sean de dudoso retorno. En Europa además el BCE tiene prohibido dar préstamos directos a los Estados. Esta misma entidad, sin embargo, bajo los auspicios de Francia y Alemania, permite la especulación de los bancos privados, que toman prestado a 1%, para luego prestar más caro a los Estados, al 4%. Los bancos rescatados por su parte juegan a transmitir una sensación de riesgo de bancarrota de los Estados, al acaparar los seguros o CDS, lo que hace que suban las primas de riesgo (VV.AA., *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, ibídem, p. 67). Este superendeudamiento se compensa entonces con los recortes a los trabajadores, en salarios y servicios sociales, de forma que son éstos en última instancia quienes pagan las deudas de los bancos. El caso extremo, pero no único, es el griego.

La crisis productiva, que es una constante desde los 70, se agrava con el estallido de la burbuja: Chrysler pierde 4 millones de dólares en un día, G. Motors evita la bancarrota por el rescate de 4 billones del gobierno norteamericano. Dicha situación se agrava por el “*credit crunch*” o miedo de unos bancos a prestar a otros, lo cual estanca más la producción. Después del rescate de muchos bancos, sigue habiendo dudas sobre su situación financiera, y ello hace que reciban pocos préstamos de entidades de otros países- habiendo aumentado la inyección de dinero por parte de los bancos centrales, incluso del norteamericano-, y que a su vez ellos concedan pocos préstamos a las empresas, sobre todo a las pequeñas y medianas. La economía se paraliza, y ello significa paro, pobreza, y en definitiva más castigo para los obreros y la clase humilde en general, tal como lo que estamos viviendo hoy en día.

5. La tesis marxista explica igualmente el comportamiento de la clase política dominante, durante estas 4 décadas, que podemos calificar como insegura, carente de un claro hilo conductor, perpleja ante los altibajos continuos de la economía. Cada recesión nueva, cada vez más profunda, ha sorprendido una y otra vez a la clase política, y también a sus intelectuales. Se han alternado así, sin solución de continuidad, políticas neoliberales y políticas keynesianas, dentro de un mismo país, de un mismo partido político e incluso de un mismo gobierno. Tal fue el caso de Reagan y de Clinton, o de Mitterrand, quien aplicó el primer año un keynesianismo tradicional, público, para virar en unos pocos meses hacia el monetarismo más estricto.

Estas vacilaciones se han recrudecido, en consonancia con el empeoramiento de la economía, hasta llegar al actual galimatías, en EE.UU. y Europa, donde los políticos, y sus consejeros economistas e industriales, parecen haber alcanzado el paroxismo de la perplejidad. “Hay esos financieros, industriales, economistas que creen que sin intervención es inevitable una nueva recesión. Se les oponen los que sostienen que esa intervención solo animará a las instituciones financieras para arriesgar préstamos todavía peores, dada la creencia de que los bancos centrales siempre los rescatará y esto conducirá a una crisis todavía peor en un par de años” (Harman, Ch., “Market Turmoil: the shape of the chaos to come?”, *International Socialism Journal*, nº 116, 2007, www.marxists.org/archive/harman/index.htm, p. 5). Los políticos se presentan así ante la opinión pública como meros principiantes que no saben muy bien qué hacer.

Pongamos un ejemplo. En los inicios de la recesión actual, en cuestión de días, se dudó entre permitir la bancarrota de empresas fallidas, como Lehmans and Brothers, o rescatarlas, en los casos del gigante hipotecario Freddie Mac and Fannie Mae o, días después, del gigante de seguros AIG. Asimismo, ante la situación crítica del



Estado de Grecia, se ha dudado entre dejarlo caer, para evitar un debilitamiento del euro y del eje franco-alemán, o rescatarlo, para garantizar la recuperación de los préstamos por parte de los bancos franceses y alemanes, y mantener a Grecia como mercado de las empresas principalmente alemanas; pues, como dice Callinicos, es dudoso que Alemania se pudiera mantener sin el sur de Europa (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem*, p. 10).

Pero sobre todo la perplejidad se ha reflejado en los cambios radicales de políticas y discursos económicos que han tenido lugar en muy breve espacio de tiempo. En los inicios de la actual recesión Sarkozy anunciaba la refundación el capitalismo, por ende la vuelta al keynesianismo clásico. Lo mismo hizo en España Zapatero, cuando puso en práctica el famoso proyecto keynesiano de obras públicas, llamado “Proyecto E”. Asimismo, en la cumbre del G20 en Londres, a principios del 2009, los gobiernos de los 20 países más ricos acordaron un paquete de estímulo fiscal, que ascendía, según se anunciaba, a 5.000 billones de dólares. Obama habló a la sazón de un “*turning point*” de la economía, mientras Gordon Brown lo saludó como la salida a la crisis. Bien es verdad que la misma prensa oficial, el *Financial Times*, recordaba que el paquete no era tal, dado que incluía partidas ya previstas con antelación (Harman, Ch., “The leap of faith: The ruling class ‘solution’ to the economic crisis”, *Socialist Review*, mayo 2009, p. 1).

En EE.UU. James Baker, colaborador de derechas de Clinton y Bush, decía también en 2009: “Aborrezco la idea de propiedad del gobierno, sea parcial o total, incluso si es temporal. Desgraciadamente no tenemos otra opción”. Y el propio Bush Junior, ya en 2008, bajó los impuestos, por primera vez no solo a los ricos (Harman, Ch., “From the credit crunch to the spectre of global crisis”, *International Socialist Journal*, nº 118, www.isj.org.uk/?id=421, p. 6). “Durante este periodo, el gobierno americano ha ido extraordinariamente lejos en el aumento del gasto. Amén de los gastos estándar anticíclicos, como lo sellos de comida, se extendieron los beneficios del desempleo, el recorte de impuestos, proyectos de estímulo, la extensión de la sanidad. El déficit fiscal está creciendo a niveles nunca vistos fuera de tiempos de guerra” (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem*, p. 6).

Hoy en día sin embargo, dos años después, en plena crisis todavía, los gobiernos, tanto de USA como de la Eurozona, y por tanto gran parte de los grandes capitalistas del mundo, han dado un giro de 180 grados, y han apostado, como solución, por una austeridad radical, que supone en la práctica hacer recaer sobre la clase obrera todo el peso de la crisis, de forma directa o indirecta, eliminando todo lo que se ha llamado Estado de bienestar. Así, en USA “su- de Obama- plan de trabajo de 447 billones ‘desvelado a primeros de septiembre se va a pagar en gran parte por recortes en asistencia sanitaria y otros programas de gastos” (Callinicos, A., “About the crisis of our time”, *ibídem* p. 7). Alemania y Francia por su parte acuerdan una eurozona dura, donde no se permitirá exceder el 3% de déficit, y donde se sancionará inmediatamente a los infractores. Crean con ello, a la manera reaganiana, poder salir de la crisis reestructurando su economía, recuperando la tasa de beneficios, a base de destruir empresas no rentables, y estrangulando económicamente a la clase obrera.

Sin embargo, dada la profundidad de la crisis, ninguna de las salidas funciona. Por el contrario, ambas la agravan, de modo que el sistema se encuentra en una situación que podemos denominar de Escila y Caribdis, como decía Tony Cliff (Harman, Ch., “Market turmoil: the shape of the chaos to come?”, *ibídem*, p. 4). Las políticas keynesianas conllevan la amenaza de un calentamiento de la economía, de una vuelta a la burbuja y de un recrudecimiento de la crisis tras un espacio cada vez más breve de recuperación artificial. Las políticas de austeridad frenan la actividad económica, generan desempleo, disminuyen la demanda y ralentizan todavía más el

crecimiento; como dice Tony Cliff, el recurso a la austeridad es como pretender apagar un fuego, el de la recesión, echando gasolina.

6. La tesis da cuenta igualmente de otros fenómenos, no económicos pero especialmente graves, que caracterizan a nuestra época: debilitamiento de la democracia, con la imposición de gobiernos por parte de capitales y grandes Estados en Grecia e Italia, y el desprestigio del parlamentarismo; criminalización de la reivindicación obrera, con limitaciones al derecho de manifestación o huelga; restricciones a las libertades políticas, a través de la aplicación de diversas legislaciones antiterroristas en los países democráticos, y el aumento del control de la vida de los ciudadanos- en España es posible espiar las conversaciones privadas sin autorización judicial por parte de la policía-; la criminalización de las víctimas de la sociedad, mendigos, parados, prostitutas, sin techo, que son expulsados de las calles; la degeneración de los medios de comunicación, como fuentes de propaganda crasa y de entretenimiento alienante; el exacerbamiento del individualismo del “sálvese quien pueda” o la ideología de ganadores frente a perdedores; el aumento de la violencia social, incluso de la más absurda y sin sentido; el consumismo; el retorno a las religiones y el aumento vertiginoso del puritanismo y la moralina en nuestras sociedades; el relativismo moral y gnoseológico, el “todo vale” y la estética huera, que ha tenido su expresión “noble” en el llamado posmodernismo; la despreocupación oficial, más allá de la retórica, por la continua degradación del medio.

Por último se ha tornado tremendamente preocupante el retorno a dos discursos reaccionarios, que sirven para exculpar a los culpables reales de los males sociales, al tiempo que sitúan al culpable de los mismos entre los más desprotegidos: los nacionalismos excluyentes y los discursos xenófobos y racistas. Podemos destacar la presencia de eslóganes claramente racistas en las campañas electorales en España, el auge de partidos de extrema derecha en Europa, además ya aceptados por el *establishment*, como el Frente Nacional Francés, la presencia de políticos de extrema derecha en varios gobiernos europeos, la islamofobia galopante en partidos y movimientos sociales- fomentada incluso por determinadas medidas gubernamentales contra la construcción de mezquitas, el uso del velo, etc., que ha hecho de los musulmanes el nuevo chivo expiatorio del siglo XXI-, o la satanización de los rumanos, perseguidos por grupos neonazis en Hungría amparados en el gobierno, y expulsados en masa de Francia e Italia. Ch. Harman lo expresa de manera muy ilustrativa: “Con las mentiras nos dirán que no es el capitalismo el responsable de la pérdida de los puestos de trabajo o de los problemas de vivienda, sino el camarero marroquí, el trabajador pakistaní que reparte el gas butano o los refugiados que han escapado de una guerra provocada por EE.UU. en la otra punta del mundo” (Harman, Ch., “La nueva crisis del capitalismo. Qué decimos los socialistas”, *ibídem*, pp. 29 y 30).

La clase dominante ha encontrado por último un discurso ideológico desviacionista, que está triunfando, gracias a los medios de comunicación. Se trata de culpar a la propia clase obrera, y a las clases humildes en general, de haber desencadenado la crisis actual, fruto de unas ínfulas de grandeza, de una *hybris*, en terminología clásica, que le habría hecho consumir muy por encima de sus posibilidades. Es un discurso tremendamente falso, especialmente cínico, pero muy extendido y eficaz, que es fácil oír no solo en conversaciones populares, sino en tertulias radiofónicas y televisivas. En todo caso se acepta, de forma más generosa, que todos, incluidos obreros, patronos y especuladores, habríamos provocado la actual situación, de modo que todos al unísono deberíamos también sacrificarnos y apretarnos por igual





el cinturón. Es una variante del discurso de los años 70, cuando desde la clase dominante se achacaba la crisis del 73 al excesivo nivel salarial de los obreros durante los años dorados del capitalismo.

7. La tesis explica por último un hecho positivo: el resurgir de movimientos sociales antisistema, que muestran su hastío con el mismo, que aspiran y luchan, aunque a veces con cierta ambigüedad ideológica, contra las injusticias y por un mundo mejor. Nos referimos al “movimiento antiglobalización”, que se inició en Seattle en noviembre del 99, y a los diversos movimientos que han surgido en la última crisis, como los grupos contra los “desalojos”, los “indignados” o el movimiento “Ocupa Wall Street”, etc. Nos referimos igualmente a los movimientos antiimperialistas contra la guerra, que adquirieron una dimensión enorme en la III Guerra de Irak. Todos estos grupos constituyen en realidad una continuidad ideológica del movimiento antiglobalización, si bien con un discurso más radical, más claramente anticapitalista. La ausencia, como también en el movimiento antiglobalización, de un claro armazón teórico anticapitalista, les supone debilidad pero no les resta en absoluto ni importancia ni capacidad de concienciación y movilización social. Como dice A. Callinicos, “El slogan del ‘99 por ciento frente al 1 por ciento’ ha trasladado al lenguaje popular la concepción marxista del antagonismo de clase consustancial a la sociedad capitalista” (Callinicos, A., “The crisis wears on”, en *International Socialism Journal*, nº 133, Enero de 2012, p. 4).

También revisten importancia los cambios políticos en Latinoamérica, con movimientos populares, indigenistas y obreros, desde Argentina y Brasil hasta Venezuela y Bolivia, que han llevado al poder a gobiernos sin duda capitalistas pero más progresistas, forzados a atender a algunas reivindicaciones populares, y sin la vergonzosa sumisión al imperialismo de otras épocas. Sobre todo no podemos olvidar las revoluciones del norte de África, que todavía no han acabado, y que son una refutación de todas las tesis globalizadoras del fin de la historia y de la “muerte” de la revolución. *Tahir*, como dice A. Callinicos, es un símbolo, amén de una realidad que ha servido de empuje a los movimientos sociales en Europa y EE.UU. (Callinicos, A., “The crisis wears on”, *ibídem*, p. 5). Otro elemento positivo, y sobre todo esperanzador, es ese ligero despertar de la clase obrera, agente principal de las revoluciones árabes, y que se está movilizando en Grecia, Portugal, y otros países europeos. Es un despertar todavía tímido, lastrado por el peso de la crisis, por largos años de inactividad y por la losa que suponen las burocracias sindicales. Pero la esperanza de una alternativa real al capitalismo, del socialismo, solo puede venir de un despertar revolucionario de esta clase, en confluencia con los movimientos juveniles y espontáneos antisistema.

6. CONCLUSIÓN

Nuestra tesis no postula ningún determinismo, a saber, la idea de que el capitalismo, dada la profundidad de la crisis y sus secuelas, vaya a caer inevitablemente. Lenin decía, y con razón, que, aun en la época de mayor crisis, el capitalismo siempre encuentra una salida económica a la misma. Ciertamente postulamos que, según avanza el capitalismo, sus crisis se tornan más profundas, y sus soluciones más difíciles, y por ende más agresivas y destructoras. Recordemos que las dos primeras gran crisis del capitalismo desembocaron en sendas guerras: la I y II Guerra Mundiales respectivamente. De la gran tercera crisis, la actual, desconocemos todavía sus consecuencias. Ello no implica sin embargo fatalismo, ni que vayamos necesariamente al caos. Significa solamente que hay dos alternativas, o bien una transformación radical de la sociedad, la planificación económica democrática, no basada en la competencia y la acumulación por la acumulación, sino en una acumulación para las necesidades de la gente, y el gobierno



real de los ciudadanos, en definitiva el socialismo, o bien nos encaminamos a una solución dolorosa, injusta, y probablemente criminal, basada en un aumento de la represión de la clase obrera, incluso con medias totalitarias, si ello fuera preciso, y en un mayor conflicto internacional. Rosa Luxemburgo lo dijo muy claramente, y ello es hoy día más válido que nunca: la alternativa es socialismo o barbarie.